DR. RUDOLF STEINER

¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?

Traducción del Alemán

Por

JUAN BERLÍN
Y
MELCHOR DE LA GARZA

ÍNDICE

- Prólogos
- ¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?
- Los grados de iniciación
- La iniciación
- Aspectos prácticos
- Condiciones para la disciplina oculta
- Algunos efectos de la iniciación
- Transformación de la vida de los sueños
- La continuidad de la conciencia
- Disociación de la personalidad durante la disciplina espiritual
- El guardián del umbral
- La vida y la muerte. El guardián mayor del umbral.
- Apéndice

PRÓLOGOS

PROLOGO CONDENSADO DE LA ULTIMA EDICIÓN DEL AUTOR (1918)

... A esta edición agregué un apéndice en el que me esforcé en exponer, con mayor lucidez que antes, los fundamentos anímicos en que se apoyan las orientaciones de este libro, para que puedan acogerse sin malas interpretaciones. Creo que el contenido de este apéndice es también apropiado para evidenciar a quienes se oponen a la Ciencia Espiritual Antroposófica, que su punto de vista se apoya en una falsa concepción de su naturaleza; ellos no saben en realidad lo que ella es.

PROLOGO CONDENSADO DE LA SEXTA EDICIÓN (1914)

Al escribir los estudios que integran este libro, tuve que tratar gran parte de su contenido de manera distinta a como lo haría hoy. En aquel entonces tuve que aludir al contenido de lo que sobre los hechos del conocimiento de los mundos espirituales he venido publicando durante los últimos diez años, en forma diferente a la que sería adecuada ahora. En mí *"Ciencia Oculta". "Dirección Espiritual del Hombre y de la Humanidad"*, *"Camino hacia el Conocimiento de sí mismo"* y, principalmente, en *"El Umbral del Mundo Espiritual*", así como también en otros de mis libros se describen procesos espirituales a cuya existencia el presente libro tuvo ya que aludir hace más de diez años valiéndose, sin embargo, de otros términos que los que hoy parecen indicados. En ese tiempo tuve que advertir que muchas cosas no descritas en el libro sólo podían entenderse por "transmisión oral". Actualmente ya está publicado mucho de lo que correspondía a tales indicaciones; pero supongo que han sido precisamente esas indicaciones las que dieron mareen ii las opiniones erróneas de los lectores. Podría, v. g., considerarse que la relación *personal* con este o aquel maestro del aspirante a la disciplina espiritual es mucho más esencial de lo que debe ser. En esta nueva edición espero haber logrado perfilar con mayor claridad, por la manera como describo ciertos detalles, que, para quien busca la disciplina oculta bajo las circunstancias espirituales del presente, importa mucho más un contacto *inmediato* con el mundo espiritual objetivo que una relación con la personalidad del maestro[1], actuando cada vez más como asesor. Este es el papel que incumbe al instructor en la disciplina espiritual, al igual que según las concepciones modernas, lo es en otros ramos del saber. Creo haber insistido suficientemente en que la autoridad del instructor y la fe en él, no debieran, en la disciplina espiritual, desempeñar papel distinto al de cualquier otro dominio del saber y de la vida...

PROLOGO CONDENSADO DE LA TERCERA EDICIÓN

El contenido de este libro sobre el desarrollo del alma humana, trata de enfocar diversos aspectos. Primeramente, *es* expresión del deseo se corresponder a quienes, sintiéndose atraídos por los resultados de la investigación espiritual, se plantean la pregunta*: ¿De dónde obtienen su saber quienes afirman poder referirse a los profundos arcanos de la vida*? La Ciencia del Espíritu dice algo sobre tales enigmas. El que quiera observar los hechos que conducen a tales asertos, tiene que elevarse a un conocimiento suprasensible, y seguir el camino que este libro trata de describir. Sin embargo, seria un error creer que las investigaciones de la Ciencia del Espíritu carecen de valor para quien no tenga la inclinación o la posibilidad de hollar ese camino. Para *investigar* los hechos se

1) El Dr. Steiner fundó una Ciencia Espiritual y su Escuela y Centro en Dornach, Suiza, con la Intención de ir eliminando gradualmente la necesidad del contacto directo entre discípulo v maestro, substituyéndolo por un curso objetivo de enseñanza espiritual directa, tal como se Imparte en este libro y a la que se hace referencia finalmente en la pagina 171 del Apéndice que el autor agregó a la edición definitiva de 1818. (Nota del Editor)

requiere la facultad de entrar en los mundos suprasensibles; Pero si se transmiten después de explorados, también aquellos que no hayan tenido percepción directa de ellos pueden llegar a una

convicción suficiente de su autenticidad. Gran parte de las investigaciones que se hagan podrán demostrarse sometiéndolas simplemente y en forma imparcial al juicio sano. Advertimos que esta imparcialidad no debe ser enturbiada por prejuicios tan corrientes en la vida humana. Sucederá fácilmente, por ejemplo, que alguien piense que esto o aquello no es compatible con ciertos resultados científicos del presente. En realidad, no existe resultado científico alguno que contradiga la investigación espiritual; en cambio, fácil es *creer* que este o aquel parecer científico no concuerda con las investigaciones de los mundos superiores, si los resultados científicos no se juzgan, omnilateral e imparcialmente. Con actitud independiente se descubrirá que cuanto más imparcialmente se compare la ciencia del espíritu con las positivas conquistadas científicas, tanto más evidentemente se podrá reconocer el perfecto acuerdo entre ellas. No debo negar que hay una parte de esa investigación es de la ciencia espiritual que se substrae hasta cierto grado al juicio meramente intelectual. Más no será difícil encontrar la relación debida, aun respecto de esa parte, para quien comprenda que no solamente el intelecto, sino también el sentimiento *sano,* puede ser juez en la búsqueda de la verdad. Cuando tal sentimiento no se deja arrastrar por simpatías o antipatías por esta o aquella opinión, sino que real e imparcial mente deja que los conocimientos de los mundos suprasensibles actúen sobre él, nace un juicio basado en el sentimiento. Existen aún muchos otros caminos que comprueban la veracidad de lo que decimos a, aquellas personas que no pueden o no quieren hollar el sendero del mundo suprasensible. Esas personas pueden sentir, no obstante, el valor que tienen para la vida aquellos conocimientos, aun cuando sólo lleguen hasta ellos por loa relatos de los investigadores espirituales. No todos los hombres pueden convertirse instantáneamente en videntes; pero los conocimientos del vidente son, para cualquiera, alimento apropiado y sano. Todos pueden aplicar aquellos conocimientos a la vida diaria, y quien lo haga no tardará en comprobar qué aspecto toma ella en todas sus esferas y cuan pobre es el vivir para el que se halla al margen de la inquietud espiritual. El conocimiento de los mundos suprasensibles, debidamente aplicado en la vida no es algo impráctico, sino efectivamente práctico en el sentido más amplio. Aun Cuando el lector no pretenda recorrer por sí mismo el sendero del conocimiento superior, sí le interesan los hechos observados por otros puede llegar a preguntar: ¿De qué macera llega el vidente a estos hechos? A las personas que se planteen este interrogante, este libro va a darles idea de lo que se tiene que hacer para conocer en verdad el mundo suprasensible: describirá el camino hacia él en forma tal que logrará suscitar la confianza hacia quienes lo han recorrido. También es posible, al observar la actividad del investigador espiritual, aprobarla diciéndose: la descripción del sendero de los mundos superiores me hace una impresión tal que puedo comprender por qué los hechos transmitidos me parecen razonables. Asi, pues, este libro quiere servir a los que deseen robustecer y afirmar su sentido y sentimiento de la verdad frente al mundo suprasensible. Empero no quiere ofrecer nada menos a quienes buscan por sí mismos el camino hacia el conocimiento suprasensible, los únicos capaces de comprobar, por las propias experiencias vividas, la verdad de lo aquí expuesto. Estos últimos harán bien en repetirse continuamente que, para asimilar la descripción del desarrollo del alma, se necesita algo más que la información de] contenido, a menudo suficiente en otros conocimientos. Se necesita familiarizarse íntimamente con la exposición del asunto, no tan sólo mediante lo que acerca de él se dice, sino también a través de estudios que atañen a tópicos muy distintos. Asi se llegará a la *idea* de que lo esencial *no* descansa *en una sala* verdad, sino en la concordancia, de todas. El que quiera practicar los ejercicios, ha de tomar esto en cuenta muy seriamente- Un ejercicio puede ser bien comprendido y aun correctamente ejecutado: no obstante, puedo causar un efecto indebido si el ejecutante no lo equilibra con otro ejercicio que compense la unilateralidad del primero y restablezca la armonía del alma. El que lea este libro con hondura, de modo que su lectura se convierta para él en vivencia interior, no sólo se familiarizará con su contenido, sino que vibrará con sentimiento distinto en cada experiencia y de este modo llegará a comprender el *peso* que tiene una u otra para el desarrollo de su alma. También descubrirá en qué roma debe emprender este o aquel ejercicio, cuál de ellos conviene mejor a su individualidad particular. Cuando se trata, como aquí, de la descripción de procesos que han de ser *vividos,* resulta necesario volver siempre sobre su contenido, y asi darse cuenta de que hay muchas cosas para cuya satisfactoria comprensión es necesario ensayarlas uno mismo. Después del intento se observan ciertos detalles que antes forzosamente escapaban a la percepción.

También los lectores que no pretendan seguir el camino trazado, encontrarán en este libro mucho que les será útil para su vida interior: reglas de conducta, indicaciones que aclararán lo que pudiera parecer enigmático, etc.

Finalmente también aquellas personas con cierta experiencia, para quienes la vida ha servido en cierto sentido como una iniciación, podrán sentir satisfacción al encontrar dilucidado en conjunto lo que habían vislumbrado en rasgos inconexos; lo que ya sabían, sin haber llevado quizá este saber a una representación que lea complaciera.

¿CÓMO SE ADQUIERE EL CONOCIMIENTO DE LOS MUNDOS SUPERIORES?

CONDICIONES

En *todo* hombre duermen facultades que le permiten adquirir conocimientos de los mundos superiores. El místico, el gnóstico, el teósofo, siempre han hablado de un mundo anímico y de un mundo espiritual, tan reales para ellos como el que ven nuestros ojos físicos y toca nuestra mano. Al escucharlos puede uno decirse en cada momento a sí mismo: "Estas experiencias yo también puedo tenerlas *si* desarrollo ciertos poderes que hasta ahora duermen aún en mi". El problema consiste en saber cómo empezar el desarrollo de estas facultades latentes, para lo cual sólo quienes las posean, ya pueden aconsejar o enseñar. Desde que existe el género humano ha existido siempre una disciplina mediante la cual loa hombres dotados de facultades superiores han impartido su enseñanza a quienes aspiraban tenerlas. Este entrenamiento se ha denominado *disciplina oculta,* esotérica, y la enseñanza recibida ha sido llamada enseñanza oculta, esotérica, o ciencia espiritual. Tal denominación provoca, por su naturaleza, malas interpretaciones. Podría uno sentirse tentado a creer que los instructores de esta disciplina pretendían aparecer como una especie de hombrea privilegiados que arbitrariamente rehusaran comunicar su saber a sus semejantes. Y quizá se llegara a pensar que tras de ese saber no había nada de valioso, pues uno podía tender a imaginar que si se tratara de un auténtico conocimiento no habría necesidad de ocultarlo como un misterio, sino al contrario, podría hacerse público para que la humanidad entera se aprovechara de sus beneficios.

Los iniciados en la naturaleza de esta sabiduría superior, en modo alguno se asombran al oír hablar asi a los no iniciados, pues sólo pueden comprender en qué consiste el misterio de la iniciación quienes, hasta cierto grado, la han experimentado en el conocimiento superior de la existencia. La pregunta que naturalmente surge es: si esto es así, ¿cómo suscitar en el no iniciado interés humano alguno hacia esa pretendida ciencia oculta? ¿Cómo y por qué habría de buscar algo cuya naturaleza no puede llegar a concebir? Semejante pregunta descansa en una idea completamente errónea de la verdadera naturaleza del conocimiento esotérico, pues en realidad no hay diferencia entre ese conocimiento y todo el que corresponda al saber y poder humanos. Este saber oculto no es para el hombre común un misterio mayor que lo es la escritura para aquel que no la ha estudiado. Y asi como cualquier persona puede aprender a escribir sí emplea los métodos adecuados, así también todo hombre puede llegar a ser discípulo, y hasta maestro de la ciencia oculta, si busca los caminos apropiados. En un aspecto difieren aquí las condiciones de aquellas que corresponden al conocimiento externo y es: que la posibilidad de saber leer y escribir puede no estar al alcance de algunos por su pobreza material o por las condiciones del medio ambiente en que nacieron; en cambio para la adquisición del saber y de las facultades de los mundos superiores no hay obstáculo que se oponga a una busca sincera.

Muchos se imaginan que es necesario buscar en un lugar determinado a los maestros del conocimiento superior para recibir sus explicaciones. Al respecto dos cosas son ciertas: la primera es que quien aspire seriamente al saber superior, no escatimará esfuerzo alguno ni retrocederá ante ningún obstáculo para encontrar al maestro que le inicie en los misterios superiores del universo. Por

otra parte, el neófito puede estar seguro de que la iniciación saldrá a su encuentro de todas maneras, si late en él un esfuerzo serio y sincero para alcanzar el conocimiento; pues existe una ley natural entre todos los iniciados que les impide rechazar a cualquier hombre digno del conocimiento. Pero existe también otra ley, tan natural como la primera, que les prohíbe impartir la menor parte del conocimiento esotérico a quien carezca de méritos para recibirlo. Y un iniciado es tanto más perfecto cuanto más estrictamente observe estas dos leyes. El circulo espiritual que une a todos los iniciados no pertenece al mundo exterior, pero esas dos leyes constituyen los broches de ese vinculo. "Podrías vivir en intima amistad con un iniciado, pero siempre existiría un abismo en relación con su ser esencial hasta convertirte también en iniciado; podrías poseer todo su corazón y su afectó, pero no te haría partícipe de sus conocimientos hasta que estuvieses maduro para recibirlos. Podrías adularlo, torturarlo; nada le inducirá a revelarte cosa alguna que no deba trasmitirte, ya que tu grado de evolución no te permite acoger en el alma, como es debido, este misterio".

Minuciosamente precisados hállanse los caminos que el hambre debe recorrer para adquirir la madurez que le permita recibir el conocimiento superior. El derrotero que ha de seguir ha sido trazado con caracteres indelebles, eternos, en loa mundos espirituales, donde loa iniciados guardan los misterios superiores. En los tiempos antiguos que precedieron a nuestra "historia", los templos del Espíritu eran exteriormente visibles. Hoy día, por haberse distanciado tanto nuestra vida de lo espiritual, estos templos no son accesibles a los ojos materiales, si bien existen, por *doquiera* espiritualmente y aquel que los busque podrá encontrarlos.

Sólo en su propia alma hallará el hombre los medios para que se abran los labios de un iniciado; si desarrolla en sí mismo determinadas cualidades hasta cieno grado de elevación pasarán a ser suyos los sublimes tesoros del espíritu.

Condición previa es cierta disposición fundamental del alma, denominada en la ciencia espiritual el *sendero de la veneración,* de la devoción hacia la verdad y al conocimiento. Sólo aquel que tenga esa disposición fundamental puede llegar a ser discípulo de la ciencia oculta. Quien tenga experiencia en ese dominio sabe qué disposiciones se observan, desde la infancia, en aquellos que más adelante llegarán a ser discípulos. Existen niños que contemplan con temor reverencial a ciertas personas. Sienten por ellas un respeto profundamente arraigado en su corazón, que les imposibilita todo pensamiento rudimentario de critica u oposición. Tales niños, al llegar a la adolescencia, se sienten felices al levantar sus ojos hacia algo digno de veneración. De las filas de niños semejantes salen muchos discípulos de la ciencia oculta. "¿Te has detenido alguna vea ante la puerta de una persona a quien veneras, y has sentido en esta tu primera visita, algo como un temor reverencial al mover el pestillo para, entrar en el cuarto que para ti es un santuario? En este caso has experimentado un sentimiento que puede ser el germen para tu futuro discipulado en la ciencia oculta". Es una bendición para todo ser humano en proceso de desarrollo una disposición de esa índole, y no se crea que facilita la tendencia hacia la sumisión o la esclavitud. La devoción al principio manifiesta con respecto a personas, se transforma al trasponer la infancia, en devoción hacia *la verdad y el conocimiento.* La experiencia patentiza que los hombres de cabeza erguida son aquellos que han aprendido a venerar donde la veneración se justifica y ella siempre está indicada cuando surge de las profundidades del corazón humano.

Si no cultivamos en nuestro interior un arraigado sentimiento de que existe algo por encima de nosotros, nunca encontraremos el poder de desarrollarnos hacia el nivel superior. El iniciado ha conquistado la capacidad de levantar la cabeza hacia las cumbres del conocimiento, al conducir su corazón hacia las profundidades de la veneración y de la devoción. Las cimas espirituales no se pueden alcanzar sino a través del portal de la humildad. "Sólo puedes llegar a un verdadero conocimiento si has aprendido a apreciarlo", y si bien es cierto que el hombre tiene derecho a ver la luz frente a frente, este derecho ha de adquirirse. En la vida espiritual existen leyes como en la vida material: si frotamos una varilla de vidrio con una substancia adecuada, aquélla se electriza, es decir, logra el poder de atraer objetos pequeños. Este fenómeno corresponde a una ley natural asaz

conocida por todo aquel que tenga nociones de física. De la misma manera se sabe, si se conocen loa elementos de la ciencia oculta, que todo sentimiento de verdadera *devoción* cultivado en el alma desarrolla una fuerza que, tarde o temprano, hará adelantar al hombre por el sendero del conocimiento,

Quien se halle dotado de este sentimiento de devoción o tenga la fortuna de que una educación apropiada se lo haya inculcado, se encontrará en posesión de un valioso caudal cuando más tarde busque acceso a los conocimientos superiores. En cambio, el que no aporte esta preparación, encontrará dificultades desde sus primeros pasos en el sendero del conocimiento, salvo que se preocupe por desarrollar en sí mismo esta actitud devota imponiéndose una rigurosa autoeducación. Hoy día es particularmente importante prestar completa, atención a este punto. Nuestra civilización tiende más bien a criticar, juzgar y condenar, que a admirar y venerar altruistamente; hasta nuestros hijos, critican mucho más que veneran. Empero, toda crítica, todo juicio desfavorable, expulsa del alma las fuerzas que le permiten llegar al conocimiento superior, en el mismo grado en que la veneración desinteresada las desarrolla. Al decir esto no queremos acusar a nuestra civilización; no se trata aquí de criticarla. Debemos la grandeza de nuestra cultura precisamente a la crítica, al juicio humano autoconcíente y a la costumbre de escudriñar todo y retener lo bueno. Jamás el hombre hubiera alcanzado la ciencia, la industria, los transportes y la legislación de nuestra época, si no hubiera aplicado por doquiera el patrón de su juicio crítico. Mas lo que hemos ganado así en el dominio ¿e la cultura externa, tuvimos que pagarlo con una merma correspondiente del conocimiento su*perior y de* la vida espiritual. Hemos de insistir en que en el saber superior *no se* trata de la veneración a personas, sino a la *verdad* y al *conocimiento.*

Sin embargo, hay una cosa que ha de ser tenida en cuenta; al hombre sumergido por completo en la civilización materialista contemporánea le es muy difícil avanzar en el conocimiento de los mundos superiores: sólo lo logrará trabajando intensamente sobre sí mismo. En los tiempos en que las condiciones de la vida material eran sencillas, el progreso espiritual era más fácil de lograr. Lo venerable y lo digno de adoración se destacaban mejor de las demás cosas del mundo. En nuestra época de crítica, los ideales pierden categoría; otros sentimientos ocupan el lugar del respeto, da la veneración, de la adoración y de la admiración. Nuestra época rechaza cada vez más estos sentimientos y solamente en un grado muy reducido pueden ser cultivados en el hombre a través de su vida cotidiana. El que busque el conocimiento superior deberá crear esos sentimientos en si mismo, instilarlos en su alma, no por medio del estudio, sino a través de la vida. Quien quiera, por lo tanto, llegar al discipulado, deberá desarrollar, por una autoeducación rigurosa, una vida interna de devoción; buscar en el medio ambiente, o en sus propias experiencias, todo cuanto pueda suscitarle sentimientos de admiración o reverencia. Si al encontrarme con una persona la reprendo por sus debilidades, me despojo de mi poder cognoscitivo superior, en tanto que si trato de penetrar con afecto en sus buenas cualidades, aumento ese poder. El discípulo debe estar siempre atento a observar estas instrucciones. Los investigadores espirituales experimentados saben cuánta energía deben a la actitud de considerar siempre el lado bueno de todas las cosas, rechazando todo juicio desfavorable, actitud que no se circunscribe a reglas externas de conducta, sino al contrario, satura hasta lo más intimo de nuestra alma. El poder que tiene el hombre de perfeccionarse y transformarse completamente con el tiempo debe consumarse en su vida más intima, en su vida cogitativa: no basta con demostrar respeto en mi actitud exterior; el respeto debe saturar mis pensamientos. El discípulo ha de comenzar, pues, por otorgar a la devoción un lugar en su vida cogitativa, estar siempre alerta contra todo sentimiento de menosprecio o denigración que pueda existir en su conciencia, y esforzarse especialmente en el cultivo de pensamientos devotos.

Cada momento en que nos disponemos a pasar revista de lo que nuestra conciencia contiene de juicios desfavorables, denigrantes o críticos con respecto al mundo y a la vida: cada uno de esos momentos nos aproxima al conocimiento superior. Y rápidamente avanzamos si en tales ocasiones henchimos nuestra conciencia tan sólo de pensamientos de admiración, de estima y de veneración hacia el mundo y la vida. Los versados en estas materias saben que en tales instantes se despiertan

en el hombre poderes que, de lo contrario, permanecerían latentes, y que así se abren los ojos espirituales del hombre; que asi empieza él a percibir cosas en torno suyo que antes no veía; así comienza a darse cuenta de que anteriormente sólo había entrado en relación con una parte del mundo circundante. Toda persona que sale a un encuentro le presenta un aspecto completamente nuevo. Naturalmente que *esta* regla de conducta no basta para que él pueda, percibir, por ejemplo, el aura humana: necesita de una disciplina más elevada; pero el paso anterior para elevarse precisamente hasta ella es la *rigurosa* disciplina de la devoción.[1]

Sin ruido, inadvertido por el mundo exterior, se lleva a cabo la entrada del discípulo en el "sendero del conocimiento". Ningún cambio se observa en él; cumple sus deberes como antes y sigue ocupándose de sus quehaceres como siempre. La transformación tiene lugar solamente en los repliegues de su alma, a resguardo de toda mirada. Al principio, la disposición, básica de devoción a todo lo verdaderamente venerable impregna su vida interior y de ella irradia. Esta disposición constituye el centro de toda su vida psíquica. Asi como el sol vivifica con sus rayos todo lo viviente, de igual modo la veneración vivifica el alma del discípulo,

En el primer momento no es fácil creer que sentimientos tales como la veneración, el respeto, etc., tengan algo que ver con la cognición. Esto se debe al hecho de considerar la cognición como una facultad en si, sin relación con los demás aspectos que integran la vida interior. Creyéndolo asi no se tiene en cuenta que es el *alma* la que ejercita la facultad[1] cognoscitiva, y que los sentimientos son para ella lo que los alimentos para el cuerpo. Este cesaría en su actividad si le diéramos piedras en vez de pan; lo mismo ocurre con el alma. Las substancias nutritivas que la hacen *sana* y vigorosa, vigorosa sobre todo para la actividad cognoscitiva, son la veneración, la estima, la devoción. El desdén, la antipatía, el menosprecio frente a lo digno de respeto, dan por resultado la paralización y el marchitamiento de la actividad cognoscitiva. Para el investigador espiritual este hecho se hace visible en el *aura* humana. Un alma que asimila sentimientos de veneración y devoción provoca un cambio en su aura. Ciertos colores espirituales que pueden llamarse tonalidades de matiz rojo amarillento o rojo café, desaparecen y son reemplazados por otros rojo azulados. Asi se acrecienta el poder cognoscitivo y este se torna receptivo para hechos del medio circundante de los que antes no se tenia noción. La veneración despierta en el alma una fuerza simpática mediante la cual atraemos cualidades de los seres que nos rodean, cualidades que, de lo contrario, permanecerían ocultas.

Lo que puede alcanzarse por la devoción se vuelve aun más efectivo si se enriquece con otro nuevo sentimiento: aprender a entregarse cada vez menos a las impresiones del mundo exterior y desarrollar, en cambio, una vida interior activa. El que siempre ande a caza de nuevas sensaciones, siempre en busca de "atractivos", no encontrara el camino de la ciencia oculta. El discípulo no deberá insensibilizarse a las impresiones del mundo externo, sino hacerse receptivo a ellas guiado por el *caudal de su vida interior.* La persona dotada de una gran sensibilidad tiene una experiencia distinta de la que afecta a un hombre insensible al atravesar una hermosa región montañosa. Solo nuestras experiencias internas nos develan las bellezas del mundo externo. Por ejemplo, una persona hace un viaje por mar y pocas experiencias internas se deslizan en su alma; en cambio, otra percibirá el lenguaje eterno del Espíritu cósmico y se descorrerá ante ella el velo que cubre los misterios de la creación. Es necesario mantener el contacto con nuestros propios sentimientos y representaciones para poder establecer autenticas relaciones con el mundo externo. Este rebosa de esplendor divino en todos sus fenómenos, pero es necesario haber experimentado antes lo divino en la propia alma para des-cubrirlo en el mundo circundante.

1 El "sendero del conocimiento" se describa sinópticamente en el último capitulo del libro "Teosofía", Introducción al Conocimiento Suprasensible del Mundo y del Destino Humano". Aquí daremos conslderaclones detalladas de orden práctico.

El discípulo deberá reservar momentos de su vida para ensimismarse en la calma y la soledad. No se dedicara entonces a los asuntos de su propio yo, pues esto produciría efectos contraproducentes a los deseados. Dejara mas bien que en estos momentos persistan las experiencias y mensajes del

mundo externo, y toda flor, todo animal, toda acción le revelaran, en el silencio, insospechados secretos. De esta manera se preparara para recibir, con ojos totalmente distintos, nuevas impresiones del mundo exterior. Quien solo quiere *gozar* del desfile interrumpido de las sensaciones, embota su poder cognoscitivo; pero si después del goce permite que este le *revele* algo, fomenta y educa su poder cognoscitivo. Por tanto, el discípulo, además de dejar que el goce reverbere, por decirlo asi, en él, debe acostumbrarse a *renunciar* a nuevos placeres para dedicarse a *elaborar,* en actividad interior, lo gozado. Aquí deberá el discípulo superar un grave y peligroso escollo: el que en vez de trabajar realmente sobre sí mismo, caiga en la antitesis de querer a la postre agotar el goce. Conviene no desestimar las inmensas fuentes de *error* que se abren aquí pues el camino del discípulo va por entre una hueste de tentadores de su alma que tienden a endurecer su yo, aprisionarlo en sí mismo, en lugar de que precisamente se abra al mundo. *Tiene* que buscar el goce, puesto que solo por su medio puede acercársele el mundo exterior, considerando que si se insensibiliza para con el goce, viene a ser como una planta que se encontrara imposibilitada de extraer de la tierra los zumos nutritivos; que si se detiene en él, se encierra dentro de sí, en cuyo caso será algo *para sí mismo* y nada para el mundo. Por intensos que sean su vida interior y el cultivo de su yo, el mundo lo rechaza; esta muerto para él. El discípulo considera el *goce* solo como *instrumento* de propio ennoblecimiento *para bien del mundo.* El goce es para él como un mensajero que lo informa respecto del mundo, y después de haber recibido sus enseñanzas, sigue adelante, hacia el *trabajo.* No aprende para acumular conocimientos como si fueran su tesoro personal, sino para dedicarlo aprendido al servicio del mundo.

En toda ciencia oculta existe un principio que nadie debe, transgredir si quiere alcanzar un objetivo cualquiera. Cualquiera disciplina oculta debe grabar en el discípulo este principio: *Todo conocimiento que busques meramente para enriquecer tu propio saber y para acumular tesoros personales, te desviará del sendero; pero todo conocimiento que busques para madurar en la tarea del ennoblecimiento humano y de la evolución cósmica, te hará adelantar un paso mas.* Esta ley requiere una observancia inexorable. Nadie puede considerarse, discípulo antes de haber hecho de esta regla la pauta de su vida. Brevemente puede sintetizarse esta verdad de la disciplina espiritual como sigue: *Toda idea que para ti no se convierta en ideal, destruye una fuerza de tu alma; toda idea que se convierta en ideal, crea dentro de ti fuerzas vitales.*

QUIETUD INTERIOR

Al comenzar sus estudios se conduce al discípulo hacia el sendero de la *veneración* y desarrollo de la *vida interior.* La ciencia espiritual le ofrece, además, *reglas practicas* cuya observancia le permite hollar ese sendero y desarrollar esa vida interior. De ninguna manera son arbitrarias estas reglas practicas; se fundamentan en experiencias y en una sabiduría antiquísimas, y se imparten por igual doquiera se enseñen los caminos hacia el conocimiento superior. Todos los verdaderos instructores de la vida espiritual estan de acuerdo sobre el contenido de estas reglas, aunque se sirvan a veces de términos diferentes. La disparidad, secundaria y más bien aparente, pro-cede de hechos que no es menester discutir aquí.

Ningún instructor de la vida espiritual pretende, mediante tales reglas, ejercer dominio sobre otras personas ni menoscabar su independencia. En verdad nadie sabe estimar y salva-guardar la independencia humana como los investigadores de la ciencia espiritual. Ya hemos dicho en paginas precedentes que es espiritual el vinculo que une a todos los iniciados y que dos leyes naturales constituyen los broches que los mantienen unidos. Pero siempre que el iniciado deja su retiro espiritual para acercarse al mundo, recurre a una tercera ley. Es como sigue: "Ajusta cada uno de tus actos, cada una de tus palabras, de manera que no infrinjas el libre albedrío de persona alguna".
Quien reconozca que los verdaderos instructores de la vida espiritual respetan profundamente este principio, se convencerá de que su independencia no sufre merma alguna al seguir las reglas practicas que se le ofrecen.

Una de las reglas primeras es la que puede expresarse aproximadamente en los siguientes términos del lenguaje corriente: "Procura reservarte momentos de quietud interior y aprende entonces a *discernir lo esencial de lo secundario",* recordando que es asi como puede expresarse esta regla practica en "términos del lenguaje corriente". Originalmente, todas las reglas y enseñanzas de la ciencia espiritual se daban por medio del lenguaje simbólico, lenguaje que necesitamos comprender previamente para captar las reglas en todo su significado y alcance. Esta comprensión requiere, sin embargo, que se hayan dado los primeros pasos en la ciencia oculta, y que estos pasos se den mediante la estricta observancia de las reglas, tal como aquí se explican. El camino hallase despejado para *todo aquel* que posea una voluntad firme.

Sencilla es la regla que concierne a los momentos de quietud interior y sencilla es tambien su observancia. Mas solo conduce a su objetivo si se cumple con ser sencilla, con *seriedad* y *rigor.* ¿Cómo hacerlo? Sin demora vamos a explicarlo.

El discípulo dedicara un breve tiempo a algo que no corresponda a su vida cotidiana, y ese algo al que se consagrara entonces será, pues, totalmente distinto de sus habituales ocupaciones. Tambien el género de su actividad deberá ser completamente distinto de las tareas que llenan el resto de su Jornada. Esto no implica que no haya relación entre lo que haga en esos momentos de aislamiento y sus labores ordinarias. Al contrario: el hombre que se dedica a buscarlos *en forma apropiada,* no tardara en descubrir que, gracias a ellos, adquiere la fuerza cabal para sus quehaceres corrientes. Tampoco hay que imaginar que la observancia de esta regla pueda mermar el tiempo necesario para los demás deberes. *Si verdaderamente no se dispone de mas tiempo, cinco minutos* al día bastarían. Lo importante es como se emplean.

Durante ese intervalo, el discípulo dejará por completo de lado su vida habitual; su vida mental y emotiva habrá de tener otros matices. Como espectador observara sus placeres, dolores, preocupaciones, experiencias, acciones; todo esto desfilara ante su alma, y lo contemplara desde un punto de vista mas elevado. Para familiarizarnos con esta actitud pensemos cuan distintas a las propias se nos presentan en la vida corriente las experiencias y acciones de los demás. No podría de otro modo, pues nos hallamos entretejidos en todo lo que experimentamos o hacemos, en tanto que observamos, en calidad de meros espectadores, lo que ocurre a los demás. Lo que debe perseguirse en los momentos de recogimiento es afrontar y juzgar nuestras propias experiencias y acciones como si fuesen tenidas o ejecutadas, no por nosotros, sino por otra persona. Tomemos, por ejemplo, el caso de que a alguien aflige una gran desgracia. ¡Cuán distinta la considera de otra igual que afligiera a su prójimo! Tal actitud no puede ser tildada de injusta; esta condicionada por la naturaleza humana. Algo parecido a lo que ocurre en tales casos extraordinarios es aplicable tambien para los asuntos de la vida corriente. El discípulo deberá buscar el poder para enfrentarse consigo mismo, en ciertas ocasiones, como si fuera un extraño; observarse con la *serenidad* de un juez. Si lo logra, las vivencias personales se le aparecerán bajo una nueva luz. Mientras se halle mezclado con ellas, seguirá tan vinculado a lo secundario como a lo esencial. Mas si llega a la *quietud interior,* que hace posible una vision de con junto, entonces lo secundario se separará de lo esencial. La pesadumbre y la alegría, todo pensamiento y toda resolución, se nos presentan distintas si nos observamos como espectadores. Es como si hubiéramos pasado un día por un lugar, mirando lo más pequeño a la misma distancia que lo más grande y al declinar la tarde ascendiéramos a una colina vecina para abarcar con una sola mirada todo el con junto; entonces las proporciones reciprocas de todas las partes nos parecerían distintas de como las veíamos antes. No es posible ni necesario lograr este desprendimiento frente a las vicisitudes presentes; pero con las pasadas el discípulo si debe esforzarse por lograrlo. El valor de tal introspección tranquila no depende tanto de *qué* es lo que uno perciba, sino de saber encontrar dentro de sí la *fuerza* que desarrolla tal quietud interior.
Es que cada ser humano, al lado de lo que podríamos llamar el "hombre cotidiano", lleva en su interior un *hombre superior,* que permanece oculto hasta que se le despierta; y solamente cada uno *en lo personal* puede despertarlo dentro de si. En tanto esto no se logre, persisten ocultas las facultades superiores latentes que conducen al conocimiento suprasensible. Es, pues, fundamental la

paz interior y mientras no se sientan sus efectos, es necesario perseverar en la observación formal y estricta de la regla enunciada. Para toda persona que asi proceda, un día llegara en, que le circundara la luz espiritual y en que vera desplegarse un mundo completamente nuevo, con un ojo antes desconocido.

Ningun cambio debe ocurrir en la vida exterior del discípulo por el hecho de comenzar a observar esta regla. Seguirá cumpliendo sus deberes como antes, continuara sufriendo al principio las mismas tribulaciones y gozando los mismos placeres. De ninguna manera se apartara del vivir cotidiano; por el contrario, durante el resto del día podrá dedicarse mas in-tensamente a ese vivir, porque en sus instantes de recogimiento alcanza una vida mas elevada. Poco a poco será esta la que comience a ejercer su influencia sobre la existencia ordinaria. El hombre entero se tornara más sosegado; adquirirá mas acierto en todos sus actos y ya no se dejará turbar por cualquier incidente. Paulatinamente el novicio llegara a tomar él mismo la dirección de su existencia en vez de abandonarla a las circunstancias y a las influencias exteriores. Pronto notará que fuente de vigor representan para él esos instantes de aislamiento. Comenzara a no enojarse por cosas que antes le irritaban; dejara de inspirarle temor lo que antes se lo producía; adquirirá una concepción de la vida enteramente nueva. Antes se sentía tal vez temeroso al emprender tal o cual tarea y se decía: "Mis energías no bastaran para cumplir ese trabajo como yo quisiera hacerlo"; pero ahora ya no le sobrecogerá este pensamiento, sino otro muy distinto. Ahora se dirá: "Reuniré todas mis fuerzas para dar cima a esta tarea lo mejor que me sea posible". Superara todo pensamiento que pudiera inspirarle timidez, porque sabe que precisamente ella podría estorbar el cumplimiento de su deber y que, en todo caso, no le ayudaría a desempeñar mejor sus quehaceres. Asi, en la concepción de la vida del discípulo, se van deslizando sucesivamente pensamientos fecundos y provechosos que sustituyen los que anteriormente le estorbaban y debilitaban. Asi comienza a conducir su nave sobre los mares de la vida con rumbo seguro y firme, en vez de ser echada de un lado a otro como juguete de las olas.

Esta calma y esta serenidad reaccionan sobre el ser entero y favorecen el crecimiento del hombre interior y, con el, el desarrollo de las facultades internas que le conducen al conocimiento superior. Caminando en esta dirección, el discípulo llegara poco a poco al punto de poder determinar por si mismo la acción que sobre él deben ejercer las impresiones externas. Por ejemplo, oye alguna palabra con la cual un tercero desea molestarle o irritarle; antes de su discipulado seguramente lo habría conseguido; pero ahora que ya huella el sendero es capaz de arrancar a la palabra el aguijón hiriente o irritante antes que penetre en su interior. Tomemos otro ejemplo: un hombre se impacienta fácilmente cuando tiene que esperar. Entra en el sendero, y en sus instantes de recogimiento se compenetra en tal forma del sentimiento de la inutilidad de la impaciencia excesiva que en adelante este sentimiento se le hará presente cada vez que vaya a dejarse arrebatar por la impaciencia. la irritación que amenazaba apoderarse de el desaparece y el tiempo que hubiera malgastado dejando que la impaciencia embargase su mente será ocupado quizá por una observación útil que puede hacer durante la espera.

Hay que darse cuenta del alcance de todo lo expuesto. Recordemos que dentro del ser humano el "hombre superior" se encuentra en constante evolución; pero que solo la calma y la serenidad descritas hacen posible un desenvolvimiento ordenado. Los vaivenes de la vida externa cohibirían por todos lados al ser interior, si el hombre, en vez de ser el dominador de la vida, se dejara dominar por ella. Seria como una planta que creciera entre las grietas de una roca: languidecería hasta que se le diera mas espacio. Para el ser interior no existe fuerza externa alguna que pueda darle este espacio; solo puede lograrlo por la *quietud interior* que el mismo proporcione a su alma. Las circunstancias exteriores solo pueden modificar su situación exterior; jamás despertar al "hombre espiritual" interno. Es en sí mismo donde el discípulo debe engendrar ese ser nuevo y superior.

Este "hombre superior" se convierte entonces en el "soberano", que con mano segura dirige la conducta del hombre ordinario. En tanto que este gobierne y mande, el ser interno es su esclavo y, por tanto, no puede desplegar sus fuerzas. Mientras dependa de algo ajeno a mí el que me enoje o

no, no soy dueño de mí mismo, o dicho mejor aun, no he encontrado todavía a mi "soberano". Tengo que desarrollar la facultad de permitir que se acerquen a mí las impresiones del mundo exterior en la medida tan solo que yo mismo determine. Hasta entonces no me habré convertido en discípulo de la ciencia oculta. Únicamente en la medida en que trate de desarrollar diligentemente ese poder, el discípulo llegara a su meta. No importa el progreso que realice en un tiempo dado, sino tan solo su actitud de búsqueda. Muchos han luchado durante años enteros sin notar progreso alguno apreciable; pero quienes no desesperaron, sino que permanecieron inquebrantables, súbitamente alcanzaron la "victoria interior".

Sin duda en muchas situaciones de la vida es necesaria una gran energia para conseguir esos instantes de quietud interior, pero cuanto mayor sea el esfuerzo necesario, tanto mayor será el resultado obtenido. En el discipulado todo depende de la energia, de la veracidad interior y de la sinceridad absoluta con que nos enfrentamos con nosotros mismos y con todas nuestras actuaciones como si se tratara de extraños.

Pero este nacimiento del *propio* ser superior solamente representa *un* aspecto de la actividad interna del discípulo; hay que agregar algo más. Aunque el hombre consiga adoptar la actitud de espectador de sí mismo, seguirá siendo *él* el objeto de su contemplación y tomara en cuenta únicamente las experiencias y acciones en que se encuentre implicado por las condiciones particulares de su existencia: pero el debe trascender este nivel; elevarse hasta *lo puramente* humano, que nada tiene que ver con su posición particular; avanzar hasta la contemplación de aquello que le afectaría como hombre, aunque viviera en circunstancias y lugar completamente distintos. De esta manera surge en el algo que sobrepasa los limites de lo personal. Llegado este momento dirige su mirada hacia *mundos más elevados* que aquellos con los que la vida cotidiana le pone en contacto. El hombre comienza asi a sentir y a darse cuenta de que pertenece a tales mundos superiores, acerca de los cuales nada pueden enseñarle sus sentidos ni sus ocupaciones cotidianas. Poco a poco va trasladando a su interior el centro de su ser, desde donde oirá las voces que le hablan en los momentos de quietud; donde se llevara a cabo la comunión con el mundo espiritual. Se ha apartado de la vida corriente; se han apagado los ruidos de esa vida; el silencio reina *en torno suyo.* Hace a un lado lo que se encuentra en su derredor e incluso todo lo que le recuerda tales impresiones del mundo externo. La *calma* interior de la *contemplación* y la comunión con el mundo puramente espiritual llenan toda su alma.

Esta contemplación silenciosa debe convertirse en una necesidad natural de la vida del discípulo, en este momento sumergido en un mundo de pensamientos. Tiene que desarrollar un *sentimiento vivo* para la silenciosa actividad del pensamiento; aprender a *amar* lo que en su ser vierte el Espíritu. Pronto dejara de considerar este mundo mental como menos real que las cosas de la vida ordinaria que lo rodean. Comenzara a relacionarse con sus pensamientos como lo hace con objetos del espacio, hasta que llegue el momento en que empiece a sentir que lo que se revela en la actividad silenciosa de pensamiento es algo mucho más elevado, mucho más real que las cosas materiales, y encontrara que en este mundo del pensamiento hay algo que posee *vida.* Comprenderá que los pensamientos no son simples imagenes vanas, sino que a través ellos le hablan *seres* ocultos, y, surgiendo del silencio, empieza a serle perceptible algo como un lenguaje. Antes percibía sonidos mediante su oído; ahora estos resuenan en su alma:; un lenguaje, un verbo interior, se le revela. Inefable es la felicidad que siente el discípulo cuando experimenta por vez primera este instante. Sobre todo su mundo exterior se derrama una luz que le viene de dentro; comienza para el una segunda existencia; y lo inunda una corriente divina de un mundo de bienaventuranza divina.

Esta vida del alma en el pensamiento, vida que se va desenvolviendo gradualmente hasta convertirse en una vida de esencia espiritual, se llama en la gnosis y en la ciencia oculta *meditación,* es decir, reflexión contemplativa. Esta meditación es el medio para la adquisición del conocimiento suprasensible; Mas en tales momentos el discípulo no debe abandonarse al' goce de sentimientos; no debe tener en su alma emociones vagas, con lo que solo impediría la adquisición del verdadero

conocimiento espiritual. Sus pensamientos deben tomar perfiles claros, concisos, definidos. En este esfuerzo encontrara apoyo si, en vez de apegarse ciegamente a los pensamientos que le vienen a la mente, se satura con los pensamientos elevados que hombres avanzados y ya poseídos por el Espíritu han concebido en tales momentos. Debe tomar como punto de partida los escritos que tienen su origen en semejante revelación obtenida por la meditacion, y que se encuentran en la literatura mística, gnóstica, o en la literatura de la ciencia espiritual contemporánea. En ellas se le ofrece material para su meditación. Los mismos investigadores del Espíritu han consignado en tales escrituras los pensamientos de la ciencia divina; el Espíritu los ha proclamado al mundo por medio de sus mensajeros.

Mediante estas meditaciones se produce una transformación completa del discípulo. Comienza a formarse conceptos completamente nuevos acerca de la realidad. Todas las cosas adquieren para el un valor nuevo. Nunca se insiste suficientemente en que esta transformación no convertirá al discípulo en un extraño a la vida; en ningun caso lo alejara de sus deberes cotidianos. El discípulo comprenderá que la acción más trivial que tenga que llevar a cabo, la experiencia más insignificante que le acontezca, estan ligadas con los grandes seres y acontecimientos cósmicos. Una vez que esta conexión se le ha revelado claramente en sus momentos de contemplación, se entrega a sus ocupaciones diarias con nueva y mayor energía, porque ahora se da cuenta que sus labores han sido realizadas y sus sufrimientos padecidos en aras de una gran totalidad cósmico-espiritual. *Fuerza* para la vida y no lasitud, es lo que nace de la meditacion.

El discípulo atraviesa la existencia con paso seguro. Se mantiene erguido sea cual fuere lo que ella le aporte. Antes ignoraba por que trabajaba o sufría; ahora si lo sabe. Es obvio que esta actividad meditativa conduce mas seguramente a la meta si se practica bajo la guía de personas experimentadas, que conozcan por ellas mismas la mejor forma de obrar. Búsquense, pues, el consejo y las instrucciones de tales guías, con lo que realmente no se pierde la libertad. Lo que de otra manera no seria mas que andar a tientas, se convierte bajo tal dirección en un trabajo precise Quienquiera que acuda a quienes tengan conocimiento y experiencia en estas materias, no tocara nunca en vano su puerta. Debe tenerse presente que se busca solo el consejo de un amigo y no el despotismo de una persona que aspire a dominar. Siempre se comprobará que los que verdaderamente saben son los más modestos, y que nada hay más ajeno a su naturaleza que la llamada ambición de poder.

Cuando por medio de la meditacion el hombre se eleva al lo que le une al Espíritu, comienza a vivificar aquello que es eterno en él y que no esta limitado por el nacimiento y la muerte. Solo pueden dudar de tal ser eterno los que no lo h experimentado. La meditacion es, pues, el camino que conduce al hombre al conocimiento, a la contemplación de su entelequia eterna e indestructible; y *solo* mediante la meditacion puede llegar a tal conocimiento. El gnosticismo y la ciencia espiritual hablan de la eternidad de esa entelequia y de su reencarnación. Muchas veces se pregunta ¿por qué el hombre no sabe nada de sus experiencias mas allá del nacimiento y de la muerte? No es asi como debiera formularse la pregunta, sino ¿cómo se puede adquirir tal conocimiento? En la meditacion adecua-da se ofrece el camino. Mediante ella se revive la memoria de experiencias que trascienden los limites del nacimiento y de la muerte. Cada uno puede adquirir ese saber; cada uno posee latente la facultad de conocer y de contemplar por si mismo lo que enseñan el misticismo genuino, la ciencia espiritual, la Antroposofía y el gnosticismo.[1] Solo hay que elegir los me-dios adecuados. Un ser dotado de ojos y de oídos puede percibir los colores y los sonidos, pero incluso el ojo no podría percibir nada si faltara la luz que hace visibles los objetos. La ciencia oculta suministra los medios para desarrollar los ojos y oídos espirituales y para encender la luz espiritual.

1) En otros de sus escritos, el autor hace Una clara distinción entre ciertos rasgos del gnosticismo justamente descartados por la filosofía moderna, y otros que constituyen un aporte positivo e Inalienable a la historia espiritual de la humanidad. (N. del Tr.)

Los medios de la disciplina espiritual se pueden designar como de tres grados: (1) *Probación,* que desarrolla los sentidos espirituales. (2) *Iluminación,* que enciende la luz espiritual. (3) *Iniciación,* que establece el trato con las entidades espirituales superiores.

LOS GRADOS DE INICIACIÓN

La información que sigue forma parte de una disciplina espiritual; cuyo nombre y naturaleza conocerá claramente todo aquel que la aplique con acierto. Se refiere a los tres grados que conducen a través del entrenamiento de la vida espiritual, hasta cierto nivel de iniciación. Mas aquí solo se explicara lo que sea posible decir en publico, meras indicaciones de una doctrina más íntima y profunda. En la disciplina oculta propiamente dicha se sigue un curso bien definido; ciertos ejercicios tienen por objeto conducir al alma humana a una relación consciente con el mundo espiritual. Entre esos ejercicios y las paginas que siguen hay aproximadamente la misma relación que existe entre la enseñanza impartida por una escuela superior estrictamente disciplinada y la instrucción incidental de una escuela preparatoria. Con todo, la observancia *seria* y perseverante de lo que aquí se indica, puede conducir a la verdadera disciplina espiritual; con la advertencia de que los ensayos atolondrados, hechos sin seriedad ni perseverancia, no producirán resultado alguno. El éxito del estudio oculto depende de que, en primer lugar, se observe lo que ya se ha expuesto en paginas anteriores y que luego se proceda sobre esta base.

Las tres etapas que la mencionada tradición especifica son las siguientes: 1a. Probación; 2a. Iluminación; y 3a. Iniciación. No es del todo necesario que estas tres etapas sean sucesivas, es decir, que se haya *completado* la primera antes de pasar a la segunda o esta antes de entrar en la tercera. En ciertos aspectos es posible participar de la iluminación, y aun de la iniciación, en tanto que los otros estan todavía en preparación o probación. Sin embargo, será necesario haber pasado cierto tiempo en la etapa probatoria antes de que pueda lograrse cualquier iluminación; y esta, a su vez, debe alcanzarse por lo menos parcialmente, antes de entrar en la etapa iniciática. Para mayor claridad, sin embargo, se describirán estas tres etapas, una tras otra.

PROBACIÓN

La Probación consiste en un cultivo bien definido de la vida afectiva y mental, mediante el cual los cuerpos anímico y espiritual quedaran dotados de sentidos y órganos superiores de actividad, de la misma manera que las fuerzas de la naturaleza proveen al cuerpo físico de órganos plasmados de la informe materia viva.

Para empezar hay que dirigir la atención del alma sobre ciertos procesos del mundo que nos circunda. Tales procesos son, por una parte, los de la vida que germina, crece y florece, y por la otra, los fenómenos relacionados con el marchitamiento, la decadencia y la muerte. Por todas partes estos procesos se presentan simultáneamente a la mirada del hombre y evocan naturalmente en él en toda ocasión sentimientos y pensamientos. Sin embargo, en circunstancias ordinarias, él no se entrega suficientemente a esos sentimientos y pensamientos, pasa con demasiada rapidez de una impresión a otra, en lugar de fijar su atención, intensa y conscientemente sobre tales fenómenos. Dondequiera que el discípulo encuentre una forma bien determinada del crecer y florecer, apartara de su alma toda otra imagen y se abandonara, durante corto tiempo, exclusivamente a esta *sola* impresión. Pronto comprobara que un sentimiento que antes se deslizaba rápidamente a través de su alma, ahora se expande, asumiendo una forma potente y vigorosa. Dejara que esa nueva forma de sentimiento reverbere sosegadamente en él, aquietando por completo su vida interior. Se abstraerá del mundo exterior para vibrar únicamente con lo que su alma exprese ante los fenómenos de este crecer y florecer.

No deben esperarse resaltados favorables si los *sentidos se* hallan torpes con respecto al mundo. Primero contémplense los objetos con tanta intensidad y nitidez como sea posible; *luego* déjese que el sentimiento que surge en el alma, el pensamiento que brota del interior, se apodera del discípulo. Lo que importa es saber dirigir la atención hacia *ambos* fenómenos con perfecto equilibrio interior. Si *se* logra la calma necesaria y uno se abandona a lo que emerge del alma, al cabo de cierto tiempo *se* tendrá la experiencia de observar que brotan del alma un nuevo género de sentimientos y pensamientos antes desconocidos. Cuanto más a menudo se preste atención sobre algo en proceso de crecimiento, de floración y de expansión y, alternativamente, sobre algo que se marchita y muere, tanto más vividos se tornarán estos sentimientos. Y, del mismo modo que se forman los ojos y los oídos del cuerpo físico de la materia viva bajo la acción de las fuerzas naturales, asi van formándose los órganos de la clarividencia a partir de los sentimientos y pensamientos así engendrados. Los procesos del crecimiento y de expansión dan lugar a un tipo de sentimiento bien determinado, mientras que otro tipo, no menos preciso, surge en presencia del marchitamiento y de la desintegración; pero esto sólo ocurre si el cultivo de esos sentimientos se lleva a cabo con arreglo a las instrucciones que preceden. Es posible describir, de un modo aproximado, la naturaleza de esos sentimientos, y su concepción plena está al alcance de todo aquel que personalmente viva estas experiencias interiores. Aquel que frecuentemente haya dirigido su atención hacia los fenómenos ¿el crecimiento, de la floración y del devenir, recibirá una sensación *remotamente semejante* a la que produce la salida del sol, en tanto que los fenómenos de decadencia y marchites darán origen a una sensación que, del mismo modo, es comparable al lento ascenso de la luna sobre el horizonte. Estos dos sentimientos son dos fuerzas que, debidamente cultivadas e intensificadas, conducen a los más significativos efectos espirituales, así como abren un mundo nuevo al estudiante que metódica y deliberadamente se abandona a ellas: el mundo anímico, el llamado plano astral, que comienza a alborear ante él. El crecimiento y la descomposición dejan de ser fenómenos que produzcan las indefinidas impresiones de antaño; se torna en líneas y figuras espirituales cuya existencia no había pechado antes y cuya forma diferenciada depende de los d rentes fenómenos. Una flor que se abre, un animal que ere o un árbol que se seca, evocan en su alma líneas bien determinadas. El mundo anímico, o plano astral, se desenvuelven lentamente ante el discípulo. No hay arbitrariedad en SUS líneas y figuras. Dos discípulos que hayan llegando al correspondiente grado de desarrollo espiritual observaran siempre las mismas líneas y figuras en relación con el mismo fenómeno. Asi dos personas de vista normal ven redonda una mesa redonda y no una de ellas la ve redonda y la otra cuadrada, del mismo modo se presenta a dos almas la misma figura espiritual contemplar una flor abierta. Del mismo modo que la historia natural describe las formas de las plantas y de los animal asi tambien el conocedor de la ciencia oculta describe o dibuja las formas espirituales de los procesos del crecimiento y de desintegración, clasificándolas por géneros y especies.

Cuando el discípulo este ya bastante avanzado para ve las formas espirituales de los fenómenos perceptibles a su ojo físico, no estará muy lejos del momento en que ya pueda observar lo que no tiene existencia física y que, por tanto, permanece totalmente oculto para aquel que no ha sido instruida en la ciencia espiritual.

Sin embargo, es necesario insistir en que el investigador espiritual no debe perderse en reflexiones acerca de lo que *significa* una u otra cosa, aspecto intelectual que lo desvían del recto camino. El discípulo debe contemplar el mundo externo con sentidos despiertos y sanos y con perspicacia, y entregarse después al sentimiento que en el se suscita. No debe tratar de deducir por medio de especulaciones intelectuales el significado de las cosas; ellas mismas deben descubrírselo.[1]

1) Puede decirse que un sentido artístico aunado a una naturaleza reposada e Introspectiva, constituye la más favorable condición preliminar para el desarrollo de las facultades espirituales. Ese sentido penetra más allá de la superficie de las cosas y asi llegan hasta su misterio.

Otro punto importante es lo que la ciencia oculta llama la *orientación* en los mundos superiores. Se llega a ella compenetrándose de la convicción de que los sentimientos y los pensamientos son

realidades, tal como lo son las sillas y las mesas del mundo físico sensible. En el mundo anímico y en el mundo mental, los pensamientos y los sentimientos actúan recíprocamente los unos sobre los otros, tal como lo hacen las cosas sensibles del mundo físico. Mientras el discípulo no se haya compenetrado intensamente de esta verdad, no creara que un pensamiento erróneo de su mente pueda ejercer, sobre otros que existan en el mundo mental, una influencia tan nefasta como la que ejerce una bala disparada a ciegas sobre los objetos físicos con que choque. Quizá no se permitiría jamás realizar un acto externo que considerara contrario a la razón, pero no rehuiría el fomentar pensamientos y sentimientos impropios, estimándolos inofensivos para el resto del mundo. Sin embargo, solo se puede avanzar en la ciencia oculta si se vigilan los pensamientos y sentimientos con el mismo cuidado con que observamos nuestros pasos en el mundo físico. Si uno se encuentra frente a un muro, no intentara pasar a través de él, sino que dará la vuelta: se adaptara a las leyes que rigen el mundo material. Leyes semejantes existen en los niveles afectivo y mental; si bien no pueden imponerse al hombre desde el exterior, deben emerger de la vida misma de su alma. Esto se alcanza absteniéndose en todo tiempo de pensamientos y sentimientos impropios. Es necesario suprimir durante este periodo toda divagación arbitraria y veleidosa, toda fantasía indisciplinada y todo flujo y reflujo accidental de emociones. Esto no embota la sensibilidad; antes al contrario, pronto puede comprobarse que, al regular el curso de la vida interior, la sensibilidad y la verdadera fantasía creadora comienzan a enriquecerse. En vez de un sentimentalismo banal y de concatenaciones caprichosas de ideas, surgirán sentimientos significativos y pensamientos fecundos, sentimientos y pensamientos que permitirán al discípulo *orientarse* en el mundo espiritual, y lograr una posición correcta respecto a la realidad de ese mundo. Resulta asi para el discípulo una consecuencia bien definida: del mismo modo que el hombre físico encuentra su camino entre las cosas terrenas, asimismo su disciplina lo conduce ahora a través de los procesos de *crecimiento* y *marchites,* procesos que el ya ha llegado a conocer en la forma antes descrita. Observara, por una parte, todo lo que crece y se desarrolla y, por la otra, todo lo que se marchita y perece, tal como corresponde para su propio progreso y el del universo.

El discípulo tiene que practicar, además, cierta disciplina en relación con el mundo del *sonido.* Conviene distinguir entre el sonido causado por lo llamado *inanimado,* v.g., un cuerpo que cae, una campana, un instrumento musical, y el sonido emitido por los seres vivos, animales u hombres. Al oír una campana se percibe un sonido, asociándolo con una sensación agradable; al escuchar el grito de un animal se percibirá en él, además de la impresión sensoria, la manifestación de una experiencia interna del animal, ya sea de placer o de dolor. Este ultimo es el género de sonidos de que debe ocuparse el discípulo en un principio. Aplicara toda su atención al hecho de que recibe, mediante el sonido, una información de algo que se encuentra fuera de su propia alma; se sumergirá en ese algo extraño; unirá estrechamente su propio sentimiento al dolor o al placer que ese sonido le revele y se sobrepondrá a lo que signifique *para él,* agradable o desagradable, simpático o antipático, para dejar que su alma se sature de lo que ocurre en el ser del cual procede el sonido. A través de estos ejercicios realizados metódica y deliberadamente, se asimilara la facultad de vibrar al unísono, por decirlo asi, con el ser del que emana el sonido. Para una persona dotada de sentido musical, semejante cultivo de su vida emotiva será más fácil que para otra que no lo tenga; .pero no hay que creer que el mero sentido musical pueda sustituir la actividad interna. El discípulo debe aprender a sentir en esta forma con respecto a *toda la naturaleza* para que se geste una nueva facultad en su vida mental y afectiva; para que la naturaleza entera, con sus resonancias, comience a susurrar al hombre sus misterios. Lo que antes era para su alma incoherente ruido, se convierte en *lenguaje inteligible de la naturaleza;* allí donde antes solo había percibido un sonido de la llamada naturaleza inanimada, ahora se le revela un nuevo lenguaje del alma. Progresando en este cultivo de sus sentimientos, pronto comprobara que puede *oír* algo cuya existencia antes no sospechaba: comienza a oír *con el alma.*

Precisa agregar algo mas a lo que precede para poder llegar a la cima de lo accesible en esa región.

De gran importancia para el desarrollo del discípulo es la manera *como escucha* las palabras de los demás. Debe acostumbrarse a hacerlo en tal forma que su propio ser interior *permanezca en silencio* absoluto Si alguien emite una opinión y otro la escucha, surge generalmente en este último un sentimiento de aprobación o desaprobación, y no faltará quienes se crean en el deber de manifestar en el acto su aquiescencia y muy especialmente su disentimiento. El discípulo debe acallar todo impulso interior de aprobación y de contradicción. No se trata de cambiar repentina e íntegramente de conducta, ni de esforzarse por el continuo logro de este completo silencio interior. Que comience a hacerlo en ciertos casos particulares elegidos a propósito. Entonces, poco a poco, esta nueva manera de escuchar se ira deslizando en sus hábitos y, por si misma, llegará a formar parte de ellos. En la búsqueda espiritual esto se practica sistemáticamente: el discípulo se siente obligado, en vía de practica y por un tiempo determinado, a escuchar los pensamientos más contradictorios, y a callar totalmente todo impulso de aprobación y, sobre todo, toda critica desfavorable. La medula del asunto estriba en que no solo se evite todo juicio intelectual, sino tambien todo sentimiento de desagrado, de disentimiento y hasta de aprobación. En particular el discípulo debe observarse muy atentamente para darse cuenta si tales sentimientos, quizá desaparecidos de la superficie, persisten aun en lo más recóndito de su alma. Por ejemplo, debe escuchar las afirmaciones de personas que en algún sentido le sean notoriamente inferiores, y evitar al hacerlo, *todo* sentimiento de superioridad. Para todos es útil escuchar de esta manera a los niños; hasta el más sabio puede aprender incalculablemente de ellos. Asi, el estudiante aprende a escuchar las palabras de otro con perfecto *desprendimiento,* con total abstracción de su propia persona, de sus opiniones y de su manera de sentir. Si se ejercita asi a escuchar sin actitud de critica, aun en los casos en que se expresen las opiniones más contrarias a las suyas, o cuando se cometan ante él los disparates más grandes, aprenderá poco a poco a fundirse con la individualidad de otro hombre y a identificarse con ella. A través de las palabras, escuchándolas, podrá penetrar en el alma del que habla. Gracias a ejercicios prolongados de esta índole, el sonido se convierte en el medio apropiado para percibir el alma y el espíritu. Es cierto que para ello se requiere una autodisciplina rigurosísima; pero ella conduce a una meta sublime. Cuando estos ejercicios se practican junto; con los anteriormente descritos, relativos a los sonidos en la naturaleza, el alma desarrolla un nuevo sentido auditivo y es capaz de percibir manifestaciones del mundo espiritual que no hallan expresión mediante sonidos perceptibles por el oído físico. La percepción del "Verbo Interior" despierta, y paulatinamente se le revelan al discípulo verdades del mundo espiritual. Se halla en condiciones de escuchar un lenguaje expresado en forma espiritual.[1] Todas las verdades superiores se alcanzan través del influjo del Verbo Interior, y lo que puede transmitir un verdadero investigador espiritual lo ha recibido de este modo. Esto no quiere decir que sea inútil dedicarse a la lectura de los textos de ciencia oculta antes que uno mismo pueda percibir ese influjo interne Al contrario, la lectura de esos escritos y el recibir las enseñanzas de los investigadores espirituales son, por si mismos, medios para, llegar al conocimiento personal. Cada frase que escuchamos de la ciencia oculta es apropiada para dirigir nuestra mente hacia el punto que debe alcanzar si el alma tiene que experimentar un positivo progreso. A todo cuanto antes se ha indicado debe agregarse el estudio asiduo de lo que transmiten los investigadores espirituales. En toda disciplina oculta este estudio forma parte de la probación, y todo otro procedimiento será inefectivo si no existe la debida receptividad para las enseñanzas del investigador espiritual, pues procedentes del Verbo Interior y de su viviente influjo, estan dotadas de vida espiritual. No son meras palabras, sino poderes vivos. Cuando se siguen las palabras de un iniciado, cuando se lee un libro que surge de verdaderas experiencias internas, obran en el alma *energías* que la hacen *clarividente,* tal como las fuerzas de la naturaleza crearon nuestros ojos y nuestros oídos de la substancia vital.

1) Los seres espirituales de los que trata la ciencia oculta solo pueden hablar a quienes hayan llegado a la receptividad interior mediante una captación Impersonal, sin dejarse influir por opiniones y sentimientos personales. Mientras el estudiante oponga su propia opinión o sentimiento a lo que oye, los seres del mundo espiritual permanecen callados.

ILUMINACIÓN

La iluminación parte de procesos muy sencillos. Aquí también se trata de desarrollar ciertos sentimientos y pensamientos que se hallan latentes en todo ser humano y que deben despertar. Únicamente cuando estos sencillos procesos se llevan a cabo con firme paciencia y perseverancia infinita se llega a la percepción de las "formas luminosas internas". El primer paso consiste en observar, de manera especial, diversos seres naturales: por ejemplo, una piedra transparente de hermosas facetas (un cristal), una planta y un animal. Concéntrese primeramente toda atención en comparar la piedra con el animal de tal modo que los pensamientos lleguen al alma, acompañados de intensos sentimientos, sin permitir que otro pensamiento ni sentimiento se introduzca ni perturbe lo que ha de ser observación intensa concentrada. El discípulo se dirá: "La piedra tiene forma; tambien el animal; la piedra permanece *inmóvil* en su lugar; no asi el animal que cambia de lugar. Es el instinto, el deseo, lo que origina la movilidad del animal, instinto a cuyo servicio se halla tambien su forma: los órganos y los miembros del animal estan modelados de acuerdo con los instintos; no asi la forma de la piedra, estructurada por una energia carente de deseo".[1] Al sumergirse uno intensamente en estos pensamientos observando la piedra y el animal con atención sostenida, brotan en el alma dos géneros de sentimientos muy distintos: el uno emanado de la piedra, el otro del animal. Probablemente no se tendrá buen éxito al empezar, pero, poco a poco, con pacientes ejercicios, surgirán estos sentimientos. Lo indispensable es perseverar en su práctica. Al principio existirán dichos sentimientos solo mientras dure la observación, después persistirán, hasta que finalmente se transformen en algo que perdura en el alma. Llegado este momento basta que el discípulo se ensimisme para que ambos sentimientos aparezcan incluso sin observación de objeto externo alguno. De estos sentimientos y de los pensamientos que los acompañan se forman los *órganos de la clarividencia.* Si sigue a las anteriores la observación de la planta, se notara que el sentimiento que ella provoca ocupa el punto medio, entre los que se derivan de la piedra y del animal tanto por su carácter como por su grado de intensidad. Los órganos que en este caso se forman son los *ojos espirituales,* con los que paulatinamente se aprende a ver algo asi como colores psíquicos y espirituales. Pero el mundo espiritual, con sus líneas y sus figuras, permanecerá obscuro en tanto que el estudiante no haya asimilado mas que lo que se ha descrito como "probación"; con la ayuda de la iluminación ese mundo se aclara. Es necesario insistir una vez más que las palabras "obscuro" y "claro", asi como las demás expresiones empleadas, solo indican aproximadamente lo que se quiere decir. No puede ser de otra manera al recurrir al lenguaje corriente que solamente es adecuado para el mundo físico. Ahora bien, la ciencia oculta denomina "azul", o "azul-rojizo", lo que para los órganos de la clarividencia emana de la piedra, y "rojo", o "rojo-amarillento", lo que se percibe como procedente del animal; en realidad, lo que se ve son colores de orden espiritual. El color que emana de la planta es "verde", y tiende paulatinamente hacia un rosado claro etéreo. La planta es el ente de la naturaleza cuya constitución en los mundos superiores hace recordar, en cierto modo, la que tiene en el mundo físico. No sucede lo mismo con la piedra y el animal. Hay que tener presente que los colores arriba mencionados representan solamente la tonalidad principal de los reinos mineral, vegetal y animal, pues en realidad existen todos los matices intermedios. Toda piedra, toda planta, todo animal, posee el suyo particular. Además, existen los seres de los mundos superiores que nunca encarnan físicamente y que despliegan colores ora admirables, ora horribles. La variedad de colores en esos mundos superiores es infinitamente mayor que en el mundo físico.

Una vez alcanzada la facultad de ver con los "ojos espirituales", el hombre encuentra, tarde o temprano, a tales seres, superiores o inferiores al hombre, seres que jamás entran en la realidad física.

1) El hecho a que se hace aquí referencia en su relación con la contemplación de los cristales, ha sido tergiversado de diversas maneras por quienes han oído hablar de ello solo en una forma, externa (exotérica) y así es como han surgido practicas tales como la "visión en el cristal", etc. Tales prácticas se basan en interpretaciones erróneas. Se describen en muchos libros, pero nunca son el tópico de las genuinas enseñanzas esotéricas.

Al llegar a este punto, muchos son los caminos que se abren ante el hombre, pero no es aconsejable ir más lejos sin observar cuidadosamente lo que el investigador espiritual haya dicho o impartido. Siempre lo mejor es seguir las indicaciones de tal dirección experimentada. Por otra parte, si un hombre tiene en si la fuerza y la perseverancia para adquirir los grados rudimentarios de la iluminación, seguramente buscara y encontrara la guía acertada.

En todo caso se requiere una precaución sin la cual lo más sensato es renunciar a todo discipulado oculto: el discípulo no ha de perder ninguna de sus cualidades de hombre noble y bueno ni su receptividad para toda realidad física; por el contrario, durante su discipulado debe aumentar continuamente su fuerza moral, su pureza interior y su poder de observación. Por ejemplo, durante los ejercicios iniciales de la iluminación, ha de procurar que crezca constantemente la simpatía hacia todo hombre y todo animal, asi como la sensibilidad a las bellezas de la naturaleza. De descuidarlo se embotarían sus sentimientos y su sensibilidad por tales ejercicios; su corazón se endurecería, su mente se tornaría indolente, y todo ello lo conduciría a peligrosos resultados.

El cómo se lleva a cabo la iluminación ascendiendo el discípulo, gracias a los ejercicios antes descritos, desde la piedra, la planta y el animal hasta el hombre; y el cómo, tras esa iluminación, se presenta finalmente la unión del alma con el mundo espiritual, lo que conduce a la iniciación, es lo que se tratara en los capítulos siguientes, hasta donde sea posible.

En nuestra época son muchas las personas que buscan el camino hacia la ciencia oculta, búsqueda a veces por medios peligrosos y hasta reprobables. Por este motivo, quienes conozcan algún aspecto de la verdad de este asunto deben proporcionar a los demás la posibilidad de aprender algo de la disciplina oculta. En lo que corresponda se imparte en esta obra esta posibilidad para impedir que el error llegue a causar graves daños. Por el método que se señala, nadie puede correr peligro si no trata de forzar las circunstancias. Lo siguiente ha de tenerse presente: ninguna persona debe consagrar a los ejercicios más tiempo y energías que los que su situación y deberes le permitan. No ha de pretender cambiar nada de las ccondiciones externas de su vida para seguir el sendero oculto. Si se desean resultados serios, hay que tener *paciencia**;*** saber interrumpir la meditacion después de algunos minutos, continuar tranquilamente el trabajo acostumbrado, y ningun recuerdo de los ejercicios ha de mezclarse con las actividades cotidianas. El que no ha aprendido a *esperar,* en el mejor *y* más alto sentido de la palabra, no sirve para discípulo y no llegará jamás a resultados de un valor real.

DOMINIO DEL PENSAMIENTO Y DEL SENTIMIENTO

Cuando el discípulo busca el camino de la ciencia oculta por los métodos descritos en el capítulo anterior, debe fortificarse con *un* pensamiento persistente en el curso de su labor: repetirse constantemente que quizá ha realizado progresos bastante notables después de algún tiempo, aunque no se le evidencie en la forma que el posiblemente esperaba. Quien no tenga esta actitud interna, puede desarmarse y abandonar todo esfuerzo al cabo de poco tiempo. Las energías y facultades que hay que desarrollar son, al principio, de índole sumamente delicada, y difieren completamente en su naturaleza de la idea previamente formada por el estudiante, solo acostumbrado a ocuparse del mundo físico. Ocultos a sus sentidos y pensamientos el mundo espiritual y el anímico, no es de extrañar que no le sea posible darse cuenta inmediatamente de los poderes espirituales y psíquicos que en el se desenvuelven. En esto radica una posible fuente de duda para todo aquel que huelle el sendero sin acogerse a la experiencia de log investigadores competentes. El investigador espiritual se dará cuenta del progreso del discípulo mucho antes de que éste tenga conciencia de ese progreso; sabe como se van formando los delicados ojos espirituales antes que su discípulo sea consciente de ello y gran parte de sus instrucciones tienden precisamente a evitar que el discípulo, por no haber llegado al conocimiento propio de sus progresos, pierda la confianza, la paciencia y la perseverancia. El instructor espiritual no puede *dar* a su discípulo nada que este no

posea ya en estado latente, y su misión ha de limitarse a ayudarle en el despertar de sus facultades adormecidas. Ello no obstante, lo que transmite de sus propias experiencias es sostén para el discípulo que quiere abrirse paso de la oscuridad a la luz.

Muchos abandonan el sendero de la ciencia espiritual poco después de haber entrado en él, porque no notan inmediatamente sus progresos. Incluso cuando se presentan las primeras experiencias superiores, el discípulo a menudo las considera ilusorias, pues había formado ideas muy distintas de lo que pensaba iba a experimentar y se desanima, ya sea porque considera fútiles estas primeras experiencias, ya sea porque le parezcan de poca categoría para conducirle en tiempo no lejano a un resultado apreciable. El *Animo* y la *confianza en si mismo* son las dos antorchas que nunca deben apagarse en el sendero hacia la ciencia espiritual. Además no irá muy lejos quien no sea capaz de repetir con toda paciencia, sin cansarse, un ejercicio en el que aparentemente haya fracasado un sin-numero de veces.

Mucho antes de tener la percepción clara del avance logrado, surge de las profundidades del alma un sentimiento indefinido de que se halla en buen camino. Conviene cultivarlo y vigorizarlo, ya que puede convertirse en seguro guía. Ante todo es necesario eliminar la idea de que para llegar al conocimiento superior se requieren prácticas extrañas y misteriosas: hemos de partir de los sentimientos y pensamientos que integran la vida cotidiana y darles otro rumbo; esto es todo. Que cada uno empiece por decirse: "En mi propio mundo mental y afectivo yacen ocultos los misterios más sublimes, inadvertidos hasta ahora". Lo que quiere decir, en último análisis, que si bien el hombre es una integración de cuerpo, alma y espíritu, solo es propiamente *consciente* de su cuerpo, mas no de su alma ni de su espíritu. El discípulo adquiere conciencia del alma y del espíritu tal como el hombre común la tiene de su cuerpo.

De ahi que sea importante dar la correcta orientación a los sentimientos y los pensamientos, con lo cual se desarrolla la facultad de percibir lo que es invisible en la vida corriente. En lo que sigue se va a mostrar uno de los medios para lograrlo, en verdad algo muy sencillo, como casi todo lo que se ha descrito hasta aquí, pero de las mayores consecuencias si hay perseverancia y si el estudiante posee la disposición de animo que se necesita.

El estudiante observara la semilla de una planta y tratara de suscitar intensamente ante este insignificante objeto los pensamientos apropiados, asi como desarrollar, por su medio, ciertos sentimientos. Que primero capte con claridad lo que realmente ve con sus ojos, describiéndose a sí mismo la forma, el color y todos los demás atributos de esa simiente. Luego que se haga la siguiente reflexión: "De esta semilla, si se siembra, nacerá una planta de compleja estructura". Represéntese mentalmente esta planta; créese imaginativamente y luego reflexiónese en el sentido de: "Lo que ahora estoy concibiendo con mi mente, las energías de la tierra y de la luz lo harán realmente surgir después de esta semilla. Si tuviera ante mi un objeto artificial que imitara tan perfectamente esta semilla que mis ojos no pudieran distinguirla de una verdadera, ningun poder terrestre o lumínico seria capaz de producir una planta con ella". Quien conciba esta idea con nitidez, derivando de ella una experiencia interior, podrá formar tambien el siguiente pensamiento, acompañándolo del *sentimiento adecuado.* Se dirá: "Lo que surgirá mas adelante de la semilla, existe ya en ella, en estado latente, como *potencialidad* de la planta entera. Esa potencialidad no mora en la imitación artificial; sin embargo, *para mi vista,* una y otra son idénticas. Existe, pues, en la semilla verdadera, algo *invisible* no contenido en la imitación". Es *en* ese algo invisible donde hay que concentrar el pensamiento y el sentimiento.[1] Imagine el estudiante que ese algo invisible se transformara, mas adelante, en planta visible, cuya forma y color podrá contemplar, y concéntrese en la idea: *"Lo invisible se hará visible;* si yo no fuera capaz de *pensar,* no podría sentir ahora presente lo que solo será visible mas tarde".

1) Aquel que objetara que al examen microscópico el grano verdadero se distingue de su imitación, demostraría que no ha comprendido de que se trata. La Intención no es analizar el objeto sensible que uno tiene ante sí, sino utilizarlo para el desenvolvimiento de las fuerzas psíquico-espirituales.

Debe darse particular énfasis al siguiente punto: lo que se piensa debe tambien sentirse intensamente. Con toda *calma,* el anterior pensamiento debe convertirse en *experiencia consciente* del alma con exclusión de todo otro pensamiento o perturbación, siendo necesario reservarse el tiempo suficiente para, que el pensamiento y el sentimiento que con el se relaciona, se incrusten en el alma, por decirlo asi. Si esto se logra correctamente, entonces, al cabo de cierto tiempo, posiblemente después de muchos ensayos, se sentirá surgir una fuerza interior capaz de crear una nueva facultad de percepción. La semilla parecerá como envuelta en una nubecilla luminosa percibida de manera sensible-suprasensible, como una especie de *llama* cuyo centro evoca la misma sensación que se experimenta bajo la impresión del color lila, y el borde evoca la misma sensación que produce un color azulado. Asi se torna visible lo que antes era invisible, creado por los pensamientos y los sentimientos que el discípulo ha despertado dentro de sí. Considerando que la planta no será visible sino mas tarde, lo invisible a los sentidos se revela en esos instantes en forma espiritualmente visible.

No es de extrañar que muchos consideren todo esto como una ilusión y se pregunten: *"¿De* que me sirven tales alucinaciones, tales quimeras?", y no pocos desistirán de su primer empeño y abandonaran el sendero. Pero lo importante aquí es precisamente no confundir la fantasía con la realidad espiritual en esta fase difícil de la evolución humana; más aun, sentirse animado para continuar adelante sin temor ni pusilanimidad. Por otra parte, hemos de insistir en el constante cultivo del *sentido común* que sabe distinguir entre lo real y lo ilusorio. Durante todos estos ejercicios el discípulo no debe perder jamás el complete y *consciente* dominio de si mismo; así como pensar con la misma claridad y acierto con que enfoca los detalles y acontecimientos de la vida cotidiana. Seria fatal entregarse a quimeras, perder el claro juicio, o la cordura. Seria gravísimo error el que, debido a estos ejercicios, el hombre perdiera su equilibrio mental y se viera impedido de juzgar las cosas de la vida cotidiana tan sana y acertada-mente como antes. Por tanto, el discípulo debe examinarse continuamente para cerciorarse de que no sufre alteración alguna, de que sigue siendo *el mismo* hombre en medio de las circunstancias de la vida. Un apoyo firme en sí mismo y un sentido claro para todo; eso es lo que es preciso conservar. Ante todo hay que tener sumo cuidado de no abandonarse a vagas ensoñaciones ni entregarse a la practica de cualquier ejercicio que se le sugiera. El encauce mental aquí enunciado ha sido probado y practicado desde la mas remota antigüedad en las escuelas ocultas; y *solo esta* orientación es la que se transmite en estas paginas. El que quisiera poner en practica otra por el mismo concebida o sobre la que hubiese oído o leído aquí o allá, caería en error y pronto se encontraría en camino de las más absurdas quimeras.

Como siguiente ejercicio puede el discípulo practicar este otro: Colóquese frente a una planta en plena floración y concéntrese la mente en la idea de que un día esa planta se marchitara y perecerá. "Nada perdurara de lo que tengo ahora ante mis ojos; pero llegado ese periodo la planta ya habrá engendrado en su organismo semillas que llegaran a convertirse en nuevas plantas. Y otra vez me doy cuenta de que en lo que mis ojos ven existe algo oculto que me es imposible percibir. Me compenetrare con el pensamiento: "Esta planta, con su forma y colores habrá dejado de existir en lo futuro; pero al engendrar semillas me lleva a pensar que no se aniquila en la nada. Lo que preserva a la planta de la desaparición se mantiene tan invisible a mi vista como la planta estaba antes oculta en el grano de la semilla. *Existe, pues, en la planta algo que mis ojos no pueden ver.* Si dejo que en mi viva este pensamiento, y a él uno el correspondiente *sentimiento,* al cabo de cierto tiempo se desarrollara un poder en mi alma que se convertirá en una *nueva percepción".* De la planta emerge una especie de llama espiritual, mayor en tamaño a la descrita anteriormente. Esta llama produce aproximadamente la sensación del color azul-verdoso en su parte media y rojo-amarillento en su borde exterior.

Los colores aquí descritos no se perciben de la misma manera como los ojos físicos ven los colores; sino que la percepción *espiritual* da lugar a una sensación parecida a la impresión física del color. Tener la percepción espiritual de lo "azul", significa que se siente algo similar a lo que se experimentando la mirada del ojo físico descansa sobre el color azul. Esto debe tenerlo en cuenta

quien pretenda avanzar hacia las percepciones espirituales. De lo contrario no esperaría de lo espiritual mas que una repetición de lo físico, lo que le conduciría a la más amarga decepción.

Quien haya llegado a este grado de vision espiritual se hallara en posesión de un rico tesoro, pues se *le* revelarán los objetos del mundo externo, no solamente en su modo de ser actual, sino tambien en su proceso de crecimiento y decadencia; comenzara a percibir en todas las cosas el Espíritu del que nada sabe el ojo físico. Y es así como habrá dado los primeros pasos para llegar a comprender, por propia vision, el misterio del *nacimiento* y de la *muerte.* Para los sentidos exteriores, un ser nace con el alumbramiento y perece con la muerte. Las cosas parecen asi solo porque los sentidos no perciben el espíritu escondido en ese ser. Para el espíritu el nacimiento y la muerte son solo una metamorfosis similar a la transformación que se opera en la planta ante nuestros ojos cuando del capullo surge la flor. Para reconocer esto por propia vision se necesita despertar el sentido espiritual requerido mediante los métodos aquí señalados.

Para acallar desde un principio otra objeción que pudieran hacer ciertas personas dotadas de alguna experiencia psíquica, agregaremos lo siguiente: no queremos negar que haya caminos más cortos y métodos más sencillos asi como que existan personas que han llegado por su propia vision a comprender el fenómeno del nacimiento y de la muerte, sin haber pasado antes por las etapas descritas en esta obra. Efectivamente hay quienes poseen disposiciones psíquicas notables cuyo desarrollo requiere tan solo un leve impulse Pero tales personas constituyen la excepción, mientras que la senda aquí indicada es camino seguro y valido para todos. Es posible, ciertamente, adquirir algunos conocimientos químicos por medios excepcionales; mas para llegar a ser químico hay que seguir los métodos reconocidos y dignos de confianza.

Seria un error de graves consecuencias suponer que con *solo* imaginarse la planta o la semilla, con solo representársela imaginativamente, se pueda llegar a la meta. Pueden ciertamente lograrse resultados pero de una manera menos segura que la indicada. La vision *a* la cual se llegara seria, en la mayoría de los casos, espejismo de la fantasía, sin realizarse la autentica vision espiritual. No se trata de crear visiones caprichosas, sino de que la realidad las cree *dentro de uno mismo.* La verdad ha de surgir de las profundidades de mi propia alma, conjurada, no por mi yo ordinario, sino por los seres cuya realidad espiritual pretendo percibir.

Cuando el discípulo, mediante tales ejercicios ha encontrado dentro de sí los rudimentos de la vision espiritual, ya puede elevarse hasta la contemplación del hombre mismo. Al principio debe elegir fenómenos sencillos de la vida humana; pero antes de hacerlo debe esforzarse en alcanzar la mas completa pureza de su naturaleza moral. El discípulo rechazara todo pensamiento que pueda tender a una aplicación de los conocimientos asi adquiridos para satisfacer sus instintos egoístas. Se obligara a no utilizar *jamás* para el mal cualquier poder que pudiere adquirir sobre sus semejantes. De ahi que todo aquel que quiera conocer por vision personal los misterios de la naturaleza humana deba observar la regla *de oro* de la verdadera ciencia espiritual, y que reza asi: si intentas dar *un* paso hacia el conocimiento de las verdades ocultas, da *tres* pasos hacia el perfeccionamiento de tu carácter. El que observe esta regla puede practicar ejercicios de la índole siguiente:

Evóquese la imagen de una persona a quien se haya observado cuando *ansiaba* algo. Concéntrese la atención sobre el *deseo* mismo. Lo mejor es evocar el momento en que el deseo había alcanzado su mayor intensidad, siendo todavía inseguro si esa persona podría o no satisfacer su deseo. Reflexiónese luego con intensidad sobre lo que de esto pueda recordarse manteniendo interiormente la más completa calma. Trátese, en la medida de lo posible, de permanecer ciego y sordo para todo lo que acontezca en torno suyo, y póngase especial atención de que surja en el alma un *sentimiento,* suscitado por la imagen representada. Permítase que ese sentimiento ascienda en uno mismo como una nube sobre un horizonte sereno. Naturalmente que, por regla general, la observación quedara interrumpida por no haber observado a la persona en cuestión durante suficiente tiempo en el estado de alma referido. El intento puede ser vano centenares de veces; mas no se debe perder la paciencia.

Después de numerosos ensayos, el alma llegara a experimentar un sentimiento que corresponde al estado de animo de la persona observada y se notara, además, debido a ese sentimiento, que después de algún tiempo crece en el alma una energia que se convierte en *vision espiritual* del estado psíquico de la otra persona. Aparecerá en el campo visual una imagen que da la impresión de algo luminoso, imagen que es la llamada manifestacion astral del estado de deseo observado en aquella alma. Una vez mas la impresión de esta imagen puede ser descrita como semejante a una llama de centro rojo amarillento y borde azul rojizo o lila. Es menester tratar con delicadeza tal vision espiritual y lo mejor es no hablar de ella con nadie, a no ser con el propio guía, si se tiene. Porque si se intenta describir tal fenómeno por medio de palabras inadecuadas, frecuentemente se cae en crasos errores; se emplean las palabras usuales, no acuñadas para expresar semejantes cosas y, por tanto, demasiado burdas y torpes. Por otra parte el intento de expresar con palabras estas experiencias lleva a la tentación de hacer deslizar, entre las percepciones genuinas, toda clase de fantasías. Otra regla importante se impone aquí al discípulo: "Aprende a *guardar silencio* sobre tus visiones espirituales; debes callar aun ante ti mismo; no trates de expresar en palabras, ni de analizar con un intelecto desmañado, lo que percibes en espíritu. Abandónate despreocupadamente a tu vision espiritual sin perturbarla con demasiadas sutilezas, pues considera que al principio tu capacidad de reflexionar no iguala, en modo alguno, a tu nuevo poder perceptivo. Tu facultad razonadora la conquistaste en tu vida limitada hasta ahora al mundo físico y sensible; y lo que ahora estas conquistando sobrepasa esos limites. Abstente, pues, de aplicar a esas nuevas y más elevadas percepciones, el patrón de las antiguas". Solo aquel que ya tenga alguna certeza en la observación de experiencias Interiores**,** podrá hablar de ellas, estimulando asi a sus semejantes.

Otro ejercicio puede completar lo ya descrito. Concéntrese de la misma manera la atención sobre el momento mismo en que a una persona se le satisface algún deseo, la realización de una esperanza. Si se observan las mismas reglas y las mis-mas precauciones que en el caso precedente se llegara nueva-mente a una vision espiritual. Se vera aparecer una forma-llama espiritual cuyo centro provoca la sensación de lo amarillo y cuyo borde es experimentado como de color verde.

Observaciones de esta índole sobre nuestros semejantes pueden ser causa para el observador de un defecto moral: tornarse insensible e incomprensivo, y hay que evitar, por todos los medios, que esto suceda. Tales observaciones deben llevarse a cabo solamente por quien ya haya alcanzado un nivel tal que tenga la certidumbre absoluta de que los *pensamientos* son realidades; por consiguiente no deberá permitirse *pensar* de los demás en forma que los pensamientos sean incompatibles con el más profundo respeto a la dignidad y a la libertad humanas. No debe, pues, entrar jamás en nuestro ánimo la idea de que un hombre pueda ser para nosotros simple objeto de observación, por lo que paralelamente a cada observación oculta de la naturaleza humana, la auto-educación debe tender a respetar sin reserva el fuero interno de cada individuo y a reconocer la sagrada e inviolable naturaleza de lo que mora en todo ser humano. Ha de saturarnos un sentimiento de temor reverente ante todo lo humano, aun cuando se trate de representaciones recordativas.

Baste con estos dos ejemplos para ilustrar como puede lograrse la iluminación interior de la naturaleza humana, ya que sirvieron cuando menos para indicar el camino a seguir. Aquel que pueda encontrar el silencio y la calma interior indispensables para tal observación, se dará cuenta de haber conseguido una profunda transformación interna. Así alcanzara pronto el punto en que este enriquecimiento interior de su ser le confiera confianza y serenidad para su conducta externa, transformación que redundara en beneficio de su alma. Y asi irá progresando, y asi ira descubriendo caminos y medios para penetrar cada vez mas en aquella parte de la naturaleza humana que esta oculta a los sentidos exteriores, asi como llegará a la madurez necesaria para poder contemplar las relaciones misteriosas entre la naturaleza humana y todo lo que existe en el universo. Siguiendo este camino, el hombre se aproxima más y más al momento en que podrá comenzar a dar los primeros pasos en la *iniciación,* si bien antes de darlos una cosa más hace falta cuya necesidad al principio no capta el discípulo. Mas tarde sí.

Lo que el candidato debe aportar a la iniciación es *valor* e *intrepidez* desarrollados en determinado sentido. El discípulo debe buscar las oportunidades favorables al desarrollo de esas virtudes, asi como cultivarlas metódicamente en la instrucción oculta. La vida misma es, sobre todo en ese sentido, una buena, quizá la mejor, escuela oculta. El discípulo debe saber enfrentarse serenamente a un peligro, tratar de superar las dificultades sin temor. Por ejemplo, frente a un peligro debe inmediatamente fortalecer su ánimo y llegar a la convicción de que: mi miedo de nada me sirve; no debo sentirlo; pensare solamente en lo que hay que hacer. Y debe progresar hasta lograr que, en ocasiones en que antes estaba temeroso, sentimientos tales como el "tener miedo" o el "desalentarse" se conviertan en imposibilidades, al menos para su sentir mas intimo. Mediante tal auto educación, el hombre desarrolla dentro de sí ciertos poderes bien definidos, necesarios para la iniciación en los misterios superiores. Asi como el hombre físico necesita fuerzas nerviosas para utilizar sus sentidos corpóreos, del mismo modo el hombre psíquico tiene necesidad de la energia que solo se desarrolla en las naturalezas intrépidas y valerosas. Quien penetra en los misterios superiores ve cosas que permanecen ocultas a la vista del hombre ordinario debido a los engaños de los sentidos; pero estos sentidos físicos que nos impiden contemplar la verdad superior, son precisamente por eso los bienhechores del hombre. Gracias a ellos ocúltanse para él cosas que le causarían una turbación tremenda por no estar debidamente preparado, y cuya vista no podría soportar. El discípulo debe capacitarse para resistir tales visiones. Pierde ciertos apoyos del mundo exterior que se debían precisamente a la circunstancia de que él era presa de la ilusión. La situación es como si a alguien se le señalase un peligro al que hubiera estado expuesto durante mucho tiempo sin saberlo. Antes no sentía temor; pero ahora que lo sabe será presa del miedo, aunque no haya aumentado el peligro al conocerlo.

Las energías que actúan en el inverso son destructivas y constructivas; el destino de los seres que lo habitan es nacer y perecer. El vidente contemplara la acción de esas energías y el curso de ese destino; y ha de quitársele el velo que en la vida ordinaria cubre sus ojos espirituales. Tengamos presente, sin embargo, que el hombre mismo se halla íntimamente vinculado a dichas energías y a dicho destino: en su propia naturaleza existen fuerzas destructivas y constructivas, y su propia alma se le presenta tan desnuda como los demás objetos. Ante este conocimiento de sí mismo el discípulo no debe perder vigor, y para que no le falte, debe aportarlo en exceso. El camino es aprender a mantenerse sereno y tranquilo interiormente en las circunstancias difíciles de la vida y a cultivar dentro de si una firme confianza en las fuerzas benéficas de la existencia. Debe estar preparado para descubrir que ciertos móviles que hasta ahora le impulsaban dejan de hacerlo y para darse cuenta que antes frecuentemente pensaba y obraba porque era presa de la ignorancia. Dejaran de existir los motivos que antes le inducían. Por ejemplo, anteriormente obraba a menudo por vanidad; ahora comprenderá cuan indeciblemente fútil es toda vanidad para el que sabe; o bien por avaricia; ahora vera cuan destructiva es la avaricia. Y tendrá que desarrollar incentivos completamente nuevos para actuar y pensar, para lo cual es precisamente necesario el valor y la intrepidez.

Sobre todo se trata de cultivar ese valor y esa intrepidez en lo mas intimo de la vida cogitativa. El discípulo debe aprender a no descorazonarse por fracaso alguno y ser capaz de pensar: "Voy a olvidar que nuevamente he fracasado en esta empresa y tratare de nuevo como si nada hubiera acontecido". Asi se abre paso hacia la convicción de que los manantiales de energia del universo donde puede abrevar son inagotables. Aspira continuamente a lo espiritual que puede elevarlo y sostenerlo, aunque numerosas veces su ser terrenal haya resultado impotente y débil. Debe ser capaz de vivir mirando hacia el porvenir, sin dejarse turbar en esta aspiración por experiencia alguna del pasado. Cuando el hombre posea estas cualidades hasta cierto grado, estará maduro para conocer los *verdaderos nombres* de las cosas, lo que constituye la clave del saber superior, considerando que la *iniciación* consiste en aprender a designar las cosas del mundo por los nombres que tienen en el espíritu de sus divinos autores, nombres que encierran el secreto de las cosas. La diferencia entre el lenguaje de los iniciados y el de los no iniciados consiste en que los primeros conocen el nombre por el cual los seres fueron creados. El próximo capítulo tratará de la iniciación propiamente, hasta donde sea posible.

LA INICIACIÓN

La *iniciación* es el grado más alto de una disciplina oculta sobre el cual pueden aun darse *indicaciones* en una obra escrita, inteligibles pura la generalidad. Toda referencia sobre lo que existe más allá de ella es difícil de comprender; sin embargo, podrá encontrar el camino todo aquel que haya pasado por los misterios menores, a través de probación, iluminación e iniciación.

Sin la iniciación, el hombre no podría adquirir el saber y la fuerza que ella le confiere, sino en un futuro muy lejano, después de numerosas encarnaciones y por un camino y bajo una forma muy distintos. Quien ahora se inicie, experimenta algo que, de lo contrario, no conocería sino mucho más tarde y en circunstancias muy diferentes.

El hombre es accesible a los misterios de la existencia sola en la medida que corresponde a su grado de madurez, y es por esta razón, la única, por la que existen obstáculos en el sendero hada loa grados superiores del saber y del poder. Nadie debe usar un arma de fuego hasta que tenga bastante experiencia para manejarla sin causar desgracias. Si una persona fuera iniciada hoy sin requisito alguno, carecería de la experiencia que ira adquiriendo durante sus futuras encarnaciones, experiencia indispensable antes que, dentro del curso normal de su evolución, se le revelen los misterios respectivos. De ahi que haya que sustituir aquellas experiencias por otra cosa en el umbral de la iniciación. El sustituto para dicha experiencia futura son las primeras instrucciones que se imparten al candidato a la iniciación. Se trata de las llamadas "pruebas" que él tiene que sufrir y que corresponden a la consecuencia normal de su evolución interna si se llevan debidamente a cabo los ejercicios, tal como han sido descritos en capítulos anteriores.

Estas "pruebas" se mencionan frecuentemente en libros y sus reseñas provocan, por lo regular, una idea bastante errónea de su naturaleza. Y es que quien no haya pasado por la probación y la iluminación nada puede conocer de ellas; no puede, por lo tanto, tampoco describirlas adecuadamente.

El candidato debe llegar a conocer ciertas cosas y hechos que pertenecen a los mundos superiores. Mas solo puede verlos oírlos si esta capacitado para las percepciones espirituales en forma de figuras, colores y sonidos, etc., mencionados al tratar de la probación y de la iluminación.

La primera "prueba" consiste en adquirir una *visión* mas adecuada de las cualidades corpóreas de las cosas inanimadas y, posteriormente, de las plantas, de los animales y del ser humano, que la que tiene el hombre común. Con esto no nos referimos a lo que hoy día se llama conocimiento científico, pues no se trata aquí de ciencia sino de *videncia.* Por regla general, el procedimiento consiste en que el candidato llega a comprender como los objetos de la naturaleza y los seres animados se manifiestan al oído y a la visión espirituales. En cierta manera, aparecen entonces ante el observador sin velo, desnudas. Las cualidades que se perciben son las que estan ocultas para el ojo y el oído físicos; para la percepción sensoria estan como cubiertas de un velo que se desvanece ante el candidato mediante el fenómeno denominado "purificación por el fuego espiritual". De ahí que esta primera prueba se llame la "prueba del fuego".

Para ciertas personas la vida ordinaria misma constituye una iniciación mas o menos inconsciente por la "prueba del fuego": son aquellas que pasan por amplias experiencias de una índole tal que su confianza en si mismas, su valor y su firmeza se vigorizan de *manera sana,* aprendiendo a la vez a soportar el dolor, las decepciones y los fracasos de sus empresas con grandeza de alma y sobre todo con calma y fuerza inquebrantable. Quien ha pasado por tales experiencias es muchas veces un iniciado sin darse cuenta cabal de ello, y le falta muy poco para abrir sus ojos y sus oídos espirituales y convertirse en clarividente. No debe olvidarse que una "prueba del fuego" genuina no tiene por objeto satisfacer la curiosidad del candidato. Ciertamente aprenderá a conocer verdades extraordinarias, de las que otros no tienen idea; pero esta adquisición del conocimiento no es meta,

sino solamente medio de llegar a ella. La meta consiste en adquirir, gracias al conocimiento de los mundos superiores, una mayor y más firme confianza en sí mismo, un valor de grado elevado, una grandeza de alma y una perseverancia tales que generalmente no pueden adquirirse en el mundo inferior.

Después de la "prueba del fuego", el candidato puede aun retroceder, en cuyo caso continuaría su existencia fortificado moral y físicamente, y probablemente no reanudaría su iniciación sino en una encarnación subsecuente. Pero en su encarnación actual sería un miembro de la sociedad humana más útil que antes. Sea cual fuere la situación en que se encontrare, su firmeza, su circunspección, su entereza y su influencia bienhechora sobre sus semejantes, habrían aumentado.

Si el candidato, después de pasar por la "prueba del fuego", quiere continuar su disciplina oculta, deberá recibir instrucción sobre cierto sistema de escritura que en ella se emplea. Las enseñanzas ocultas propiamente tales, se dan a conocer en tal sistema de escritura, pues lo que constituye el carácter "oculto" de las cosas, no puede expresarse directamente, ya sea en palabras del lenguaje común o por la escritura corriente. Los que han aprendido de los iniciados, *traducen* sus enseñanzas al lenguaje común lo mejor que se puede. La escritura oculta, grabada en forma permanente en el mundo espiritual, se revelara al alma cuando esta haya adquirido la percepción superior; no se aprende a leerla como una escritura artificial. El candidato, por una expansión del alma, se acerca a la cognición clarividente y durante esta expansión comienza a desenvolverse, cual facultad psíquica, una energia que le impulsa a descifrar los acontecimientos y los seres del mundo espiritual como si fueran los caracteres de una escritura. Podría ocurrir que esta energía y, con ella, la experiencia de la prueba respectiva, surgieran por si solas en el curso de la evolución progresiva del alma. Sin embargo, se llega a la meta con más seguridad si se siguen las instrucciones de los investigadores espirituales experimentados que tengan facilidad en descifrar la escritura oculta.

Los signos de la escritura oculta no son ideados arbitrariamente, sino que corresponden a las fuerzas que operan en el mundo. Gracias a estos signos se aprende el lenguaje de las cosas. El candidato comprobara pronto que los signos que aprende a conocer corresponden a las figuras, colorea, sonidos, que aprendió a percibir durante su probación e iluminación; descubrirá que todo lo anterior solo era como un deletreo, y que ahora comienza a leer en el mundo superior. Se le revelará en un gran conjunto todo lo que antes era solamente figura, sonido y color aislados. Por primera vez alcanza la completa certidumbre en la observación de los mundos superiores. Antes, nunca podría afirmar si las cosas que había visto las había visto correctamente; ahora, por fin se hace tambien posible un regular entendimiento entre el candidato y el iniciado en los dominios del saber superior. Cualquiera que sea la relación entre un iniciado y otra persona en la vida ordinaria, aquél sólo puede impartir el saber superior *en su forma inmediata* valiéndose de este lenguaje de signos.

Por medio de él el discípulo llegará a conocer también ciertas reglas de conducta para la vida, ciertos deberes de los que antes no tenía idea alguna. Una vez que conozca aquellas, será capaz de realizar actos de un significado y alcance que los de un profano nunca podrán tenerlos. Obra desde los mundos superiores. Las instrucciones para tales actos solo pueden captarse y entenderse en dicha escritura.

Hemos de manifestar, sin embargo, que hay personas capaces de llevar a cabo *inconscientemente* tales actos, es decir, sin haber cursado la disciplina oculta. Tales "benefactores del mundo y de la humanidad" pasan por la vida derramando bendiciones y beneficios; poseen, por razones que no hemos de discutir aquí, facultades que parecen sobrenaturales. Lo único que los distingue del discípulo es que este actúa *conscientemente y* con Clara e Integra vision. El discípulo adquiere, mediante el estudio adecuado, los dones que aquellos han recibido de las potencies superiores para bien del mundo. Los privilegiados de Dios merecen veneración sincera, sin que esto implique que deba considerarse superflua la disciplina oculta.

Una vez que el discípulo haya aprendido la mencionada escritura simbólica, ha de sufrir otra "pruebo"; demostrar si puede moverse con toda libertad y seguridad en el mundo superior. En la vida ordinaria, el hombre actúa movido por causas externas; realiza tal o cual trabajo, porque las circunstancias le imponen este o aquel deber. Huelga insistir en que el discípulo no debe desatender ninguno de sus deberes en la vida ordinaria por el hecho de vivir en mundos superiores. *Ningun* deber en el mundo superior puede obligar a alguien a descuidar un solo deber de su vida corriente. Al convertirse en discípulo, el padre de familia sigue siendo buen padre de familia, la madre sigue siendo una buena madre, y ni el funcionario, ni el soldado, ni persona alguna deben sentirse desviados del cumplimiento de sus obligaciones. Por el contrario, todas las cualidades que constituyen la eficiencia de una persona en la vida, aumentan en el discípulo en un grado del cual el no iniciado no puede formarse idea. Y si el no iniciado tiene a veces otra impresión — lo que solo ocurre en casos aislados— eso proviene de que no siempre es capaz de juzgar equitativamente al iniciado. Lo que hace este ultimo no es siempre comprensible para el primero. Pero esto solo se observa en casos particulares, como ya queda dicho,

En este grado iniciático existen deberes para los cuales no hay móvil *externo* alguno. Las circunstancias exteriores no inducirán al discípulo a la acción, sino que se supeditara a las reglas de conducta que se le han revelado en el lenguaje oculto, En esta segunda "prueba" debe demostrar que, conducido por alguna de esas reglas, actúa con la misma seguridad y firmeza con que un funcionario cumple los deberes que le corresponden. Con este objeto, y en el curso de su disciplina oculta, el candidato se encontrara ante determinada tarea. Debe realizar una acción motivada por las percepciones resultantes de lo quo aprendió durante la probación y la iluminación. La índole de su acción debe comprenderla por la escritura asimilada con anterioridad. Si reconoce su deber y obra correctamente, abr salido airoso de esta prueba. Se comprueba el éxito por el cambio que se produce, gracias a la acción llevada a cabo, en las figures, colores y sonidos percibidos por los ojos y oídos espirituales. En el curso de la discipline oculta se precisa exactamente como aparecen y se experimentan esas figuras, colorea, sonidos después de la acción, y el candidato debe saber como provocar tal cambio. A esta prueba se le llama la "prueba del agua", porque al actuar en estas regiones superiores, el hombre hallase privado de los apoyos que se derivan de las condiciones externas al igual que el nadador carece de sólido apoyo cuando se encuentra en aguas profundas. El procedimiento debe repetirás hasta que el candidato logre absoluto equilibrio y seguridad perfecta.

Yace también la importancia de esta prueba en la adquisición de una cualidad que desarrolla el hombre en breve tiempo mediante experiencias en el mundo superior a tan alto grado que requeriría muchas encarnaciones dentro de la evolución normal para alcanzarlo. El punto esencial es el siguiente: para producir el cambio referido, el candidato solo debe dejarse guiar por loa resultados de su percepción superior y por la escritura oculta. Si entremezclara en la acción algo de sus deseos, opiniones, y siguiera, aunque solo fuera por un momento, su propio capricho en vez de las leyes reconocidas como correctas, se produciría un resultado muy distinto del que se busca: el candidato perdería la dirección hacia su objetivo y el resultado seria la confusión. De ahí que esta prueba ofrezca al hombre amplia ocasión para desarrollar el *dominio de sí mismo,* lo esencial e importante. Esta prueba, pues, puede ser fácilmente trascendida por quienes, antes de la iniciación, hayan tenido oportunidad en su vida de adquirir ese dominio de sí mismo. El que haya conquistado la facultad de supeditarse a principios o ideales elevados, dejando de lado sus caprichos y predilecciones personales, y cumplido su deber incluso en los casos en que sus inclinaciones y simpatías hayan tratado de desviarle de ese deber, ya es *inconscientemente* un iniciado en medio de la vida ordinaria. Poco le falta para triunfar de esa prueba. De hecho, se necesita un cierto grado de inconsciente iniciación en la vida ordinaria para pasar la segunda prueba. Al igual que las personas que no han aprendido a escribir debidamente en la juventud, tropezaran con dificultades para salvar esa deficiencia en la edad madura, asi también será difícil desarrollar el grado necesario de *dominio de al mismo* al ponerse en contacto con loa mundos superiores, si no se ha adquirido cierto grado de esa facultad en la vida cotidiana. Las cosas del mundo físico no se alteran, sean cuales fueren nuestros deseos, anhelos e inclinaciones; no así en los mundos superiores donde todo esto es causa que

genera *efectos.* Si queremos producir un resultado particular en esos mundos, es necesario que seamos completamente dueños de nosotros mismos y nos atengamos exclusivamente a las reglas apropiadas, sin obedecer capricho alguno,

Una cualidad humana de particular importancia en esta fase de la iniciación, es el *juicio acertado* e incuestionablemente sano. Esta cualidad debe haber sido objeto de cultivo en todas las fases precedentes, pero es en este periodo en el que se pondrá en evidencia si el candidato se halla capacitado para seguir el verdadero sendero del conocimiento. Solo podía progresar si sabe discernir entre la realidad y la ilusión, la fantasmagoría vana, la superstición, asi como toda clase de espejismos. Al principio ese discernimiento es más difícil en las fases superiores de la existencia que en las inferiores. Todo prejuicio, toda opinión rutinaria debe desaparecer; sólo *la verdad* ha de servir de guía. Hay que estar siempre dispuesto a abandonar inmediatamente toda idea, toda opinión, toda tendencia, cuando el pensamiento lógico asi lo exija. La certidumbre de los mundos superiores sólo puede adquirirse cuando se está presto a renunciar a la propia opinión.

Las personas cuya mentalidad tiende a la fantasía y a la superstición no pueden progresar en el sendero oculto, Un bien de gran valor ha de adquirir el discípulo: dejar de *dudar* de la existencia de loa mundos superiores, pues con sus leyes se revelan a su mirada; pero ellos le son inasequibles en tanto sea presa de espejismos e ilusiones. Seria fatal para él que la fantasía y los prejuicios arrastrasen su intelecto. Es por eso que los soñadores y quiméricos, al igual que la gente supersticiosa son tan poco adecuados, para el sendero oculto. Nunca insistiremos suficientemente en ello. El ensueño, la ilusión y las supersticiones, son los enemigos más peligrosos que acechan en el sendero del conocimiento. Sin embargo, no hay que creer que el discípulo se vea privado de un sentido poético de la vida o de la facultad del entusiasmo por el hecho he hallarse, en el portal que conduce a la segunda prueba iniciática, estas palabras: "Abandona todo prejuicio"; o por haber leído ya en la puerta que conduce a la primera: "Sin buen sentido común, serán vanos todos tus pasos".

Cuando el candidato ha progresado suficientemente en ese sentido, le aguarda la tercera "prueba", que no le señala ningun objetivo definido: todo se deja en sus propias manos. Se halla en tal situación que nada lo impele a obrar, solo y por si mismo debe encontrar su camino. No existe cosa ni persona que pueda estimularlo a obrar. Nada ni nadie pueden darle la fuerza que necesita: únicamente el mismo. Si fallara en encontrar dentro de al esta fuerza, quedaría pronto en el mismo lugar que antes; pero pocos serán loa que, habiendo pasado airosamente por las pruebas anteriores, carezcan de esa fuerza al llegar a este punto. O se ha fracasado ya antes, o se tiene éxito en este momento. Todo lo que el candidato necesita es entrar rápidamente en conexión consigo mismo, pues aquí debe encontrar a su "Yo superior" en el sentido más real de la palabra. Debe decidirse con rapidez a captar en todo la inspiración del Espíritu. Ya no es posible la vacilación o la duda; de existir, aunque fuera sólo por un instante, se demostraría que no hay madurez todavía. Todo cuanto impida prestar oído a! Espíritu debe vencerse valientemente. Lo fundamental en esta situación es mostrar *presencia de ánimo,* cualidad cuyo desarrollo perfecto es asimismo la meta en esta etapa de la evolución. Como todos loa estímulos que antes tenia para actuar y hasta para pensar, dejan de existir, el discípulo *no debe perderse a si mismo,* so pena de caer en la inercia: el único punto firme que puede servirle de sostén lo hallara dentro de si. Nadie que lea esto sin estar familiarizado con estos tópicos, debiera sentir antipatía por este principio de confinación en sí mismo, porque el éxito en esta prueba significa para el candidato la más perfecta bienaventuranza.

Para esta etapa, lo mismo que en los casos anteriores, la vida ordinaria es para muchos una disciplina oculta. Si una persona ha llegado a ser capaz de tomar decisiones inmediatas sin demora ni vacilación al verse confrontada súbitamente con alguna tarea o problema de la vida, la vida misma ha significado disciplina, Las situaciones apropiadas son aquellas en las que la acción eficaz depende de una rápida resolución. Quien este listo para obrar frente a una desgracia inminente cuando unos momentos de vacilación significarían su actualización; quien sepa convertir en cualidad personal permanente este don de decidir con prontitud, habrá alcanzado, sin saberlo, la madurez para la

tercera "prueba", ya que lo que importa para ella es el desarrollo de una cabal *presencia de ánimo.* En la disciplina oculta se la denomina "prueba del aire", porque el candidato no se puede apoyar en el terreno firme de loa motivos externos, ni en sus experiencias de los colores, figuras, que ha conocido en la Probación y en la Iluminación, sino exclusivamente en sí mismo.

Cuando el discípulo ha pasado por esta prueba puede entrar en el "templo del conocimiento superior", al cual podemos referirnos solo en forma muy alusiva. El requisito que ahora se impone se caracteriza a menudo diciendo que el discípulo debe prestar "juramento" de no "traicionar" las enseñanzas ocultas; pero estas expresiones de "juramento" y "traicionar" no son, en manera alguna, adecuadas y en verdad inducen al error. No se trata de un juramento en el sentido ordinario de la palabra; sino más bien de una *experiencia* que se presenta en esta etapa evolutiva. El discípulo aprende cómo poner en práctica el saber oculto y como utilizarlo en servicio de la humanidad; comienza a comprender realmente el mundo. No se trata de privar a los demás de las verdades superiores, sino más bien de saber presentarlas juiciosamente y son el tacto necesario. El silencio sobre ellas se refiere a algo completamente distinto. El discípulo se asimila, pues, esta sutil cualidad en relación con mucho que anteriormente constituía tema de conversación y, especialmente, en relación con la manera en que se conducían semejantes conversaciones. Un pobre iniciado seria quien no pusiera al servicio del mundo, y en la medida más amplia posible, los conocimientos superiores que hubiera adquirido. La única limitación para transmitir el conocimiento en estas materias es la falta de comprensión por parte de quien lo recibe. Es cierto que los misterios superiores no se prestan para conversaciones triviales; pero no existe "prohibición" alguna de hablar de ellos para quien se haya elevado al grado de evolución descrito. Ninguna otra persona ni ser le impone "juramento" alguno en ese sentido: todo se deja bajo su propia responsabilidad. Lo que aprende es a resolver exclusivamente por si mismo lo que tiene que hacer en cada situación. Y el "juramento" significa simplemente que se ha vuelto capaz de asumir tal responsabilidad.

Cuando el candidato haya alcanzado la madurez necesaria por las experiencias descritas, recibirá lo que se llama simbólicamente el "elixir del olvido". Esto significa que se le transmite el secreto de cómo obrar sin encontrarse continuamente turbado por la memoria inferior. Esto le es necesario pues él ha de tener siempre plena confianza en la actualidad inmediata. Tiene que saber destruir los velos del recuerdo que circundan al hombre en cada instante de su vida. "Si juzgo lo que se me presenta hoy, de acuerdo con lo que experimenté ayer, me expongo a múltiples errores". Naturalmente esto no quiere decir que deba renunciar a la experiencia ya adquirida en la vida, sino retenerla siempre como presente hasta donde sea posible. El iniciado debe tener la facultad de juzgar toda nueva experiencia por si misma, dejándola obrar sobre su ánimo sin que el pasado la enturbie. "Debo estar preparado en todo momento para que cada cosa o cada ser pueda revelarme algo completamente nuevo. Si juzgo lo nuevo de acuerdo con lo antiguo, estoy sujeto a error. El recuerdo de las experiencias pasadas me es de suma utilidad, precisamente porque me permite *percibir* lo nuevo; de no tener cierta experiencia, tal vez *estarla ciego* a las cualidades existentes en el objeto o en el ser que a mi viniera". La experiencia debe servir precisamente para captar lo nuevo, no para juzgarlo en virtud de lo antiguo. El iniciado adquiere en este sentido facultades bien definidas que le revelan muchas cosas, ocultas para el no iniciado.

El segundo "elixir" que se ofrece al iniciado es el del "recuerdo". Gracias a él adquiere la facultad de tener siempre presentes en su alma los misterios superiores; no bastaría el recuerdo ordinario. Debe el discípulo identificarse por completo con las verdades superiores y ser uno con ellas. No es suficiente conocerlas, sino tener la capacidad de manifestarlas e infundirlas en acciones vivas, en forma tan común y natural como el comer y el beber. Esas verdades han de transformarse en practica, habito, tendencia. No debe haber necesidad de reflexionar sobre ellas en el sentido ordinario; han de convertirse en expresión viva a través del hombre mismo, fluir en él como las funciones vitales en su organismo. Así el hombre va acercándose progresivamente, en un sentido espiritual, a la misma altura en que lo sitúa la naturaleza en un sentido físico.

ASPECTOS PRÁCTICOS

Cuando el hombre cultiva SUS sentimientos, sus pensamientos y sus estados de ánimo practicando loa métodos descritos en los capítulos de Probación, Iluminación e Iniciación, provoca en su alma y en su espíritu una estructura similar a la que la naturaleza ha creado en su cuerpo físico. Antes de este cultivo, el alma y el espíritu son masas indiferenciadas que el clarividente percibe como volutas nebulosas entrelazadas produciendo la impresión de un color de fulgor mortecino que va principalmente del rojizo al rojizo pardo o al amarillo rojizo; después, empiezan a resplandecer espiritualmente en colorea verde amarillento o azul verdoso, y presentan una estructura ordenada. El discípulo alcanza este resultado, y así los conocimientos superiores, si introduce en sus sentimientos, pensamientos y estados de animo, a] mismo sistema estructurado con que la naturaleza ha dotado al cuerpo de órganos que le permiten ver, oír, digerir, respirar, hablar. Poco a poco el discípulo va aprendiendo a respirar y ver con su alma; a oír y hablar, con su espíritu.

Trataremos aquí, mas de cerca, algunos aspectos *prácticos* que forman parte de la educación superior del alma y del espíritu. Las reglas son de tal índole que cualquiera puede ponerlas en practica, no importando sus logros en la observancia de otras, y asi conseguir cierto avance en la ciencia oculta,

Debe particularmente cultivarse la *paciencia.* Cada síntoma de impaciencia paraliza y hasta destruye las facultades SUperiores latentes en el hombre; no hay que esperar de un día a otro una visión inconmensurable de los mundos superiores, pues en tal caso seguirá la desilusión. La satisfacción por cada pequeño éxito, así como la calma y la serenidad, deben apoderarse cada vez más del alma. Se comprende que el discípulo espere los resultados con impaciencia, pero mientras no la domine no obtendrá fruto alguno. No es conveniente, sin embargo combatirla en el sentido ordinario de la palabra, pues el resultado seria acrecentarla engañándonos a nosotros mismos ya que en realidad ha arraigado más firmemente aun en las reconditeces del alma. Sólo se logra el triunfo cuando el discípulo se abandona a un pensamiento bien determinado, y lo llega a asimilar completamente. Este pensamiento es el siguiente: "Ciertamente debo hacer todo lo necesario para desarrollar mi alma y mi espíritu, pero *esperaré* con la mayor calma hasta que las potencias superiores me juzguen digno de la iluminación". Si este pensamiento se apodera del hombre con bastante intensidad para convertirse en parte de su naturaleza, se está hollando el buen camino. Este rasgo termina por reflejarse hasta en el exterior del discípulo: su mirada se tranquiliza, sus movimientos son seguros, bien determinadas sus decisiones, y todo lo que pueda considerarse nerviosidad va desapareciendo de él. Aquí son de tenerse en cuenta ciertas reglas de conducta, aparentemente insignificantes y de poco valor. Por ejemplo: alguien nos ofende. Antes de nuestro oculto discipulado dirigiríamos nuestro resentimiento contra el ofensor; una oleada de cólera surgiría de nuestro fuero interno. Después, por el contrario, nace el siguiente pensamiento: "Esa ofensa en nada afecta mi propio valer", y obraremos según proceda, pero con toda calma y serenidad, sin dejar que el enojo influya en nuestra actitud. No se trata, naturalmente, de sufrir cualquier ofensa en actitud pasiva, sino meramente el comportarnos con la misma calma y compostura frente a una ofensa a nuestra propia persona que si se tratara de castigar una ofensa hecha a otra persona en cuyo favor tuviéramos el derecho de intervenir. Hay que tener siempre en cuenta que los resultados de la disciplina oculta no se manifiestan por cambios externos bruscos, sino por transformaciones delicadas y silenciosas del sentir y del pensar.

La paciencia ejerce un atractivo efecto sobre loa tesoros del saber superior; la impaciencia los ahuyenta. Con el desasosiego y el apresuramiento nada puede adquirirse en los dominios superiores de la existencia. Ante todo, es necesario acallar el *ansia inmoderada* y la *codicia,* dos cualidades del alma que hacen retroceder avergonzado a todo saber superior, pues por más precioso que sea ese conocimiento no debe codiciarse para que llegue a ser nuestro. Tampoco lo obtendrá jamás quien lo desee con fines egoístas. Este conocimiento exige de él, desde lo más profundo de su alma, *sinceridad* absoluta frente a sí mismo, en ningun aspecto engaño respecto de sí. Es preciso contemplar de frente y con sentimiento de autentica veracidad las propias faltas, debilidades e

insuficiencias.—"Desde el momento mismo en que busques una excusa para cualquiera de tus imperfecciones, levantarás un obstáculo en el camino del progreso y únicamente serán superables por el esclarecimiento de ti mismo". Sólo hay *un* medio para librarse de los defectos y debilidades: reconocerlos correctamente. Todo dormita en el alma humana y puede despertarse. También la inteligencia y la razón son susceptibles de mejora si se estudian con calma y serenidad las causas de sus lagunas. Semejante autoconocimiento es, naturalmente, difícil por ser sumamente poderosa la tentación a engañarse respecto de uno mismo. Por eso, quien se acostumbre a ser sincero consigo mismo, se abre las puertas que conducen a una comprensión mas elevada.

El discípulo debe rehuir toda curiosidad; desacostumbrarse, en la medida de lo posible, de hacer preguntas para satisfacer su propia ansia de saber. Sólo preguntará cuando el conocimiento pueda contribuir a perfeccionarle para el servicio de la evolución, lo que no implica atrofia de su sensibilidad para el saber, en aspecto alguno. Prestara fervorosa atención a cuanto sirva a ese objetivo, y buscará toda clase de oportunidades para esa devota actitud.

La disciplina oculta requiere muy especialmente del discípulo la educación del *deseo.* No se trata de que se convierta en un ser sin deseos, pues todo lo que hemos de alcanzar hemos de desearlo, y el deseo siempre quedara satisfecho cuando se apoye en una fuerza bien determinada, derivada del verdadero *conocimiento.* Una de las reglas de oro para el discípulo es: "de ninguna manera desear algo antes de saber si es lo debido en el dominio correspondiente". El sabio escruta las leyes del universo y luego sus deseos se truecan en poderes que llevan en sí mismos su realización. Cabe mencionar un ejemplo ilustrativo: Muchas personas desearían conocer, por propia observación, algo de su vida prenatal. Tal deseo no tiene objeto ni puede tener éxito mientras la persona en cuestión no se haya asimilado, mediante el estudio oculto y en la forma más sutil *e* intima, el *conocimiento* de las leyes que gobiernan la naturaleza de lo eterno. Una vez adquirido este conocimiento, si después quiere ir más lejos, su deseo ennoblecido y purificado le capacita para hacerlo.

Tampoco tiene sentido decir: Quiero precisamente conocer mi vida anterior y estudiare con este propósito. Por el contrario, es menester abandonar por completo ese deseo, eliminarlo y empezar a estudiar sin esa intención. El placer y la devoción deben desarrollarse por lo que aprendemos, sin el propósito mencionado; solo asi se aprende a fomentar el deseo respectivo en forma tal que lleve consigo su propia realización.

* * *

Si me *encolerizo* o *enojo,* levanto alrededor de mi una barrera en el mundo anímico, y las energías que debieran desarrollar mis ojos psíquicos no pueden llegar hasta mí. Cuando, por ejemplo, una persona me hace enojar, envía una corriente anímica al mundo anímico, corriente que no puedo percibir mientras me enoje, ya que mi propio enfado la oculta. Naturalmente que esto no ha de llevarme a creer que si me he liberado del enojo lograre enseguida una vision anímica (astral), ya que para tal fin es necesario que antes desarrolle el ojo psíquico. Sus rudimentos existen en todo ser humano; pero el ojo permanece inactivo en tanto que el hombre sea susceptible de enojo, sin que baste una ligera lucha tibia contra el enojo para que ese ojo se vivifique. Hay que perseverar combatiendo el enojo, sin cansarse y con paciencia, y llegara el día en que se advierta que el ojo del alma se ha desarrollado. Cierto es que para alcanzar tal objetivo no basta combatir únicamente el enojo; muchos son los que se impacientan y se toman escépticos porque durante anos han venido combatiendo ciertas inclinaciones del alma sin alcanzar la clarividencia. Lo que han hecho en realidad es cultivar ciertas cualidades dejando que otras se desenvolvieran desenfrenadamente. El don de la clarividencia no puede manifestarse antes que hayan quedado dominadas todas las propensiones que puedan impedir el desarrollo de las facultades latentes. Indudablemente, los rudimentos de la visión o de la audición espiritual comienzan a manifestarse antes de llegar ese momento, pero son sólo brotes endebles, sujetos a toda clase de errores, y pueden fácilmente atrofiarse si se lea priva de cuidado y protección esmerados.

Otros defectos que, como la cólera y el enojo, deben superarse, son la pusilanimidad, la superstición, el prejuicio, la vanidad y la ambición, la curiosidad y la locuacidad innecesaria, así como el hacer distingos entre los hombres por sus características exteriores de categoría, origen, raza, etc. Difícilmente se comprende en nuestros días que el luchar contra tales defectos tenga algo que ver con el aumento del poder cognoscitivo, pero todo ocultista sabe que todo esto tiene mucha mas influencia que el aumento de la inteligencia o la practica de ejercicios artificiales. Particularmente fácil es que se origine confusión entre quienes creen que para ser intrépido deba uno convertirse en temerario; que para combatir, los prejuicios de clase o de raza, etc., haya que rehuir toda diferenciación entre las personas. En verdad no juzgamos sensatamente mientras seamos todavía presa de prejuicios. Hasta en el sentido ordinario es cierto que el temor de un fenómeno nos impide juzgarlo con discernimiento y que un prejuicio de raza nos impide penetrar en el alma de otro hombre. Es ese sentido ordinario el que el discípulo debe desarrollar con toda finura y sutileza.

También constituye un obstáculo para el entrenamiento oculto el que Me hable sin que cada palabra esté purificada a fondo por la reflexión. Y hay que tomar aquí en cuenta un punto que sólo podemos explicar mediante un ejemplo. Si alguien me dice algo a lo cual debo contestar, tendré que esforzarme en considerar su opinión, su sentimiento y hasta sus prejuicios más aun que lo que sea mi aportación instantánea al tema tratado. En esto ha de ponerse de manifiesto un refinado tacto en el trato con el prójimo a cuyo cultivo debe el discípulo consagrarse con fervor. Aprenderá a juzgar que importancia puede tener para su interlocutor el que él oponga su propia opinión a la suya, lo que no implica de ninguna manera renunciar a su manera de pensar. Ni por asomo se pretende sugerir tal cosa. Lo que procede es que pe escuche con la mayor atención lo que dice el otro para determinar después, según lo escuchado, la forma de replica. En semejantes ocasiones, *un* pensamiento particular se repite en el discípulo una y otra vez, y su actitud es acertada si tal pensamiento vive en él hasta convertirse en parte integrante de su ser. Helo aquí: "Lo importante no es que yo sostenga una opinión distinta de la de mi semejante. sino que el pueda encontrar por al mismo lo que sea correcto, si mi punto de vista significa algo para lograrlo". Merced a pensamientos de semejante índole, el carácter y los modales del discípulo van adquiriendo un sello de *dulzura,* uno de los resortes esenciales de toda disciplina oculta. La *aspereza* ahuyenta las estructuras psíquicas en torno, a las cuales corresponde despertar el ojo de su alma; la *dulzura* elimina los obstáculos y devela loa órganos.

Paralelamente a la *dulzura,* se desarrollara al punto otro rasgo del alma: la tranquila *atención* hacia todas las sutilezas de la vida psíquica que nos circunda, en tanto que se mantiene una perfecta *quietud* de las emociones de la propia alma. Cuando el hombre ha alcanzado esto, las vibraciones psíquicas que le rodean obran sobre é y determinan el crecimiento y la organización progresiva del alma, tal como la planta se desarrolla bajo la luz del sol. La dulzura y el silencio interior, acompañados de la verdadera paciencia, abren el alma al mundo psíquico y el espíritu al mundo espiritual. "Permanece en la calma y en el recogimiento; cierra los sentidos a las impresiones recibidas antes de tu discipulado; acalla a todos los pensamientos que antes solían fluctuar en tu alma; mantente tranquilo y en silencio interiormente; espera con paciencia y los mundos superiores comenzaran a modelar tus ojos psíquicos y tus oídos espirituales. No esperes poder ver ni oír inmediatamente en los mundos del alma y del espíritu, ya que todo lo que haces sólo contribuye a desarrollar tus sentidos superiores; pero serás capaz de ver con tu alma y de oír con tu espíritu cuando poseas esos sentidos. Habiendo perseverado así por algún tiempo en la calma y en el recogimiento, atiende tus quehaceres corrientes profundamente compenetrado del siguiente pensamiento: "Día llegara, cuando esté maduro para ello, en que reciba lo que me ha sido asignado"; y evita estrictamente atraer hacia ti, por capricho, algo de las potencias superiores". Tales son los preceptos que recibe todo discípulo de su instructor a la entrada del sendero oculto. Si los observa se perfecciona; si los desacata, vano es todo su trabajo. Pero estas instrucciones sólo son difíciles para quien no tenga paciencia ni perseverancia, pues no existen otros obstáculos que los que *uno mismo* pone en su camino y que pueden evitarse si realmente uno quiere. Hay que insistir sin cesar sobre este punto, porque mucha gente se forma una idea completamente errónea de las dificultades del

sendero. En cierto modo es más fácil dar loa primeros pesos en este sendero que vencer las más triviales dificultades de la vida cotidiana sin la ayuda de la disciplina oculta. Por lo demás, aquí sólo pudieron impartirse las instrucciones que no implican peligro alguno para la salud física psíquica. Hay otros caminos que conducen con mayor rapidez a la meta, pero ellos nada tienen que ver con lo aquí expuesto, porque pueden ejercer sobre el ser humano ciertos efectos que todo ocultista experimentado procura evitar. Como algunos detalles de tales métodos trascienden continuamente al publico, en preciso prevenir expresamente contra su aplicación. Por motivos que sólo son comprensibles para el iniciado, *esos* métodos no pueden jamás transmitirse públicamente en su verdadera forma, y los fragmentos que se revelan aquí o allí no pueden conducir a nada provechoso y sí en cambio a la ruina de la salud, de la felicidad y de la paz del alma. El que no quiera entregarse a potencias tenebrosas cuya esencia y origen verdaderos no puede conocer, deberá evitar orientaciones de cata índole.

Por último, podemos dar algunos detalles sobre el medio ambiente indicado para la práctica de los ejercicios de la disciplina oculta. No deja esto de tener su importancia, aunque las condiciones varían casi con cada individuo. Aquel que hace sus ejercicios en un medio lleno de intereses egoístas, agitado, como, por ejemplo, el de la lucha por la vida que caracteriza nuestra época, debe tener en cuenta que estos intereses no carecen de influencia sobre el desenvolvimiento de sus órganos psíquicos, si bien es cierto que las leyes propias de estos órganos lo bastante fuertes para impedir que esta influencia pudiera ser fatalmente nociva. Así como la más desfavorable realidad no podrá ser nunca causa de que una azucena se convierta en cardo, tampoco los intereses egoístas de las grandes ciudades modernas podrán hacer que el ojo del alma se convierta en cosa distinta de lo que debe ser. Pero, en todo caso, es bueno para el discípulo rodearse, de vez en cuando, de la paz sosegada, de la dignidad interior y de la tranquilidad de la naturaleza. Particularmente favorecido se vera aquel discípulo que pueda practicar siempre su disciplina esotérica rodeado del verdor de las plantas o en las montañas bañadas del sol, donde la naturaleza teje dulcemente su tela de suave sencillez. Un medio semejante desarrolla los órganos interiores dentro de una armonía inconcebible en una ciudad moderna. También significa ya cierta ventaja sobre el hombre de la ciudad el haber podido, al menos en la infancia, respirar el aire de loa pinares, contemplar las cumbres nevadas y observar la actividad silenciosa de los animales en los bosques y de los insectos. No obstante, ninguno de los que se ven precisados a vivir en la ciudad, debe dejar de nutrir sus órganos psíquicos y espirituales, en vías de formación, con las enseñanzas inspiradas de la investigación espiritual. Aquel cuyos ojos no pueden contemplar día tras día, en cada primavera, el verde follaje de los bosques, debería, en su lugar, alimentar su corazón con las enseñanzas sublimes del Bhagavad Gita, del Evangelio según San Juan, de Tomas de Kempis, así como con las descripciones de los resultados de la Ciencia Espiritual. Muchos caminos existen para ascender a las cumbres de la percepción interior, pero hay que saber elegir el más apropiado. El iniciado puede decir mucho sobre tales caminos, mucho que pudiera parecer singular al no iniciado. Por ejemplo, alguien pudiera estar muy adelantado en el sendero; pudiera encontrarse, por decirlo así, ante la inminente apertura de los ojos del alma y los oídos del espíritu. Entonces tiene la suerte de hacer un viaje por un mar tranquilo, o quizá tempestuoso, y la venda cae de esos ojos; súbitamente se convierte en vidente.—Otro puede haber llegado igualmente tan lejos que esa venda sólo ha de ser aflojada, lo que acontece merced a un golpe del destino. A otra persona ese golpe quizá le habría paralizado su fuerza y minado su energia; para el discípulo señala el punto de partida de la iluminación.— Un tercero habrá perseverado largos años en paciencia y permanecido así sin obtener resultados tangibles. De repente, al estar sentado tranquilamente en su habitación silenciosa, se hace la luz espiritual en torno suyo; los muros desaparecen, se tornan transparentes para el alma. Un mundo nuevo Be despliega ante sus ojos o resuena en sus oídos espirituales que asi han aprendido a percibir.

CONDICIONES PARA LA DISCIPLINA OCULTA

Las condiciones relacionadas con la disciplina oculta no pueden fijarse arbitrariamente: son el resultado natural del saber oculto. Así como nadie puede llegar a ser pintor si rehúsa manejar un

pincel, así tampoco nadie puede recibir enseñanzas ocultas si no quiere cumplir con loa requisitos que loa instructores establecen. En el fondo, el instructor no puede sino aconsejar, y en tal sentido ha de aceptarse todo lo que diga; por experiencia conoce lo que se necesita, pues ha pasado por las etapas preparatorias del conocimiento de loa mundos superiores. Del *libre albedrío* de cada uno depende enteramente el seguir o no la misma ruta. Si alguien pidiera a un maestro que le impartiese instrucción oculta, sin querer llenar los requisitos correspondientes, equivaldría a decir: "Enséñame a pintar, pero no me pidas que maneje el pincel". El instructor nunca puede ofrecer nada, a menos que el recipiendiario, por SU propia voluntad, se dirija a él, Pero es preciso advertir que no basta el deseo vago de alcanzar el saber superior; muchas personas lo tienen naturalmente; pero nada podrán alcanzar con *solo* tenerlo; han de aceptarse las condiciones *particulares* de la discipline oculta. Esto han de tenerlo en cuenta quienes se quejen de las dificultades del sendero. Aquel que no quiera o no pueda cumplir fielmente con las severas condiciones requeridas, tiene, por el momento, que renunciar a la disciplina oculta, Es verdad que estas condiciones son *rigurosas,* pero no *duras,* porque su observancia no solo debiera, sino que debe, ser un acto de libre albedrío.

Si esto no se tiene en cuenta, las exigencias de la discipline oculta fácilmente pueden parecer como que coaccionan el alma o la conciencia, ya que la disciplina consiste en un cultivo de la vida *interior,* y el instructor tiene que dar consejos que se relacionan con esa vida. No puede considerarse coacción lo que se exige como efecto de una libre resolución. Si alguien dijera a su maestro: "trasmíteme tus misterios, pero déjame con mis emociones, sentimientos e ideas habituales", pediría algo completamente imposible, ya que lo pretendido seria la satisfacción de su curiosidad y de su ansia de saber. Con tal disposición de ánimo nunca se puede adquirir el conocimiento superior.

Expondremos ahora en su orden las condiciones impuestas al discípulo, advirtiendo bien claramente que no se exige el *integro* cumplimiento de ninguna, sino únicamente el *esfuerzo* hacia tal cumplimiento. Nadie podría hacerlo *completamente,* pero si todos pueden situarse en la entrada de la senda para conseguirlo. Lo que importa es el esfuerzo voluntarioso, la voluntariosa actitud de hollar el sendero.

La primera condición es que el discípulo cuide de fomentar su *salud* corporal y espiritual. Es obvio que la salud no depende, primariamente, del individuo; pero el esfuerzo de mejorarla sí esta al alcance de todos. Solo de un hombre sano puede proceder un conocimiento sano. La disciplina oculta no rechazara a una persona que no esta sana; pero tiene que exigir que el discípulo tenga la voluntad de vivir sanamente. A este respecto el hombre ha de alcanzar la mayor independencia. Los buenos consejos de los demás, libremente impartidos, aunque generalmente no se soliciten, son, por lo regular," completamente superfluos; cada uno debe esforzarse por cuidarse a si mismo. Desde el punto de vista físico, mas que de otra cosa, se trata de alejar las influencias nocivas. Ciertamente, muchas veces, para cumplir con nuestros deberes tenemos que aceptar condiciones perjudiciales para nuestra salud. El hombre, en algunos casos, ha de anteponer el deber a la salud. Pero, ¡piénsese cuántas cosas pueden evitarse con algo de buena voluntad! El deber ha de colocarse en muchos casos por encima de la salud y aun de la vida; pero el discípulo *nunca,* debe hacer lo mismo con el *goce.* Este será, para el únicamente un *medio* para vivir en salud y, a este respecto, es indispensable ser absolutamente sincero y veraz consigo mismo. De nada sirve llevar una vida ascética si tiene por base móviles semejantes al de otros goces. Hay quienes encuentran en el ascetismo una voluptuosidad similar a la que otros experimentan con él alcohol; más no podrán esperar que este tipo de ascetismo les sirva para el conocimiento superior. Muchos imputan a las circunstancias de su vida todo lo que a su entender obstruye un progreso en este sentido, y dicen "Mis condiciones de vida no me permiten el desarrollo". Algunos pueden encontrar deseable, por otras razones, su cambio de situación, pero nadie necesita hacerlo para loa fines de la disciplina. Con este objeto basta con hacer todos los esfuerzos compatibles con la situación en que uno se encuentre para fomentar la salud del cuerpo y del alma. Cualquier género de trabajo puede ser útil a la humanidad entera, y el reconocer cuan necesario es para ella un trabajo insignificante, incluso desagradable, es mucho más digno que el pensar: "Ese trabajo no es bastante bueno para mí; yo

estoy llamado para algo mejor". Importa especialmente que el discípulo busque la salud perfecta del espíritu. Una vida malsana en pensamiento y sentimiento desvía siempre del camino hacia el conocimiento superior. La base de toda superación es la sensatez y la calma mental, la estabilidad de loa sentimientos y de las emociones. Nada debe ser más extraño al discípulo que la tendencia a lo fantástico, a la excitación, a la nerviosidad, a la exaltación o al fanatismo. Mantendrá su visión serena a toda situación de su vida; sabrá orientarse con certeza en ella, dejando tranquilamente que las cosas exteriores le hablen y le revelen su mensaje. Dondequiera que sea necesario, se esforzará en hacer justicia a la vida y en evitar todo apasionamiento o parcialidad en bus juicios o sentimientos, pues de no cumplir con esta condición, en lugar de entrar en los mundos superiores, el discípulo entraría en los de su propia fantasía; en lugar de la verdad, vería reinar sus opiniones predilectas. Es mejor para el discípulo ser “seco" que exaltado y fantaseador.

La segunda condición estipula sentirse *miembro* de la vida entera. Su cumplimiento implica mucho, pero cada uno solo puede hacerlo a su manera. Si soy, por ejemplo, pedagogo, y mi alumno no responde a mi confianza, no debo dirigir mi resentimiento contra él, sino contra mí mismo; debo sentirme identificado con el hasta tal grado que yo llegue a preguntarme: ¿La deficiencia del alumno no será acaso consecuencia de mi propia acción? En lugar, pues, de dirigir mi resentimiento hacia él, reflexionare sobre mi conducta para que en el porvenir el alumno pueda mejor responder a mis exigencias. Partiendo de estos hábitos mentales uno modifica poco a poco toda la manera de pensar, tanto hacia las cosas más pequeñas como hacia las más grandes. Con esa actitud mental observo, por ejemplo, a un criminal, de manera muy distinta que sin ella. No lo juzgo, sino que me digo: "No soy mas que un hombre como él. *Tal vez* solo la educación con que las circunstancias me favorecieron me ha salvado de un destino como el suyo". Y entonces muy bien puedo llegar a pensar que este hermano mío hubiera llegado a ser otro hombre, si los maestros que se esmeraron en mi, lo hubieran hecho también con él. Considerare que he gozado de un beneficio que a él le fue negado y que debo precisamente mi bienestar a eso de que fue privado. Y en esta forma llegare naturalmente a considerarme como un miembro de la humanidad toda, *mancomunadamente responsable* de todo cuanto ocurre. Esto no quiere decir que tal pensamiento deba traducirse inmediatamente en agitadas acciones externas; ha de cultivarse en silencio dentro del alma. Entonces, paulatina-mente, esto dejara una huella en la conducta exterior del discípulo. En tales asuntos, el camino es comenzar reformándose cada uno a sí mismo, pues de nada sirven postulados generales que afecten a todo el genero humano basándose en esas ideas. Es fácil dictaminar sobre como debieran ser los hombres, pero el discípulo trabaja en lo profundo, no en la superficie. Por tanto, seria absolutamente equivocado relacionar esta actitud de los instructores ocultos con alguna exigencia externa, y de ninguna manera de carácter político. La disciplina oculta nada tiene que ver con ella. Por regla general, los agitadores políticos "saben" lo que hay que "exigir" de los demás, pero no entra en discusión lo que ellos mismos debieran exigirse.

Esto nos lleva inmediatamente a la tercera condición para la disciplina oculta. El discípulo debe remontarse hasta la idea de que sus pensamientos y sus sentimientos son para el mundo tan importante como sus actos; ha de reconocer que tan nocivo es odiar al prójimo como golpearlo. Esto me lleva a comprender que al trabajar en mi perfeccionamiento no se realiza algo exclusivamente para mí, sino también para el mundo. La pobreza de mis sentimientos es para el mundo tan benéfica como mi conducta, y mientras no pueda yo creer en la importancia universal de mi vida interior, no servirá para el discipulado oculto. No estaré plenamente convencido de la importancia de mi vida interior, de mi alma, hasta que actué sobre ella como si fuera algo por lo menos tan real como todo lo exterior. Debo admitir que mi sentimiento tiene un efecto tan definido como el acto de mover mi mano.

Con ello expresamos ya propiamente la cuarta condición, sea el adquirir la convicción de que la verdad esencia del hombre reside en su interior, no en su exterior. Aquel que solo se considere como un producto del mundo externo, como un fruto del mundo físico, no podrá avanzar en la disciplina oculta, ya que una de sus bases es sentirse un ser psíquico-espiritual. La compenetración con este sentimiento capacita al discípulo para distinguir entre el deber interior y el éxito exterior, lo que le

conduce a reconocer que el uno no puede medirse directamente con el patrón del otro. Encontrará el justo medio entre las obligaciones que le imponen las circunstancias externas y lo que él mismo reconoce como lo correcto para su propia conducta. No impondrá a sus semejantes lo que ellos no puedan comprender, pero tampoco cederá a la tentación de restringir sus acciones a lo que quede dentro de la capacidad de comprensión de aquellos. Única y exclusivamente en los dictados de su alma sincera y que aspira al conocimiento, buscara la aprobación por las verdades en que se apoya; pero *aprenderá* todo lo que pueda de quienes le rodean para desentrañar lo que les sea útil y provechoso. De esta manera construirá dentro de si lo que la ciencia oculta llama "la balanza espiritual": en uno de sus platillos se encuentra un "corazón abierto" a las necesidades del mundo exterior; en el otro la "firmeza interior", y la "perseverancia inquebrantable".

Con ello se indica ya la quinta condición: firmeza en llevar adelante una resolución: Nada debe inducir al discípulo a desviarse de una resolución tomada, salvo la comprobación de que se había equivocado. Toda resolución es una fuerza que obrara a su manera, aunque no produzca resultado inmediato en el lugar al que vaya dirigida. El éxito constituye el factor esencial solo cuando la acción surge del deseo; pero toda acción engendrada por el deseo carece de valor para el mundo superior. El único factor determinante es, pues, el *amor* a la acción. En este *amor* debe converger todo cuanto impele al discípulo a obrar. Entonces no desmayara, por numerosos que hayan sido sus fracasos, y se mantendrá firme hasta ver su resolución convertida en acción. Con esta actitud llegara a la etapa de no esperar ya los efectos *exteriores* de sus actos, sino que encontrara satisfacción en la acción misma; aprenderá a sacrificar, en beneficio del mundo, todos sus actos y hasta su ser entero, no importando como ese mundo reciba su sacrificio. A tal sacrificio debe estar dispuesto todo aquel que quiera convertirse en discípulo de la ciencia oculta.

Una sexta condición consiste en desarrollar un sentimiento de *gratitud* hacia todo cuanto favorezca al hombre. Hemos de considerar que nuestra existencia es un regalo del universo entero. ¡Cuántas cosas se necesitan para que podamos recibir y conservar nuestra existencia! ¡Cuánto debemos a la naturaleza y a nuestros semejantes! Pensamientos de esta índole deben ser corrientes para quienes buscan la disciplina oculta, pues si no se sienten inclinados hacia ellos no podrán desarrollan dentro de sí el *amor omnímodo* que se necesita para participar del conocimiento superior. Lo que no amo, no puede revelárseme *y* toda revelación debe llenarme de gratitud puesto que me enriquece.

Todas estas condiciones convergen en una séptima: considerar la vida incesantemente en el sentido requerido por ellas. En esta forma el discípulo imprime a su vida un sello de uniformidad; logra que sus diversos modos de acción se hallen siempre en armonía, nunca en contradicción, y se encuentra preparado para la quietud interna que ha de lograr durante sus primeros pasos en la disciplina oculta.

Quien tenga el firme y sincero propósito de llenar estos requisitos, puede decidirse por la disciplina esotérica, pues, como consecuencia, estará dispuesto a seguir los consejos mencionados. Muchos de sus detalles parecerán tal vez extrínsecos, y no faltara quien diga que no esperaba que el entrenamiento procediera en *forma* tan rigurosa. Mas toda actividad interior debe expresarse por una manifestacion exterior, y así como no basta con que un cuadro exista en la mente de un pintor para que tenga realidad objetiva, del mismo modo ninguna disciplina oculta puede quedar sin manifestación externa. Solo quienes ignoran que lo interior debe expresarse exteriormente, menosprecian las formas rigurosas. Es cierto que lo que importa es el *espíritu* y no la forma; pero así como la firma sin espíritu es nula y vana, del mismo modo el espíritu permanecería inactivo si no se creara una forma.

Las condiciones estipuladas son apropiadas para que el discípulo sea lo bastante fuerte y así satisfaga tambien las exigencias ulteriores que la disciplina espiritual tendrá que imponerle. Si no lograra cumplirlas, vacilaría ante todo nuevo requisito, y sin ellas no tendría en los hombres la confianza necesaria. Toda aparición de la verdad debe cimentarse en la confianza y en el amor sincero a la humanidad; *cimentarse* en una y en otro, aunque *no* pueda brotar de ellos, sino

únicamente de la propia potencia del alma. El amor hacia el género humano debe ir creciendo progresivamente hasta abarcar a todos los seres y a todo cuanto existe. Quien fallare en el cumplimiento de los requisitos señalados no podrá sentir ni el pleno amor por todo lo que es estructura y creación, ni la tendencia a inhibirse de todo lo que sea mera destrucción y aniquilamiento. El discípulo debe llegar a ser un hombre que, no solamente en actos, sino también en palabras, sentimientos y pensamientos, nunca destruya por destruir. Todo cuanto nace y crece debe causarle alegría, y solo debe colaborar en actos destructivos cuando sea capaz, mediante la destrucción, de originar una nueva vida. Esto no implica que el discípulo asista impasible al desencadenamiento de elementos dañinos, sino que busca, incluso en el mal, aquellos aspectos que le permitan transformarlo en bien, pues va comprendiendo cada vez con mayor claridad que la mejor manera de combatir el mal y la imperfección es mediante la creación de lo bueno y lo perfecto. Sabe el discípulo que de la nada no se puede crear algo, pero que lo imperfecto puede transformarse en perfecto. El que desarrolla dentro de si la inclinaciones a creer, no tarda en encontrar la facultad de enfrentarse con el mal en la forma correcta.

Ha de comprenderse, sin confusiones, que el propósito de la disciplina esotérica es construir y no destruir. Por tanto, el discípulo debe henchirse de buena voluntad hacia un trabajo sincero y abnegado y renunciar a la critica y a la destrucción: debe ser capaz de *devoción,* porque tendrá que aprender lo que aun no sabe y debe considerar reverentemente lo que se le revela. Trabajo y devoción*:* he ahi los sentimientos fundamentales que han de exigirse al discípulo. Algunos notaran que no adelantan en su discipulado a pesar, según su opinión, de sus incesantes esfuerzos. Esto obedece a que no han captado correctamente el significado de trabajo y devoción. El trabajo que se emprenda con miras al éxito será el que menos lo tenga; el estudio que no se haga con devoción será el que menos conduzca hacia el progreso. Solo el amor al *trabajo,* y no el amor al *éxito,* determina el progreso, y si el discípulo trata de pensar sanamente y de juzgar con certeza, no hay motivo para atrofiar su devoción con dudas y desconfianza.

No significa dependencia servil del juicio escuchar algún relato con actitud devota en vez de oponerle inmediatamente nuestra opinión personal. Los que han llegado a cierto cono-cimiento saben que todo lo deben a la atención serena y a la asimilación activa de lo escuchado y no a su obcecado criterio personal. No perdamos de vista que no tenemos necesidad de aprender lo que ya somos capaces de juzgar; en consecuencia, quien solamente quiera juzgar, ya no aprenderá nada más. Ahora bien, la disciplina oculta centra su atención en el aprendizaje; hemos de tener, pues, la mejor disposición para aprender. Si uno no puede comprender algo, mas vale abstenerse de juzgar que condenar; déjese la comprensión para mas tarde. Cuanto más ascendamos a grados superiores del conocimiento, tanto mas necesitaremos de esa serena y devota atención. Todo conocimiento de la verdad, toda la vida y acción del mundo espiritual se vuelven sutiles y delicados en comparación con los procesos del intelecto ordinario y de la vida del mundo físico. Guanto mas se ensanchen las esferas del hombre, tanto más delicadas se tornan las actividades que tiene que emprender. He aquí la razón por la que los hombres llegan a "opiniones" y "puntos de vista" tan diferentes en lo que atañe a los mundos superiores. Pero en verdad hay una, y solo *una,* opinión sobre las verdades superiores. Hasta ella puede llegar todo aquel que se haya elevado, por el trabajo y la devoción, hasta la percepción genuina de la verdad. A distintas opiniones de la única verdadera, solo se llega si se juzgan las cosas sin la suficiente preparación y de acuerdo con prejuicios, ideas rutinarias, etc. Del mismo modo que solo hay una opinión correcta sobre un teorema matemático, asimismo una sola es la verdadera con respecto a los mundos superiores. Pero se necesita de cierta preparación antes de poder alcanzar tal "opinión". Si se tomara esto en cuenta, a nadie sorprenderían las condiciones de los instructores de la ciencia oculta. Es del todo cierto que la verdad y la vida superior moran en cada alma humana y que *cada uno, por si mismo,* puede y debe encontrarlas. Pero yacen profundamente y solo después de haber franqueado todos los obstáculos es posible evocarlas de sus profundas moradas. Como se logra esto, solo puede indicarlo el que tiene experiencia en la ciencia oculta, y son consejos de esta índole los que pueden encontrarse en la ciencia espiritual. A nadie impone ella una verdad, ni promulga dogma alguno; solo enseña una ruta, ruta que en verdad cada uno podría

encontrar por si mismo, pero quizá solo después de muchas encarnaciones. La disciplina oculta ofrece acortar el camino. El hombre alcanza asi mas pronto el punto en que puede cooperar en aquellos mundos en que el trabajo espiritual fomenta la salvación y la evolución de la humanidad.

Tales son las indicaciones que, por ahora, quisimos dar sobre la adquisición del conocimiento de los mundos superiores. En el capítulo siguiente ampliaremos estas exposiciones con un estudio de los cambios que, en el curso de esta evolución, se producen en los principios superiores del ser humano: organismo anímico o cuerpo astral, y espíritu o cuerpo mental. De esta manera, las explicaciones precedentes aparecerán bajo un nuevo aspecto, lo cual permite penetrar en ellas en un sentido más profundo.

ALGUNOS EFECTOS DE LA INICIACIÓN

Es uno de los principios básicos de la verdadera ciencia oculta, que quien se consagre a ella ha de hacerlo con plena conciencia; no debe emprender ni practicar nada sin tener conocimiento de su efecto. Un maestro de la ciencia oculta al dar un consejo o instrucción, advertirá siempre al mismo tiempo todo lo que, como consecuencia, pueda producirse en el cuerpo, alma y espíritu de quien aspire al conocimiento superior.

Me concrete a puntualizar aquí algunos de los efectos de la ciencia oculta en el alma del discípulo; si bien he de advertir que solamente quien conozca las indicaciones dadas en este libro, podrá emprender con plena conciencia los ejercicios que conducen al conocimiento de los mundos suprasensibles y podrá caracterizarse como un verdadero discípulo. En la genuina disciplina oculta, el andar a tientas en las tinieblas es sumamente perjudicial, y quien no se esfuerce en seguirla plenamente consciente, quizás se convierta en médium pero nunca será un clarividente en sentido de la ciencia esotérica.

El discípulo que practique, de acuerdo con estas instrucciones, los ejercicios descritos en los capítulos anteriores, observara ciertos cambios en su llamado organismo anímico, organismo solo perceptible al clarividente. Puede comparársele a una nube de variable luminosidad psíquico-espiritual en cuyo centro se encuentra el cuerpo físico del hombre;[1]

En ese organismo se vuelven espiritualmente visibles los instintos, apetitos, pasiones, ideas. Por ejemplo, un deseo sensual se percibe dentro de esta esfera como una irradiación rojiza oscura, de forma determinada; un pensamiento puro y noble por una irradiación de color rojizo violeta; el concepto claro del pensador lógico, como una forma de color amarillento de contornos nítidamente marcados; el pensamiento confuso de un cerebro indisciplinado se presenta como una figura de contornos borrosos; las ideas de hombrea de opiniones estrechas o fanáticas aparecen con contornos rígidos e inmóviles;]as de las personas accesibles a las opiniones de los demás, ostentan contornos movibles y cambiantes.[2]

1) *En* la obra "Teosofía" del mismo autor (Editorial Antroposófica México-Buenos Aires 1963), se encontrara una descripción de este fenómeno.

2) En éstas y en todas las descripciones siguientes hay que tener en cuenta Que *por* "ver" un color fe quiere expresar su percepción espiritual. Cuando en el conocí miento clarividente se nabla de ver el rojo, eso significa tener una experiencia psíquico-espiritual que equivale a la experiencia sensoria de percibir el color rojo. El término "veo tojo" se usa para adaptarse al lenguaje corriente del clarividente. Quien no tenga eso presenta podrá fácilmente confundir ln visión del color con una genuina experiencia espiritual.

Cuanto más progresa el hombre en su evolución psíquica, tentó más se va estructurando regularmente su organismo psíquico. Este organismo es confuso e indiferenciado en las personas cuya vida anímica no está desarrollada; no obstante, para el clarividente, hasta tal tipo de organismo parece como un sistema que claramente se destaca del medio circundante. Ese sistema se extiende desde el interior de la cabeza hasta la parte media del cuerpo físico, y aparece como una especie de

cuerpo independiente, provisto de ciertos órganos. Trataremos aquí ahora de aquellos de estos órganos que pueden percibirse espiritualmente junto a los siguientes órganos físicos; el primero entre los ojos; el segundo cerca de la laringe; el tercero en la región del corazón; el cuarto cerca de la llamada boca del estómago; y el quinto y el sexto con asiento en el abdomen. En la ciencia oculta estos órganos se llaman "ruedas", o también "flores de loto", a causa de su parecido con ruedas o flores. Pero es necesario darse cuenta de que tal expresión no es más acertada que cuando llamamos "pabellón" a la parte exterior del oído. Así como en este caso no se trata de un "pabellón", tampoco en aquél se trata más que de una denominación metafórica.[1]

Ahora bien, en el hombre no evolucionado esas "flores de loto" son fijas, inmóviles y de colores obscuros; en el clarividente, en cambio, están en movimiento y matizadas de brillantes colores. En el médium sucede algo parecido, pero de otra manera. No entraremos aquí en los detalles respectivos. Cuando el discípulo comienza a practicar sus ejercicios, el primer efecto es que se aclaran las "flores de loto"; después empiezan a girar. La facultad de la clarividencia nace en este momento, ya que estas "flores" son los órganos sensorios psíquicos, y su rotación pone de manifiesto que se está efectuando una percepción suprasensible. Nadie puede percibir objetos suprasensibles antes que sus sentidos astrales hayan evolucionado de este modo.[2]

Gracias al órgano espiritual situado junto a la laringe, es posible penetrar en forma clarividente en la *manera de pensar* de otros seres animados y obtener un conocimiento profundo de las verdaderas leyes de los fenómenos naturales. El órgano lindante con el corazón revela a la cognición clarividente el *modo de sentir* de otras almas. Quien lo haya desarrollado puede comprobar también ciertas fuerzas recónditas en los animales y plantas. Mediante el sentido que reside cerca de la llamada boca del estómago se adquieren conocimientos de las *facultades y dotes* de las almas; además, este órgano permite descubrir el papel que desempeñan, en la economía de la naturaleza, los animales, las plantas, las piedras, los metales y los fenómenos atmosféricos.

El órgano cerca de la laringe posee dieciséis "pétalos" o "radios de rueda"; el junto al corazón, doce; el que se halla a la boca del estómago, diez.

Hay ciertas actividades del alma relacionadas con la formación de estos órganos, y aquel que las practica en forma bien definida contribuye, en cierto modo, al desenvolvimiento de los correspondientes órganos de percepción espiritual. En el loto de dieciséis pétalos, ocho pétalos ya han sido formados en un pasado remoto durante una etapa anterior a la de la evolución humana. El hombre no ha contribuido en nada por sí mismo a *esta* formación. Los ha recibido como un don de la naturaleza cuando se encontraba todavía en un vago y ensoñador estado de conciencia. En aquella etapa dé la evolución humana estaban en actividad, pero en forma sólo compatible con ese estado de semiconsciencia. Al entrar el hombre a un estado de mayor conciencia, los pétalos se oscurecieron y suspendieron su actividad, y puede ahora el mismo hombre desarrollar los otros ocho pétalos mediante ejercicios conscientes. En esta forma el loto entero se tornará luminoso y móvil. La adquisición de ciertas facultades depende del desarrollo de cada uno de los dieciséis pétalos, en la inteligencia, como ya hemos dicho, de que solamente ocho puede el hombre desarrollar conscientemente: los otros ocho surgirán por sí solos.

1) El ejemplo aludido (pabellón del oído) sustituye al ejemplo utilizado en el original alemán (Lungenflugel — lóbulo del pulmón), el cual perdería todo el valor ilustrativo si se tradujera literalmente ni castellano, (N.d.Tr.)

2) Para esta percepción de "rotación" *e* incluso la de las "flores de loto", rigen las mismas observaciones que figuran en la nota de la Pág. 90 (Para esta edición digital es la Pág.) respecto a "ver" los colores.

El desenvolvimiento se realiza de la siguiente manera: el hombre debe concentrar su atención y esmero en ciertas actividades del alma regularmente ejecutadas en forma desatenta y descuidada. Estas actividades son ocho. La primera corresponde al modo cómo se adquieren las representaciones a las que el hombre suele generalmente entregarse. En la vida ordinaria el hombre

suele entregarse a ellas en forma totalmente desorganizada: oye tal o cual cosa, ve este o aquel objeto y amolda sus conceptos a esas percepciones. Al proceder en esa forma, el loto de dieciséis pétalos permanece inactivo, pues no entra en actividad hasta que se lleva a cabo una especie de autoeducación. Para lograrla el discípulo tiene que vigilar sus representaciones, cada una de las cuales habrá de adquirir para él un carácter significativo, de simbolizar un mensaje determinado procedente de los objetos del mundo exterior. No se dará por satisfecho con representaciones que carezcan de tal significado. Encauzará su actividad mental para que refleje fielmente el mundo exterior y aspirará a desterrar de su alma las representaciones inexactas.

La segunda actividad del alma se refiere, de manera similar, a las resoluciones del hombre. Aun para resolver lo más insignificante, debe basarse en una deliberación fundada y comprensiva y alejar de su alma toda acción irreflexiva, todo acto insustancial. Sus actos obedecerán siempre a motivos deliberados, abstrayéndose de todo lo que no se halle así justificado.

La tercera actividad se refiere al hablar. Sólo saldrá de los labios del discípulo lo que tenga sentido y significado. Puesto que el "hablar por hablar" lo aparta de su camino, evitará la conversación banal, la charla, confusa y abigarrada sobre multitud de tópicos. Esto no quiere decir que se aleje del trato con sus semejantes, ya que precisamente en este trato sus palabras han de adquirir significado. Hablará y responderá a todos, pero pensando en lo que dice y de una manera enteramente deliberada. Nunca dirá nada sin fundamento. Tratará de no hablar ni demasiado poco ni en exceso.

La cuarta actividad del alma se refiere a la regulación de los actos *externos.* El discípulo trata de armonizarlos con los de sus semejantes y con los hechos de su medio ambiente. Se abstendrá de todo aquello que pueda perturbar a los demás o que esté en contradicción con lo que pasa a su derredor. Ajustará su obrar en perfecto acuerdo con el ambiente y con su situación en la vida. Cuando un móvil exterior lo lleve a actuar, examinará con cuidado los medios para responder lo mejor posible a ese móvil. Al actuar espontáneamente, pesará con la mayor precisión los efectos de sus actos.

El quinto punto consiste en la organización de toda su vida: el discípulo tratará de vivir con arreglo a las leyes del espíritu y de la naturaleza; de abstenerse por igual de la precipitación que de la indolencia; de considerarse igualmente ajeno a la actividad exagerada que a la desidia.. Enfocará la vida como un medio de trabajo y se conducirá de acuerdo con esa idea; regulará el cuidado de su salud y de sus hábitos de manera tal que culminen en una existencia armoniosa.

El sexto punto se refiere a la aspiración humana: el discípulo examinará sus facultades y sus capacidades y obrará a la luz de un tal conocimiento de sí mismo; no intentará ejecutar lo que esté fuera de su alcance, pero no tratará de omitir nada que caiga dentro de sus posibilidades. Por otra parte, él mismo se fijará objetivos que concuerden con los ideales y con los altos deberes del ser humano. No se considerará, de manera irreflexiva, como una rueda del engranaje social, sino que tratará de comprender su labor, dirigiendo su mirada más allá de la vida cotidiana. Se esforzará por cumplir sus obligaciones cada vez mejor y con mayor perfección.

La séptima actividad de su alma se refiere al esfuerzo de aprender de la vida todo lo posible. Nada ha de pasar ante el discípulo sin brindarle ocasión de acumular experiencias que le sean útiles. Si se equivocó al cumplir algún deber, o lo cumplió mal, esto le dará motivo para obrar más correcto y perfectamente en casos semejantes más tarde. Y con fines análogos contemplará las acciones de los demás. Tratará de acumular un rico tesoro de experiencias y de recurrir a él siempre con atención; y nunca hará nada sin observar retrospectivamente esas experiencias, ya que de ellas puede derivar ayuda en sus resoluciones y actos.

Por último, el octavo punto consiste en que el discípulo dé una mirada, de vez en cuando, a su propio interior; que se ensimisme, delibere en silencio, forme y examine los principios que rigen su vida, pase revista a sus conocimientos, pondere sus deberes, reflexione sobre el contenido y el fin de la

vida. Ya hemos hablado de todo esto en capítulos precedentes, aquí lo enumeramos meramente con referencia al desenvolvimiento del loto de dieciséis pétalos. Mediante la observancia de los ejercicios mencionados, este loto se vuelve más y más perfecto y su desarrollo otorga el don de la clarividencia. Cuanto mejor armonicen los pensamientos y palabras del discípulo con los hechos del mundo exterior, tanto más rápidamente se desarrolla este don. El que piensa o dice algo que se aparta de la verdad, destruye algo en el germen del loto de dieciséis pétalos. La veracidad, la sinceridad y la lealtad son fuerzas constructivas; la mentira, la falsedad y la deslealtad, son fuerzas destructivas. Y el discípulo ha de saber que no bastan buenas intenciones, sino que se requieren actos realizados. Si pienso o digo algo contrario a la verdad, algo destruyo en mi órgano de percepción espiritual, por más excelentes que hayan sido mis intenciones. Es un caso semejante al del niño que se quema cuando intenta coger el fuego, aunque obre por ignorancia. La ordenación de las actividades del alma en la dirección indicada permite al loto de dieciséis pétalos irradiar en colores resplandecientes, dándole un movimiento armonioso. Recordemos, sin embargo, que el don de la clarividencia aquí descrito no puede empezar a manifestarse sino cuando el desarrollo del alma ha alcanzado cierto grado; no se manifiesta este don mientras sea un esfuerzo penoso el orientar la vida en esta dirección; el discípulo no está aún maduro mientras las actividades descritas requieran una atención particular. Sólo cuando ha llegado el momento en que ese modo de vivir se ha convertido en segunda naturaleza, aparecen los primeros gérmenes de la clarividencia. Todo lo aquí indicado no debe ser penoso, sino llegar a convertirse en algo natural. El discípulo no ha de tener necesidad de vigilarse y aguijonearse constantemente; el vivir de este modo ha de ser un hábito.

Existen ciertas instrucciones para desarrollar de manera diferente el loto de dieciséis pétalos; pero la verdadera ciencia oculta las rechaza todas, ya que conducen al quebranto de la salud física y a la ruina moral. Esas instrucciones son más fáciles de seguir que las aquí descritas, pero tan sólo la observancia de éstas, por fastidiosa y penosa que sea, conduce con toda seguridad a la meta y no puede menos que vigorizar moralmente.

El desenvolvimiento deformado de una flor de loto, de presentarse cierta clarividencia, no sólo da lugar a ilusiones e ideas fantásticas, sino que provoca extravíos e inestabilidad en la vida ordinaria; puede causar timidez, envidia, vanidad, arrogancia, incluso en personas que antes no hayan tenido semejantes defectos. Ya hemos dicho que ocho de los dieciséis pétalos de esta flor de loto ya se habían desarrollado en un pasado remoto y que reaparecen por sí solos en el curso de la disciplina oculta. El discípulo debe concentrar todo esfuerzo a los otros ocho pétalos. De practicar incorrectamente esta disciplina, puede suceder fácilmente que los pétalos precedentemente desarrollados reaparezcan solos y que los nuevos queden en estado de atrofia. Esto se produce particularmente si durante la disciplina no hay lógica y sensatez en el pensar. Es de suma importancia que el discípulo sea persona de buen discernimiento y de ideas claras. Es, además, importante que procure expresarse con la mayor claridad. Las personas que comienzan a vislumbrar algo de los mundos suprasensibles fácilmente se tornan locuaces en lo que atañe a sus visiones y con esto detienen su evolución normal. Cuanto menos hablen de estas cosas, tanto mejor será, ya que sólo los que hubiesen alcanzado cierto grado de lucidez debieran referirse a ello. Al comienzo de su entrenamiento, los discípulos generalmente se asombran de la escasa "curiosidad" que los hombres espiritualmente experimentados demuestran hacia lo que explican de sus propias experiencias. Lo mejor sería que guardaran silencio absoluto sobre ellas y hablaran tan sólo de la facilidad o dificultad que tienen de practicar los ejercicios o de seguir las instrucciones, porque el ya iniciado cuenta con medios completamente diferentes a los relatos del discípulo para apreciar los progresos de éste. Esa locuacidad siempre da por resultado cierto endurecimiento de los respectivos ocho pétalos de la flor de loto de dieciséis pétalos que debieran permanecer tiernos y flexibles. Ilustraremos nuestras palabras con un ejemplo tomado para mayor claridad, no de la vida suprasensible, sino de la ordinaria. Supongamos que oigo una noticia e inmediatamente me formo un juicio sobre ella. Luego recibo otra noticia sobre el mismo asunto que no concuerda con la primera, lo que me obliga a modificar el juicio que ya me había formado. El resultado es una influencia perjudicial para mi loto de dieciséis pétalos. El caso habría sido completamente distinto si hubiera suspendido mi juicio sobre el

asunto, tanto en pensamiento como en palabra, hasta tener datos seguros para juzgar. La cautela en formar y emitir juicios se convierte paulatinamente en una característica peculiar del discípulo. Por otro lado, aumenta su receptividad para impresiones y experiencias que, en silencio, deja desfilar ante sí, con objeto de obtener el máximum de datos para formar su propia opinión. Esta cautela provoca matices azulado-rojizos o rosados en los pétalos de la flor de loto, mientras que, en el caso contrario, se presentan matices de rojo sombrío o anaranjado.[1]

El loto de doce pétalos en la región del corazón se desarrolla en forma similar a la del de dieciséis pétalos. También de este loto la mitad de los pétalos existía y estaba en actividad en una etapa anterior de la evolución humana; mitad que no requiere, pues, especial cultivo en la disciplina oculta: aparecen espontáneamente y comienzan a girar cuando se han cultivado los otros seis pétalos. También para favorecer este desenvolvimiento, el discípulo debe orientar conscientemente y en un sentido determinado, ciertas actividades del alma.

Ahora bien, hay que comprender que las percepciones de cada uno de los sentidos espirituales o psíquicos tiene distinto carácter. Las percepciones trasmitidas por las flores de loto de doce y de dieciséis pétalos son diferentes. Esta última percibe en forma de figuras los pensamientos y la mentalidad de otras almas, así como las leyes que rigen los fenómenos de la naturaleza; pero esas figuras no son inmóviles y rígidas, sino de formas móviles, llenas de vida. El clarividente que haya desarrollado este sentido, podrá describir la forma en la cual se manifiesta cada pensamiento y cada ley de la naturaleza. Un pensamiento de venganza, por ejemplo, aparece como figura aflechada, dentada, mientras que un pensamiento amoroso muchas veces tiene la forma de una flor que se abre, etc. Los pensamientos precisos y significativos producen figuras armoniosas y simétricas; los confusos tienen contornos corrugados. El loto de doce pétalos ofrece percepciones que se pueden definir de manera aproximada como calor y frío anímicos. Un clarividente dotado de este sentido siente que de las figuras que percibe mediante el loto de dieciséis pétalos, emanan tal calor — y tal frío anímico. Imaginemos un clarividente que tuviera desarrollado el loto de dieciséis pétalos, no así el de doce: percibiría un pensamiento benévolo únicamente bajo la forma antes descrita; en cambio, el que hubiera desarrollado ambos órganos, sentiría, además, esa emanación del pensamiento que sólo puede calificarse como calor anímico. Señalaremos de paso que la disciplina oculta nunca desarrolla un órgano sin el otro, de manera que el ejemplo que hemos expuesto debe considerarse como hipotético para mayor lucidez. Por el desenvolvimiento del loto de doce pétalos el clarividente adquiere una comprensión profunda de los fenómenos naturales. Todo cuanto es manifestación de crecimiento o de evolución, desprende calor anímico, y todo cuanto está en proceso de marchitamiento, destrucción o desintegración, presenta las características de frío anímico.

El desarrollo de ese sentido se fomenta de esta manera: en primer lugar, el discípulo empezará por regular el curso del pensamiento, lo que se llama dominio mental. En tanto que el loto de dieciséis pétalos requiere para su desenvolvimiento pensamientos ajustados a la verdad y que tengan un significado, el de doce pétalos se desarrolla por el dominio interior de la vida mental. Los pensamientos que vagan como fuegos fatuos y que se enlazan por concatenaciones puramente fortuitas y no de una manera razonable y lógica, destruyen la estructura de este loto. Cuanto más se logre una sucesión normal de los pensamientos y así se evite toda digresión ilógica, tanto más adecuada será la forma que este órgano desarrolle. Cuando el discípulo oiga expresar pensamientos ilógicos, se representará inmediatamente el pensamiento correcto respectivo. No debe naturalmente sustraerse al trato de personas tal vez carentes de lógica para así favorecer su progreso, ni tampoco

1) El versado en la materia se dará cuenta que las condiciones relacionadas con el desenvolvimiento del loto, de dieciséis pétalos corresponden a las Instrucciones que el Buda dio a sus discípulos para el "sendero". (Pero aquí no se trata de enseñar budismo sino de describir condiciones de desenvolvimiento resultantes de la Ciencia Espiritual misma. Su concordancia con ciertas enseñanzas del Buda no es razón para no tenerlas por ciertas en sí mismas.

sentirse impulsado a corregir cuanto de irrazonable se exprese en derredor suyo. El discípulo tratará más bien de encauzar silenciosamente, conforme a la lógica y la razón, los pensamientos que lo invadan desde fuera, y conservará en todo momento la orientación de sus propios pensamientos.

En segundo lugar procurará el discípulo introducir en sus actos la misma concatenación lógica, o sea el dominio de la acción. Toda inestabilidad, toda discordancia en el obrar, ejerce una influencia perniciosa sobre la mencionada flor de loto. Después de un acto, el discípulo regulará la siguiente acción de tal manera que sea la consecuencia lógica de la precedente. El que hoy obre de una manera y mañana de otra, no desarrollará jamás la facultad descrita.

El tercer requerimiento es el cultivo de la perseverancia. El discípulo no se dejará desviar por influencia alguna del objetivo que se haya impuesto, en tanto que lo considere acertada meta. Los obstáculos le servirán de estímulo y no lo apartarán de su camino.

El cuarto requisito es la tolerancia hacia los hombres, hacia los demás seres, incluso hacia las circunstancias. El discípulo evitará toda crítica superflua de lo imperfecto y malo; por el contrario, tratará de comprender todo lo que hasta él llegue. Al igual que el sol que no niega su luz al malvado, así tampoco el discípulo le negará su interés comprensivo. Si le sucede algún percance no se dejará arrastrar por juicios desfavorables, sino que aceptará lo que la necesidad le imponga y procurará transmutarlo lo mejor que pueda para que se convierta en un bien. No considerará las opiniones de los demás exclusivamente desde su propio punto de vista, sino que se esforzará por colocarse en el de ellos.

La quinta cualidad es la actitud libre de prejuicio hacia todo lo que la vida ofrezca. En este momento cabe hablar de fe y confianza, de esa confianza que el discípulo brinda a todo hombre, a toda criatura viviente, de esa confianza que satura todas sus acciones. Al referírsele algún hecho nunca se dirá: "No lo creo porque está en contradicción con mi opinión actual", por el contrario, siempre estará a punto para comprobar y rectificar su propio criterio de acuerdo con otro nuevo. Se mantendrá en actitud receptiva ante lo que hasta él llegue, y confiará en la eficacia de lo que emprenda; desterrará de su carácter la aprensión y el escepticismo. Protegerá su fe en el poder de sus intenciones: cien fracasos no pueden arrebatarle esta fe "que mueve las montañas".

La sexta cualidad es la adquisición de cierto equilibrio interno (ecuanimidad). El discípulo se esfuerza en conservar esta ecuanimidad, tanto frente al dolor como frente a la alegría, para evitar la fluctuación entre el séptimo cielo del regocijo y las honduras de la desesperación. La desgracia y el peligro, así como la dicha y la prosperidad, lo encontrarán siempre por igual escudado.

Los lectores de la ciencia espiritual reconocerán en las seis cualidades descritas los "seis atributos" que debe desarrollar el aspirante a la iniciación. Lo que se ha pretendido es mostrar su relación con el órgano psíquico conocido como la flor de loto de doce pétalos. Nuevamente es la disciplina oculta la que puede dar instrucciones especiales para que madure esta flor de loto. La perfecta simetría de su forma depende del desarrollo de las cualidades mencionadas, así como el descuido en su cultivo nos la convierte en una caricatura de lo que debe ser. En este último caso, de adquirir cierta clarividencia, las cualidades en cuestión podrían tomar rumbo hacia el mal en vez de hacia el bien. El estudiante podría tornarse particularmente intolerante, miedoso, misántropo; adquirir, por ejemplo, cierta sensibilidad respecto al modo de ser de otras almas y de ahí rehuirlas u odiarlas. Su actitud puede llegar a tal grado, a causa del frío anímico que lo embarga, que sea incapaz de escuchar opiniones opuestas a la suya, o adopte frente a ellas una conducta censurable.

Si a cuanto hemos dicho se añade la observación de ciertas reglas sólo oralmente transmisibles del instructor a su discípulo, se acelera el desenvolvimiento de esta flor de loto. Bastan, sin embargo, las instrucciones que preceden como introducción a la genuina disciplina oculta; incluso serán útiles a quien no pueda o no quiera seguir tal disciplina, ya que siempre se dejarán sentir sus efectos sobre el

organismo psíquico, aunque sea lentamente. En lo que concierna al discípulo, es indispensable el cumplimiento de estos principios, ya que si intentara introducirse en el ocultismo sin tenerlos en cuenta, penetraría en los mundos superiores con órganos deficientes, y en lugar de captar la verdad sería víctima de engaños e ilusiones. Aunque clarividente en cierto sentido, su ceguera sería, en el fondo, mayor: podía sentirse seguro en el mundo físico que le servía de base; ahora ve lo que está tras de él y, antes que el mundo superior constituya una genuina realidad, pierde toda la confianza en el mundo sensible. Corre el peligro de verse privado por completo de la capacidad de discernir lo verdadero de lo falso, y de carecer así de toda orientación en la vida. Es por esta razón que la paciencia es fundamental en estos casos. Siempre hay que tomar en cuenta que la ciencia oculta *no puede* ir en sus instrucciones más allá de lo que sea compatible con el firme propósito de desarrollar normalmente las "flores de loto", pues si llegaran a la *madurez* antes de haber adquirido gradualmente la *forma* que les corresponde, surgirían como verdaderas caricaturas de estas flores. Las indicaciones especiales de la ciencia espiritual conducen, pues, *a la madurez,* mientras que la forma será el resultado de las normas de conducta arriba descritas.

El desenvolvimiento de la flor de loto de diez pétalos requiere un cultivo psíquico de una índole particularmente delicada; el dominio consciente de las mismas impresiones sensorias. Este dominio es particularmente importante en los pasos iniciales de la clarividencia para evitar muchas ilusiones y veleidades espirituales. En general, el hombre no se da cuenta de las influencias que determinan y producen sus divagaciones y sus recuerdos. Tomemos por ejemplo, el caso siguiente: una persona viaja en tren absorbida por un pensamiento; de súbito este pensamiento toma otra dirección; recuerda entonces alguna experiencia que le ha acontecido años atrás y enlaza este recuerdo con sus pensamientos presentes. No se ha dado cuenta que su mirada se posó en alguien que se parecía a una persona relacionada con la experiencia que revive. No tiene conciencia de lo que ha visto; pero sí percibe el efecto e imagina que el recuerdo ha sido "espontáneo". ¡Cuántas cosas acontecen así en la vida! ¡Cómo se enlazan en nuestra vida las cosas aprendidas u oídas, sin que nuestra conciencia se dé cuenta de la asociación! Otro ejemplo: una persona no puede soportar cierto color, sin ser consciente que esto le sucede porque el maestro que la atormentaba hace mucho años vestía un traje del color que rechaza. Innumerables son las ilusiones que se basan en asociaciones de este tipo. Algunas cosas se graban en el alma sin llegar a incorporarse en la conciencia. Puede darse el siguiente caso: alguien lee en el periódico la noticia de la muerte de una personalidad conocida. Afirma ahora con plena convicción haber tenido "ayer" un "presentimiento" de esta muerte, aunque nada había visto ni oído que hubiera podido sugerirle semejante idea. Y, efectivamente, es cierto que "ayer" le vino, como "espontáneamente", el pensamiento de que iba a morir esa persona. Sólo que se le escapó un detalle: unas horas antes de que le viniera ese pensamiento, se encontraba de visita en casa de algún amigo, donde había un diario en la mesa, y aunque no lo leyó, sus ojos fueron a dar sobre la noticia de la gravo enfermedad de la persona en cuestión. Esta impresión no llegó a su conciencia; pero tuvo como efecto el "presentimiento".

Cuando se reflexiona sobre todo esto uno puede darse cuenta de cuántas ilusiones y fantasías se derivan de ello, ilusiones y fantasías que deben absolutamente evitarse por quien pretenda desarrollar la flor de loto de diez pétalos, el órgano que permite percibir cualidades recónditas del alma. Sin embargo, esas percepciones sólo son dignas de crédito si el discípulo se ha hecho inmune a tales ilusiones. Con ese objeto el discípulo debe adquirir el dominio de todo cuanto le impresiona del mundo exterior hasta el punto de poder cerrar el paso a toda impresión que no quiera recibir. Sólo mediante una vida interior intensa cultiva el discípulo esta facultad, y gracias al esfuerzo de su voluntad sólo podrán causarle impresión los objetos sobre los que enfoque su atención, a la vez que logrará sustraerse a toda impresión que intencionalmente no busque. No verá más que lo que *quiera* ver, y aquello hacia lo cual no dirija su atención dejará efectivamente de existir. Cuanto más vivido e intenso se vuelva el trabajo interior del alma, tanto mayor será ese poder, tanto mayor será la capacidad de evitar que su ojo y su oído vaguen sin rumbo, que sólo existan para él los objetos hacia los cuales dirija sus sentidos. Practicará el poder de no oír nada, aun en medio del mayor barullo, si no *quiere* oír; hará que sus ojos sean insensibles a los objetos que no mire intencionalmente, es

decir, acorazará su alma contra toda impresión no consciente. Es en este sentido que el discípulo deberá dedicar especial esmero a su vida cogitativa: escogerá un pensamiento determinado procurando que no se vinculen con él otros pensamientos que los que él Quiera asociar consciente y voluntariamente. Rechazará las divagaciones fortuitas y, antes de enlazar un pensamiento con otro, investigará cuidadosamente de dónde procede este último. Irá todavía más lejos: cuando, por ejemplo, sienta cierta antipatía con respecto a no importa qué cosa, se empeñará en combatirla y establecer una relación *consciente* con el objeto en cuestión. De esta manera, los elementos inconscientes que invaden su alma van disminuyendo progresivamente. Sólo mediante esta autodisciplina rigurosa, la flor de loto de diez pétalos irá adquiriendo la forma que debiera tener. La vida interior del discípulo debe ser una vida de atención y hay que saber alejar todo aquello a lo cual no se quiere o no se debe prestar atención. Cuando a la autodisciplina se le agrega la meditación conforme a las instrucciones de la Ciencia Espiritual, se ve madurar de manera normal la flor de loto en la región del epigástrico, y lo que antes se percibía tan sólo como forma y calor mediante los sentidos espirituales citados, aparece ahora espiritualmente luminoso y coloreado. Así se revelan, por ejemplo, las dotes y facultades de las almas, así como las fuerzas y los atributos ocultos de la naturaleza. El aura coloreado de los seres vivientes se torna visible, y todo lo que nos rodea nos revela sus cualidades anímicas. Debe tenerse en cuenta que es precisamente en esa etapa de la evolución donde se requiere el mayor esmero, por el intensísimo juego de los recuerdos no conscientes. De no ser así, muchos poseerían tal sentido, ya que surge casi inmediatamente después que el hombre domina en verdad las impresiones de sus sentidos hasta el punto de someterlas por completo a su atención o rechazo. Este sentido psíquico sólo permanece inactivo mientras el poder de los sentidos físicos lo ensordece y embota.

El cultivo de la flor de loto de seis pétalos, situada en el centro del cuerpo ofrece más dificultades que el de la anterior, por requerir la completa supeditación del hombre a la conciencia del Yo, de modo que cuerpo, alma y espíritu formen un conjunto de perfecta armonía. Las funciones del cuerpo, las inclinaciones del alma, los pensamientos y las ideas del espíritu, deben hallarse en completa consonancia. El cuerpo debe ser ennoblecido y purificado de manera que sus órganos sólo tiendan a lo que esté al servicio del alma y del espíritu; el alma no debe ser impulsada por apetitos y pasiones corporales antagónicas al pensar puro y noble; el espíritu, por su parte, no debe tener necesidad de imponer al alma mandatos y leyes como un amo hacia su esclavo; es el alma quien aprende a obedecerlos por su propia y libre inclinación. El discípulo no considerará el deber como una imposición a la que se supedite a pesar suyo, sino como algo que practica porque lo ama. Dirigirá su alma hacia la libertad, y mantendrá el equilibrio entre lo sensual y lo espiritual. Debe sentirse libre de entregarse a las funciones de los sentidos porque éstos se hallarán suficientemente depurados para que no puedan envilecerlo; no tendrá necesidad de refrenar sus pasiones, en tanto que ellas, por sí mismas, se orientan hacia el bien. Mientras el hombre tenga 'necesidad de mortificarse no podrá alcanzar ciertos grados de la disciplina oculta, ya que para ella una virtud lograda por represión carece de valor. Mientras subsista un apetito, se verá perturbado el desarrollo oculto, aun en el caso de que el discípulo no lo satisfaga. Es indiferente que el deseo ataña al cuerpo o al alma. Si, por ejemplo, alguien se priva voluntariamente de determinado estimulante con el fin de purificarse por la privación del goce, esto sólo le será útil si su salud no se afecta por esta abstinencia. Si sufre, demuestra que el cuerpo *requiere* ese estimulante y entonces la privación carece de valor. En tal caso muy bien puede ocurrir que tenga que renunciar momentáneamente a su anhelado ideal y esperar a que se presenten condiciones más favorables respecto de las disposiciones de su cuerpo y de su alma, quizá hasta una vida futura. En ciertos casos es mucho más meritorio renunciar sabiamente que ansiar un objetivo que en las circunstancias del caso está fuera del alcance. Tal renuncia razonable es más beneficiosa para la evolución que la actitud opuesta.

El desarrollo de la flor de loto dé seis pétalos permite la comunicación con seres que pertenecen a mundos superiores, siempre y cuando su existencia se manifieste en el mundo anímico. La disciplina oculta no recomienda, sin embargo el desenvolvimiento de este loto antes que el discípulo haya avanzado lo bastante en el sendero para permitirle elevar su *espíritu* a un mundo todavía superior. La

entrada en el mundo espiritual propiamente dicho deberá acompañar siempre el cultivo de las flores de loto, ya que, de no ser así, el discípulo podría caer en confusión e incertidumbre, Aprendería a *ver,* si, pero carecería de la facultad de juzgar correctamente lo visto. Ahora bien, la posesión de las cualidades necesarias para el desenvolvimiento del loto de seis pétalos constituye ya cierta garantía contra la confusión y la inestabilidad, pues no será fácil arrastrar al error a quien haya alcanzado el perfecto equilibrio entre la sensualidad (cuerpo), la pasión (alma) y la idea (espíritu). Sin embargo, hace falta algo más que esta garantía cuando, por el desenvolvimiento del loto de seis pétalos, el hombre llegue a percibir seres que pertenecen a un mundo por completo diferente del que conocen sus sentidos físicos. No le basta el desarrollo de las flores de loto para adquirir la seguridad necesaria en tales mundos; necesita otros órganos más elevados. Trataremos ahora del cultivo de estos órganos; después consideraremos las otras flores de loto así como la organización ulterior del cuerpo anímico.[1]

El desarrollo del cuerpo anímico permite al hombre percibir fenómenos suprasensibles, más aquel que quiera orientarse de veras en ese mundo no debe detenerse en este estado evolutivo. No es suficiente la mera movilidad de las flores de loto; el hombre debe ser capaz de regular y vigilar, por sí solo y en plena conciencia, el movimiento de sus órganos espirituales. De lo contrario se convertiría en juguete de energías y potencias que actúan sobre él desde el exterior. A fin de evitarlo ha de adquirir la facultad de oír lo que se llama "palabra interna", lo que significa desenvolvimiento no solamente del cuerpo anímico, sino también del etéreo, ese organismo sutil aparece al clarividente como una especie de doble del cuerpo físico y que podría considerarse como un eslabón entre el Cuerpo físico y el anímico.[2] Quien está dotado de facultades clarividentes, tiene la posibilidad de hacer completa abstracción del cuerpo físico de una persona. Esto corresponde, en un plano superior, a un ejercicio de atención en un plano inferior. Al igual que una persona puede desviar su atención de un objeto tenga ante sí hasta que éste deje de existir para ella, puede así el clarividente hacer abstracción de un cuerpo físico hasta el grado de que llegue a serle físicamente transparente. Aplicando este poder ante una persona sólo queda visible para el ojo psíquico el llamado cuerpo etéreo y, además, el cuerpo anímico, que sobre pasa y compenetra los otros dos. El cuerpo etéreo es *aproximadamente* del mismo tamaño y forma que el físico; ocupa, pues, más o menos el mismo espacio que este. Es una estructura de una organización sumamente delicada y sutil,[3] con un color básico diferente de los siete colores del arco iris. El que pueda percibirlo conocerá un color que propiamente no existe para el ojo físico y que, más o menos, podría compararse con el de la flor recién abierta del durazno. Si queremos limitarnos exclusivamente al cuerpo etéreo, hemos *de* eliminar del campo de observación igualmente al cuerpo anímico mediante un ejercicio de atención análogo al descrito anteriormente, pues de lo contrario sufriría el cuerpo etéreo constante alteración a consecuencia de su interpenetración con el Cuerpo anímico.

Ahora bien, las partículas del cuerpo etéreo están, en el hombre, en continuo movimiento, pues innumerables corrientes circulan en todos sentidos. Estas corrientes mantienen y regulan la vida. Todo cuerpo que tiene *vida,* incluso las plantas y los animales, posee cuerpo etéreo. Hasta en los minerales puede el observador atento descubrir rudimentos de él. En un principio, estas corrientes y estos movimientos escapan por completo a la voluntad y a la conciencia humana, de la misma manera que en el cuerpo físico las funciones del corazón o del estómago son independientes de la voluntad, y persiste esta independencia en tanto que el hombre no se dedique a desarrollarse con miras a la adquisición de facultades suprasensibles, pues la evolución superior consiste precisamente, en determinada etapa, en agregar a las corrientes y los movimientos del cuerpo etéreo

1) La expresión "cuerpo anímico", tomada; literalmente, encierra evidentemente una contradicción, lo que sucede con muchas expresiones de la ciencia espiritual. La, utilizamos, sin embargo, porgue la impresión espiritual que se tiene mediante la facultad clarividente corresponde a la percepción física que se tiene del cuerpo físico.

2) Compárese esta descripción con la correspondiente dada en el libro "Teosofía" del mismo autor. (México-Buenos Aires 1963).

3) Ruego a los físicos que no mal interpreten esta expresión "cuerpo etéreo" *ha* palabra "éter" es un simple medio de expresar la sutilidad de la-, estructura en cuestión. No es forzoso relacionarlo con el "éter" del que tratan las hipótesis de la física.

independientes de la conciencia, otros producidos por el propio hombre conscientemente.

Cuando la disciplina oculta ha llegado al punto en el que comienzan a girar las flores de loto descritas en los párrafos precedentes, mucho ha logrado el discípulo para despertar en su cuerpo etéreo ciertas corrientes y movimientos bien definidos. Esta disciplina da lugar a la formación de una especie de centro en la región cardíaca física de donde irradian corrientes y movimientos en múltiples variedades de colores y formas. Este centro, en realidad, no es un mero punto, sino una estructura muy compleja, un órgano prodigioso. Brilla y cintilla espiritualmente dentro de los más diversos matices de colores, desplegando formas de gran regularidad y rápida transformación. Otras formas y corrientes cromáticas parten de este órgano hacia las demás partes del cuerpo, las trascienden y saturan e iluminan todo el cuerpo astral. Las corrientes más importantes fluyen hacia las flores de loto. Circulan por todos los pétalos y regulan su rotación, luego escapan por los extremos de los mismos y se pierden en el espacio exterior. Cuanto más evolucionado está un hombre, tanto mayor es la circunferencia hasta la que se propagan estos rayos.

La flor de loto de doce pétalos tiene una estrecha conexión con este centro. Fluyen hacia él directamente las corrientes, lo atraviesan y, por un lado, se dirigen a los lotos de dieciséis y de dos pétalos, y por el otro lado a los de ocho, seis y cuatro pétalos. Debido a esto hay que tener sumo cuidado en el desarrollo de la flor de loto de doce pétalos pues cualquier negligencia daría origen a una formación irregular de todo este sistema orgánico. Lo que antecede da una idea de cuan delicada e íntima es la disciplina oculta y con cuánta exactitud hay que proceder para que todo se desarrolle normalmente. Se comprenderá también fácilmente que sólo puede dar instrucciones para el desarrollo de las facultades suprasensibles quien haya experimentado por sí mismo lo que se proponga cultivar en otro, y quien se encuentre plenamente capacitado para darse cuenta de si sus indicaciones producen los resultados correctos.

Si el discípulo cumple las instrucciones que se le han dado, introduce en su cuerpo etéreo corrientes y movimientos que están en armonía con las leyes y la evolución del mundo al cual pertenece el ser humano. De ahí que estas instrucciones siempre Sean como un trasunto de las grandes leyes de la evolución cósmica. Corresponden a los ejercicios de meditación concentración y otros similares que, de practicarse como es debido, producirán los efectos descritos. En ciertas ocasiones el discípulo debe dejar que estas instrucciones saturen su alma de contenido, para que interiormente se sienta en plenitud impregnado de él. Al principio se eligen temas sencillos, apropiados, sobre todo, para intensificar y concentrar el pensar sensato y razonado. De este modo, el pensar se emancipará de toda impresión o experiencia sensoria, concentrándose como *en un punto,* que quedará bajo el dominio completo del hombre. Así se forma un centro provisional para las corrientes del cuerpo etéreo. Este centro no está aún en la región del corazón, sino en la cabeza, en donde se presenta al clarividente como el punto de partida de movimientos y corrientes. Sólo una disciplina oculta que empiece por formar este centro tendrá completo éxito, pues si se despertara desde el principio en la región del corazón, el neófito, aunque indudablemente podría lograr ciertos destellos de los mundos superiores, no podría en verdad comprender las relaciones entre los mundos superiores y el de nuestros sentidos, comprensión que representa un requisito *sine qua non* para el hombre en su actual fase evolutiva. El clarividente jamás debe convertirse en iluso ni dejar de pisar terreno firme.

El centro existente en la cabeza después de suficientemente consolidado, será trasladado hacia abajo, hacia la región de la laringe, lo que se consigue mediante otros ejercicios de concentración. Como resultado, las corrientes del cuerpo etéreo partirán de esa región e iluminarán el espacio astral que rodea al hombre.

La práctica constante de estos ejercicios capacita al discípulo para determinar por sí mismo la posición de su cuerpo etéreo. Antes, esta posición dependía de las fuerzas procedentes del exterior o emitidas por el cuerpo físico, pero mediante un desarrollo posterior el hombre puede dirigir su cuerpo etéreo hacia todos lados, facultad que se desarrolla gracias a las corrientes que circulan

aproximadamente a lo largo de las manos, partiendo del loto de dos pétalos situado en la región de los ojos. Todo esto es posible gracias a que las radiaciones procedentes de la laringe asumen formas redondas, parte de las cuales fluye hacia el loto de dos pétalos de donde se propagan, en ondulantes corrientes, a lo largo de las manos. En proceso posterior estas corrientes se subdividen y ramifican en la forma más delicada, entrelazándose para formar algo así como un tejido que circunda al cuerpo etéreo como si fuera una malla. Hasta ese momento el cuerpo etéreo no estaba cerrado al mundo exterior, por lo que las corrientes de vida procedentes del océano universal entraban y salían directamente; ahora estas corrientes externas deberán pasar a través de esa membrana. Así, el hombre se vuelve sensible a estas corrientes *externas;* las percibe. Ahora ha llegado ya el momento de dar a todo este sistema de corrientes y movimientos su centro en la región del corazón, lo que se logra también mediante la continuación de los ejercicios de concentración y meditación. Alcanzada esta etapa el estudiante recibe el don de la *palabra interna,* desde cuyo instante todo adquiere para él un nuevo significado. Todas las cosas, por decirlo así, se tornan espiritualmente audibles y le hablan de su esencia íntima. Las corrientes anteriormente descritas le ponen en relación con el ser interno del universo del que forma parte. Su vida comienza a entrelazarse con la vida de su medio ambiente y puede dejar que después resuene en los movimientos de sus flores de loto.

Así, el hombre penetra en el mundo espiritual, de donde adquiere una nueva comprensión de todo cuanto han dicho los grandes instructores de la humanidad. Las prédicas del Buda, *y* los Evangelios, por ejemplo, le producen un efecto distinto, te impregnan de una felicidad insospechada hasta entonces. Y es que la vibración de las palabras allí contenidas sigue los movimientos y los ritmos que él mismo desarrolló dentro de sí. Por propia e inmediata experiencia *sabe* que hombres tales como el Buda o los Evangelistas, no expresan *sus* revelaciones personales, sino aquellas que les infundió la esencia íntima de las cosas. Señalemos aquí un hecho que se nos hace inteligible sólo por lo que antecede. Las personas de nuestra actual etapa evolutiva no captan las muchas repeticiones en las máximas del Buda; en cambio, para el discípulo de la ciencia oculta llegan a ser una fuerza sobre la que gustoso reposa sus sentidos internos, pues corresponden a ciertos movimientos rítmicos del cuerpo etéreo. La devota entrega a ellas, en completa quietud interior, crea una armonía con tales vibraciones, y como ellas son a su vez trasunto de ciertos ritmos cósmicos, que en ciertos puntos también se repiten y periódicamente vuelven a modos anteriores, el individuo que presta oído a las palabras del Buda aúna su vida a la de los misterios cósmicos.

La ciencia espiritual define *cuatro* cualidades que el hombre debe adquirir en el llamado sendero de prueba para elevarse al conocimiento superior: la *primera* es la facultad de discernir lo real de lo aparente y la verdad de la mera opinión. La *segunda* cualidad es la apreciación debida de lo verdadero y de lo real frente a la simple apariencia. La *tercera* consiste en la práctica de los seis atributos ya descritos en páginas precedentes: dominio del pensamiento, dominio de la acción, perseverancia, tolerancia, fe y ecuanimidad. La *cuarta* corresponde al amor a la libertad interna.

Una comprensión meramente intelectual de lo inherente a estas cualidades no es de la menor utilidad; deben ser incorporadas al alma, de modo que formen la base de *hábitos* internos. Tomemos, por ejemplo, la primera cualidad: el discernimiento entre lo real y lo aparente. El hombre tiene que disciplinarse hasta el punto de discernir siempre espontáneamente, en todo objeto que se le presente, los elementos secundarios y los que tienen significación e importancia. Sólo puede lograr esto si con toda calma y paciencia renueva estas tentativas en cada observación del mundo exterior. Al final, la vista se posa con toda naturalidad en lo verdadero, tal como antes se contentaba con lo accidental. "Todo lo perecedero sólo es parábola"[1]: verdad que se convierte en convicción palmaria del alma. Otro tanto se puede decir con respecto a las otras tres cualidades.

Ahora bien, estos cuatro hábitos psíquicos producen, efectivamente, una transformación del delicado

1) Goethe, Fausto II. (N del Tr.).

cuerpo etéreo humano. El primero, o sea, el discernimiento entre lo real y lo aparente, crea en la cabeza el referido centro y prepara el de la laringe. El *auténtico* desarrollo de este centro requiere, naturalmente, los ejercicios de concentración arriba descritos: éstos preparan las flores de loto, en tanto que los cuatro hábitos las hacen madurar. Una vez preparado el centro en la región de la laringe, la *apreciación* correcta de lo verdadero frente a la apariencia accidental da por resultado el dominio libre del cuerpo etéreo, así como su revestimiento y delimitación por la malla mencionada. Si el hombre adquiere esta facultad estimativa, paulatinamente se le tornan perceptibles las realidades espirituales; pero no se crea que sólo tengan valor actos que parezcan significativos conforme a un criterio puramente intelectual: la acción más trivial, lo más insignificante, tienen algo de importante dentro de la gran economía cósmica, y se trata precisamente de adquirir la *conciencia* de esta importancia. Lo esencial es una *apreciación* correcta y no un *menosprecio de* lo que corresponda a la vida cotidiana. Las seis virtudes que componen la tercera cualidad ya han sido tratadas anteriormente; guardan relación con el desenvolvimiento del loto de doce pétalos en la región del corazón y, como ya indicamos, es a este centro a donde debe dirigirse la corriente vital del cuerpo etéreo. La cuarta cualidad, o sea el *anhelo de liberación,* sirve para hacer madurar el órgano etéreo que está junto el corazón, y una vez transformada esta cualidad en hábito del alma, el hombre se *liberta* de todo lo que se deriva *exclusivamente* de sus facultades personales; deja de considerar las cosas desde *su* punto de vista particular; desaparecen los estrechos límites de su propio ser que lo encadenaban a este punto de vista, y se revelan a su yo interno los misterios del mundo espiritual. He aquí la liberación, ya que aquellas Cadenas obligaban al hombre a valorar cosas y seres de acuerdo con su peculiar característica personal. El discípulo tiene que *emanciparse* de este modo personal de considerar las cosas.

De lo que antecede claramente se deduce que las instrucciones impartidas por la ciencia oculta ejercen una influencia determinante hasta en lo más íntimo de la naturaleza humana. De esta índole son las instrucciones que se refieren a las cuatro cualidades, en una u otra forma encontradas en todas las concepciones del mundo que tienen en cuenta el mundo espiritual. Los fundadores de semejantes concepciones no han dado a la humanidad esas enseñanzas partiendo de un vago sentimiento, sino en virtud de ser grandes iniciados. Basándose en su experiencia espiritual formularon sus preceptos morales, pues sabían cómo actúan éstos sobre los elementos sutiles de la naturaleza humana y deseaban que sus adeptos desarrollaran gradualmente esa naturaleza más sutil. Vivir de acuerdo con tales concepciones del mundo significa trabajar por el propio perfeccionamiento espiritual, único camino para que el hombre pueda servir al universo. La propia perfección en ningún sentido es medro personal, ya que el hombre imperfecto es un servidor imperfecto de la humanidad y del mundo; cuanto más perfecto sea el hombre, tanto mejor sirve al conjunto. "Si la rosa es bella, embellece al jardín".

De ahí que los fundadores de las grandes cosmogonías sean grandes iniciados. Lo que de ellos emana se difunde en las almas humanas y así, junto con la humanidad, avanza el mundo entero. Los iniciados han trabajado conscientemente para intensificar este proceso de la evolución humana y el contenido de sus enseñanzas sólo puede ser comprendido si se tiene en cuenta que se derivan del conocimiento de las reconditeces de la naturaleza humana. Los iniciados eran hombres con facultades cognoscitivas muy desarrolladas que dieron forma a los ideales de la humanidad basándose en su propia experiencia espiritual; el hombre se acerca a ellos, a estos grandes guías, si, por propio desarrollo, se eleva hasta su altura.

Cuando comienza el desarrollo del cuerpo etéreo del hombre, se abre ante él una vida completamente nueva, y la disciplina oculta debe brindarle, a su debido tiempo, las explicaciones que le capaciten para adaptarse a esa nueva existencia. El loto de dieciséis pétalos, por ejemplo, le permite percibir espiritualmente figuras de un mundo superior; después tiene que darse cuenta que estas figuras son distintas según los objetos o seres que las han engendrado. Lo primero que alcanza a comprobar es que sus propios pensamientos y sentimientos ejercen sobre algunas de estas figuras una intensa influencia; sobre otras una más leve y sobre algunas ninguna. Cierto género de figuras se

modifica inmediatamente si al contemplarlas el observador piensa: "Esto es bello", y durante su observación se desvía hacia: "Esto es útil". Particular característica de las formas procedentes de minerales o de objetos artificiales, es que se transforman bajo la influencia de todo pensamiento o sentimiento que el observador les dirija. Es menor en las formas pertenecientes a plantas y todavía menor en las correspondientes a animales. Estas figuras también tienen movilidad y vida, movilidad que se debe sólo en parte a la influencia de los sentimientos y pensamientos humanos; en otros aspectos es provocada por causas más allá de la influencia humana. Ahora bien, dentro de este mundo se presenta una especie de formas que, al principio, se sustrae casi por completo a la influencia humana. El discípulo puede estar convencido que estas formas no proceden de los minerales, ni de los objetos artificiales, ni tampoco de las plantas o de los animales. Para lograr una completa comprensión debe detenerse ante las formas que le consta hállanse engrendadas por sentimientos, instintos y pasiones de otros seres humanos, y podrá darse cuenta que, incluso sobre ellas, ejercen influencia sus pensamientos y sus sentimientos, aunque sea relativamente poca. Dentro del mundo de estas formas quedará, pues, cierto remanente, sobre el cual tal influencia es infinitamente pequeña. El neófito poco es lo que puede percibir más allá de este remanente, y tan sólo por la observación de *sí mismo* puede obtener datos sobre su naturaleza. Aprenderá entonces cuáles son las formas que él mismo produce, ya que su voluntad, sus deseos, etc., se expresan a través de estas formas. Un instinto que more en él, un deseo que le llene, una intención que él abrigue, todo ello se manifiesta en tales formas: de hecho, todo su carácter se manifiesta en tal mundo de formas. Así, mediante sus pensamientos y sentimientos, puede el hombre influir conscientemente sobre todas las formas que no procedan de él mismo; en cambio, deja de ejercer influencia, una vez creadas, sobre aquellas que, mediante su propio ser, nacieron en el mundo superior. De lo dicho se deduce que la vida interior humana, los instintos, deseos y representaciones del hombre, aparecen en un plano superior como figuras *externas,* al igual que los demás objetos y seres. Para la cognición superior, el mundo interior se convierte en parte del mundo exterior. Del mismo modo que en el mundo físico, si estamos rodeados de espejos podemos contemplar la forma de nuestro cuerpo, asimismo, en el mundo superior, la entidad psíquica del hombre se le aparece como una imagen refleja.

En esta fase de su desarrollo, el discípulo se halla en condiciones de trascender la ilusión que se debe a la limitación de su personalidad. Puede observarse a sí mismo como mundo externo en la misma forma en que antes consideraba exterior todo lo que afectaba a sus sentidos. Así aprende, por gradual experiencia, a tratarse a sí mismo como anteriormente trataba a los seres que le rodeaban.

Si el estudiante obtuviera la visión de los mundos espirituales sin la suficiente preparación respecto a su naturaleza, se hallaría observando la estampa de su propio alma como un enigma. Allí le aparecen las imágenes de sus propios deseos y pasiones como figuras de forma animal o, algunas veces, de forma humana. Aunque las formas animales de ese mundo no son completamente iguales a las del físico, no dejan de tener cierta semejanza. Ahora bien, al entrar en él, hay que adquirir una manera de juzgar completamente nueva, ya que las cosas realmente pertenecientes a la naturaleza interior del hombre, además de presentársele como mundo exterior, parecen como imágenes invertidas, reflejos, de lo que son en realidad. Al percibir, por ejemplo, un número, hay que leerlo invertido como imagen reflejada en un espejo; 265 se convertiría en 562. Una esfera se percibe como si el observador estuviera en su centro, perspectiva central que luego debe someterse a una transformación adecuadla. Del mismo modo aparecen como en un espejo las cualidades del alma. Un deseo hacia un objeto exterior se nos presenta como una imagen que se mueve hacia la persona misma que abriga ese deseo y las pasiones que residen en la parte inferior de la naturaleza humana pueden asumir la forma de animales u otras figuras semejantes lanzadas sobre el individuo. En realidad, estas pasiones tienden hacia lo externo buscando en él su satisfacción; pero esta tendencia hacia afuera se manifiesta, *en su imagen refleja,* bajo forma de ataque contra el individuo que las posee.

Si el discípulo, antes de elevarse a la visión superior, ha llegado a ser consciente de sus propias cualidades mediante una observación reposada y sincera de sí mismo, en el momento en que se

enfrenta con su ser interno como imagen refleja exterior, logrará el valor y la fuerza necesarios para conducirse como corresponda. Los que no han logrado conocerse suficientemente mediante la propia investigación, no se reconocerán en su imagen refleja y la considerarán ajena realidad; o también pueden sentirse intimidados por lo que ven e, incapaces de soportarlo, engañarse en el sentido de tratar de persuadirse que todo ello no es sino engendro de la fantasía que a nada conduce. En ambos casos, por haber alcanzado la perdona en cuestión prematuramente cierto grado de desarrollo fatalmente obstruiría su propio progreso.

Es indispensable que el discípulo experimente este aspecto espiritual de su propio yo antes de avanzar en planos superiores, ya que, si se ha dado cuenta plenamente de la naturaleza de su propia personalidad en el mundo físico, podrá compararla con la *imagen* de esta personalidad y que es lo *primero* que se le presenta en el mundo superior. Podrá relacionar lo superior con algo ya conocido, porque tendrá un punto de apoyo en tierra firme. De lo contrario, cualesquiera que fueren los seres espirituales que se le presentasen, se encontraría incapaz de descubrir su naturaleza y esencia y pronto sentiría hundirse el suelo bajo sus pies. Por tanto, nunca se insistirá bastante que el seguro acceso al mundo superior es el que se consigue por medio del conocimiento y de la genuina apreciación de la propia personalidad.

Lo primero que el discípulo encuentra en su ascenso al mundo superior es, pues, *imágenes* espirituales, ya que la realidad que corresponde a tales imágenes hállase *dentro de él mismo.* El discípulo debe, por tanto, haber llegado a cierto grado de madurez para conformarse por lo pronto con estas imágenes y no ansiar una percepción inmediata de las realidades mismas. Dentro de este mundo de imágenes pronto encontrará, sin embargo, algo completamente nuevo. Su *yo inferior* se le presenta como imágenes reflejas, pero de ellas ha de surgir la verdadera realidad de su *Yo superior.* Destacándose de la imagen de la personalidad inferior se hace visible la forma del Yo espiritual. Y es sólo de este último de donde parten los hilos que se entretejen con otras realidades espirituales superiores.

Ha llegado entonces el momento de utilizar el loto de dos pétalos, situado en la región de los ojos. Cuando éste comienza a agitarse el hombre encuentra la posibilidad de poner en contacto su Yo superior con seres espirituales superiores. Las corrientes que parten de esa flor de loto se dirigen hacia las entidades superiores en forma tal, que el hombre tiene completa conciencia de los movimientos respectivos. Del mismo modo que la luz hace visibles los objetos físicos, así también esas corrientes tornan visibles a los seres espirituales de los mundos superiores.

Ahondando las verdades fundamentales derivadas de la ciencia espiritual, el discípulo aprende a poner en movimiento y a dirigir las corrientes de la flor de loto situada entre los ojos.

En esta fase del desarrollo se comprueba, ante todo, el valor de un criterio sano y la disciplina del pensamiento claro y lógico. Basta considerar que el Yo superior del hombre, latente en él en estado germinativo e inconsciente, nace entonces a la existencia consciente. No se trata de algo meramente metafórico, sino de un *nacimiento* efectivo en el mundo espiritual; y el ser que nace, el Yo superior, debe entrar al mundo provisto los órganos y aptitudes para poder vivir. Así como la naturaleza cuida de que el niño nazca con oídos y ojos bien plasmado, así también las leyes de la evolución individual suministrar al Yo superior las capacidades con que entre a la existencia. Las leyes que rigen el desarrollo de los órganos superiores del espíritu no son otras que las sanas leyes de la razón y la moral de nuestro mundo terreno. Así como el niño madura en el seno de la madre, así también el hombre espiritual madura dentro de su entidad corpórea; y del mismo modo que la salud del niño depende del normal funcionamiento de las leyes naturales en el seno de la madre, así también la salud del hombre espiritual está condicionada por las leyes del sentido común y de la razón que obran en la vida física. Nadie puede dar a luz a un Yo superior sano si no vive y piensa sanamente en el mundo físico; la base de todo desarrollo espiritual genuino es una vida en armonía con las leyes de la naturaleza y de la razón. Tal como el niño vive ya en el seno de la madre de acuerdo con las leyes

naturales, no perceptible a sentidos hasta después de su nacimiento, así también el Yo superior del hombre vive ya con arreglo a las leyes del mundo espiritual durante la existencia física. Y lo mismo que el niño, impulsado por un vago instinto vital, asimila las necesarias 'energías, así también puede el hombre asimilar las energías del mundo espiritual antes de nacer su Yo superior. De hecho ha de ser así si éste ha de entrar al mundo como un ser completamente desarrollado. Sería un error decir: "No puedo aceptar las enseñanzas de la Ciencia Espiritual antes de convertirme en vidente"; pues sin profundizar los resultados de la investigación espiritual no existe perspectiva alguna de adquirir un genuino conocimiento superior. Sería como si un niño, durante su gestación, rehusara las energías que le transmite su madre y pretendiese esperar hasta obtenerlas por sí mismo. Tal como el embrión infantil aprecia, mediante su sentido vital, lo que se le ofrece, así también puede apreciar la verdad de las enseñanzas de la Ciencia Espiritual aquel que no haya alcanzado la clarividencia. Aun antes de percibir las realidades espirituales ya puede existir una comprensión de estas enseñanzas, basada en el sentimiento de la verdad y en un juicio claro, sano y circunspecto. Hay que empezar por estudiar las enseñanzas esotéricas precisamente como preparación para la clarividencia; de lo contrario, es decir, si se logra sin esta base, sería comparable a un niño que naciera con ojos y oídos, pero sin cerebro. Desplegaríase ante él todo un mundo de colores y sonidos; pero no sabría qué hacer con ellos.

Lo que el hombre comprendía antes mediante su sentido de la verdad, su intelecto y su razón, todo esto se vuelve experiencia propia para él en esta etapa del discipulado; tiene conocimiento inmediato de su Yo superior y comprende que éste se halla conectado con entidades espirituales más elevadas con las que constituye un todo unido. Se dará cuenta de que su yo inferior tiene su origen en un mundo superior, se le revelará que su naturaleza superior sobrevive a la inferior, y sabrá distinguir lo perecedero de lo permanente en él, es decir, llegará a comprender, por propia experiencia, la doctrina de la encarnación del Yo superior en el inferior. Comprenderá claramente que él es parte de un complejo espiritual y que sus cualidades y destinos dependen de esta integración. Aprenderá a conocer *la ley de su vida,* su Karma; se dará cuenta de que su yo inferior, tal como integra su vida en el presente, no es sino una de las múltiples configuraciones que el superior puede adoptar, y verá ante sí la posibilidad de actuar sobre él desde su Yo superior hacia un grado de perfección cada vez más alto. Ahora podrá discernir también las diferencias que existen entre los hombres en relación con su grado de perfeccionamiento; darse cuenta de que hay seres superiores que ya han alcanzado los grados que todavía se yerguen ante él; comprender que las enseñanzas y actos de tales hombres proceden de la inspiración de un mundo superior. Debe este conocimiento a su primer vislumbre personal de ese mundo, y los llamados " grandes iniciados de la humanidad" empiezan a adquirir realidad para él.

He aquí los dones que obtiene el discípulo en esta fase de su desarrollo: íntimo conocimiento de su Yo superior; captación de la doctrina de la encarnación de este Yo superior en uno inferior; penetración de las leyes que regulan la vida en él mundo físico de acuerdo con sus conexiones espirituales, esto es, la ley del Karma; y, finalmente, interna comprensión de la existencia de los grandes iniciados.

Cuando el discípulo ha alcanzado este grado se dice que se desvanecido toda *duda.* Su fe anterior, basada en la razón y en el sano pensar, queda reemplazada por un pleno saber y comprensión que nada puede quebrantar.

Las religiones, en sus ceremonias, sacramentos y ritos, han presentado trasuntos exteriormente visibles de acontecimientos y seres espirituales superiores. Sólo quienes no hayan penetrado todavía las profundidades de las grandes religiones podrán desconocer este hecho. Mas aquel que tenga una percepción personal de la realidad espiritual, comprenderá el significado de aquellos cultos exteriormente visibles. El mismo servicio religioso será entonces para él un trasunto de su propia comunión con el mundo espiritual.

He tratado de mostrar cómo el discípulo, por el ascenso nivel, se convierte realmente en un ser humano nuevo. Puede ahora, gracias a una progresiva madurez, alcanzar la facultad de dirigir, mediante las corrientes de su cuerpo etéreo, el elemento vital propiamente superior, y así emanciparse en alto grado de su cuerpo físico.

TRANSFORMACIÓN DE LA VIDA DE LOS SUEÑOS

Un indicio de que el discípulo ha alcanzado, o está por alcanzar, el grado de evolución descrito en el capítulo anterior, el cambio que se produce en la vida de sus sueños. Antes los sueños eran confusos y caprichosos; ahora comienzan a tener un carácter ordenado. Las imágenes empiezan a eslabonarse en forma razonable, tal como sucede con las representaciones de la vida cotidiana, pudiendo discernirse en ellas, causas y efectos. El contenido mismo de los sueños se va igualmente modificando: en tanto que anteriormente sólo percibían reminiscencias de la vida diurna, impresiones transformadas del medio circundante o de sus propias condiciones físicas, ahora surgen imágenes de un mundo antes desconocido. Al principio, no se altera el carácter *general* de la vida de los sueños, es decir, éstos siguen distinguiéndose de las representaciones de la vigilia por la peculiaridad de que manifiestan *simbólicamente* lo que quieren expresar. Ningún observador ato dejará de notar este carácter simbólico de los sueños: ejemplo, se sueña haber cogido un animal repugnante y se siente en la mano una sensación desagradable; al despertar, descubre que la mano estrechaba una punta de la colcha; percepción no se presenta en toda su realidad, sino por medio de una imagen simbólica; o quizá se sueña en que se huye de un perseguidor, hallándose uno sobrecogido de miedo, y al despertar uno advierte que durante el sueño tuvo un exceso de palpitaciones; una digestión pesada engendra también sueños inquietantes. De la misma manera, lo que ocurre en torno del durmiente se refleja simbólicamente en sus sueños: un reloj que da la hora puede evocar la imagen de un desfile de soldados marchando al son del tambor. Una silla que cae puede dar origen a todo un drama soñado, en el que el ruido producido por la caída se refleja como un disparo, y así podríamos continuar. También el sueño ordenado del discípulo cuyo cuerpo etéreo empieza a desarrollarse, retiene este modo simbólico de expresión, pero dejará de reflejar meramente los hechos del medio ambiente material y del propio cuerpo físico, pues conforme vayan regulándose los sueños motivados por estas últimas causas, se entremezclarán en ellos imágenes que expresan objetos y situaciones de otro mundo: he aquí las primeras experiencias más allá de la conciencia ordinaria.

Sin embargo, ningún verdadero ocultista tomará las experiencias transmitidas por el sueño como base de información fidedigna; deberán simplemente considerarse como *presagios* de un desarrollo superior. Pronto, y como resultado, los sueños del discípulo dejarán de sustraerse a la juiciosa dirección de la razón; por el contrario, ésta los regulará y ordenará tal como lo hace con las representaciones e impresiones de la vigilia. Se desvanece, pues, más y más, la diferencia entre la conciencia de la vida del sueño y la de la vigilia: el que sueña sigue despierto, en toda la extensión de la palabra, es decir, se siente dueño y en completo dominio de sus representaciones pictóricas.

Al estar soñando, el hombre se encuentra, efectivamente, en un mundo distinto del de los sentidos corporales; pero mientras no tenga sus órganos espirituales desarrollados, sólo es capaz de formarse, respecto de ese mundo, las consabidas ideas confusas. Ese mundo no tiene para él más realidad que la que tendría el mundo sensible para un ser apenas dotado de las formas más rudimentarias del ojo: De ahí que el hombre no pueda ver en aquel mundo más que las reminiscencias y reflejos de la vida ordinaria. Estos le son perceptibles durante el sueño, porque la misma alma entreteje sus experiencias diurnas, en forma de imágenes, en la sustancia que constituye aquel otro mundo. Adviértase que el hombre, paralelamente con su vida diurna ordinaria y consciente, vive una segunda vida inconsciente en aquel otro mundo. Graba en él, en forma de huella, todo cuanto percibe y piensa; huella que sólo se torna visible cuando las flores de loto están desarrolladas. Ahora bien, en todo ser humano existen ya ciertos débiles rudimentos de esas flores. Debido a esto no puede percibir nada durante la vigilia: son demasiado suaves las impresiones que recibe. El que

no podamos ver las estrellas durante el día se basa en razones similares: su visibilidad se extingue por el potente esplendor del sol. Del mismo modo, las débiles impresiones espirituales no pueden hacerse sentir frente a las poderosas impresiones que reciben los sentidos físicos. En cambio, durante el sueño, cerradas las ventanas de los sentidos, esas otras impresiones empiezan a fulgurar confusamente y el soñador adquiere conciencia de fenómenos que tienen lugar en otro mundo. Pero como ya se ha explicado, estas experiencias son, al principio meras huellas que la propia actividad representativa, ligada a sentidos físicos, ha grabado en el mundo espiritual. Sólo las desarrolladas flores de loto hacen posible que fenómenos no ''pertenecientes al mundo físico puedan manifestarse en éste; y el cuerpo etéreo, una vez desarrollado nos confiere la plena comprensión de tales manifestaciones procedentes de otros mundos. He ahí el comienzo de la vida y la actividad en un mundo nuevo; y al llegar este momento la disciplina oculta tendrá que fijar al discípulo una doble meta: primeramente deberá aprender a darse cuenta completa de todo cuanto observe en sus sueños, como si estuviera despierto, y, una vez logrado, deberá tratar de llevar a cabo las mismas observaciones durante el estado ordinario de la vigilia. Controlará su atención hacia las impresiones espirituales para que puedan conservarse frente a las impresiones sensorias sin desvanecerse, persistir sin interrupción *junto a ellas* y simultáneamente con ellas.

Cuando el discípulo haya adquirido 'esta facultad, aparecerá ante sus ojos espirituales algo del cuadro descrito en el capítulo precedente, y podrá discernir lo que el mundo espiritual contiene como causa del mundo físico. Por encima de todo será capaz de reconocer su Yo superior en el mundo material. Su próxima tarea consiste ahora en expandir su alma, por decirlo así, hasta llenar este Yo superior, esto es, hasta considerarlo realmente como su verdadero ser propio y obrar conforme a este concepto. Comprenderá y experimentará, cada vez con más intensidad, que su cuerpo físico y lo que anteriormente llamaba su "yo", ya no son sino instrumentos de su "Yo" superior, y frente a su yo inferior adquirirá un sentimiento análogo al que invade a una persona limitada al mundo sensible cuando se halla frente a un instrumento o vehículo del que hace uso. Al igual que nadie considera el vehículo en el cual viaja como parte de su "yo", aunque diga "yo viajo", así también el hombre evolucionado, al decir "yo atravieso la puerta", expresa realmente la idea "yo llevo mi cuerpo a través de la puerta". Sólo que esto ha de ser para él un concepto tan natural, que ni por un momento pierda terreno firme en el mundo físico ni se aleje nunca del mundo sensible. Si el discípulo ha de evitar el convertirse en un iluso visionario, no debe empobrecer su vida en el mundo material, sino enriquecerla por esta conciencia superior, tal como la enriquece el que se vale de un tren, en vez de sus pies, para recorrer cierta distancia.

Cuando el discípulo se haya elevado a tal vida en su Yo superior, o más bien ya durante el proceso de adquisición de la conciencia superior, aprenderá cómo despertar el poder perceptivo espiritual en el órgano del corazón y cómo dirigirlo mediante las corrientes descritas en el capítulo precedente. Este poder perceptivo es un elemento de una substancialidad superior que emana del órgano en cuestión y que, con bello resplandor, fluye a través de las flores de loto en movimiento y de los demás conductos del cuerpo etéreo desarrollado. De allí irradia hacia el exterior, hacia el mundo espiritual circundante, haciéndolo espiritualmente visible, al igual que la luz solar, al caer sobre los objetos materiales, los torna visibles.

La apreciación de cómo se genera este poder perceptivo en el órgano junto al corazón, no se alcanza sino en el curso mismo de su paulatino desarrollo.

Cuando el discípulo haya aprendido a proyectar este órgano ¿de percepción por todo su cuerpo etéreo y hacia el mundo exterior para iluminar los objetos, sólo entonces el mundo espiritual, en su conjunto de seres y objetos, le será claramente perceptible. Esto nos lleva a comprender que el pleno conocimiento de un objeto del mundo espiritual sólo es posible si el hombre mismo proyecta sobre aquél la luz espiritual. Ahora bien, el "yo" que crea este órgano de percepción, reside, no dentro, sino fuera del cuerpo físico, como hemos mostrado. El órgano de la región del corazón no es sino el lugar donde el hombre enciende, desde fuera, este órgano de luz espiritual. Si lo encendiera en otra

parte, las percepciones espirituales realizadas por este órgano carecerían de relación con el mundo físico. Todas las realidades espirituales superiores deben estar relacionadas con el mundo físico y precisamente el hombre ha de ser el medio de acción sobre ese mundo. Es a través del órgano de la región del corazón que el Yo superior sujeta al yo sensible y lo convierte en su instrumento.

Ahora bien, el sentimiento que el hombre evolucionado tiene frente a las cosas del mundo espiritual, difiere del que tiene el hombre sensorio frente al mundo físico. El hombre sensorio se encuentra en determinado lugar del mundo sensible, teniendo "fuera de él" los objetos que percibe. En cambio, el hombre espiritualmente evolucionado se siente como unido a los objetos espirituales de su percepción, como "en el interior" de ellos. En realidad, vaga de un lugar a otro del mundo espiritual, por lo que en el lenguaje de la ciencia oculta se le llama también el "vagabundo"; carece de hogar al principio. Sin embargo, si permaneciera en ese estado de mero vagabundeo, no podría determinar objeto alguno en el espacio espiritual. Así como un objeto o lugar en el espacio físico se determina relacionándolo con algún punto de referencia, así también hay que hacerlo en el otro mundo. Allí también el hombre tiene que escoger algún lugar, investigarlo con detenimiento y apoderarse espiritualmente de él. En este lugar tiene que establecer su hogar espiritual y relacionar con él todo lo demás. En él mundo terrenal el hombre lo percibe todo desde el punto de vista de su hogar, y así observamos que un berlinés da de Londres una descripción distinta que un parisiense. Y, no obstante, hay diferencia entre el hogar espiritual y el hogar físico. Hemos nacido en este último sin nuestra participación y absorbido instintivamente durante la juventud cierto caudal de representaciones que, en adelante, lo coloran todo involuntariamente. En cambio, el hogar espiritual ha sido formado por el discípulo con plena conciencia. Por tanto, con este hogar como base, formará su juicio en plena y clara libertad. Esta fundación de un hogar espiritual se llama, en el lenguaje de la ciencia oculta, "construir la morada".

La visión espiritual, en este grado de desarrollo, se extiende primeramente a las contrapartes espirituales del mundo físico, en cuanto existan en el llamado mundo astral, donde se encuentra todo lo que es de naturaleza similar a los instintos, sentimientos, pasiones y deseos humanos, ya que todos los objetos sensibles que rodean al hombre se relacionan con aquellas características humanas. Un cristal, por ejemplo, es moldeado por energías que, bajo la percepción espiritual, aparecen como un impulso activo del hombre. Fuerzas similares hacen que la savia circule por los vasos de la planta, que las flores se abran y las cápsulas de las semillas revienten. Para los órganos desarrollados de la percepción espiritual, todas estas fuerzas cobran forma y color, al igual que los objetos del mundo físico tienen forma y color para los ojos corporales. En esta fase de su desarrollo, el discípulo no solamente ve el cristal o la planta, sino también las consabidas fuerzas espirituales. Los instintos le son perceptibles, no solamente por las manifestaciones vitales externas de hombres y animales, sino también como objetos inmediatos, tal como ve las mesas y las sillas en el mundo físico. Todo el conjunto de instintos, apetitos, deseos y pasiones, tanto de un animal como de un ser humano, constituye la nube astral $_0$ aura que los envuelve.

Además, el clarividente puede percibir, en este grado de su desarrollo, objetos que se substraen casi, o por completo, a la percepción sensoria. Puede, por ejemplo, notar la diferencia astral entre una habitación llena de gente de baja mentalidad y otra llena de personas de espíritu elevado; no solamente la atmósfera física, sino también la espiritual de un hospital, se distingue de la de un salón de baile; una ciudad comercial tiene otra atmósfera astral que una ciudad universitaria. En las fases iniciales de la clarividencia, la facultad perceptiva frente a semejantes fenómenos está poco desarrollada; su relación con las percepciones antes referidas, es igual a la relación de la conciencia del sueño con la vigilia; pero el despertar será completo paulatinamente también en lo tocante, a este grado.

La más alta conquista del clarividente que ha alcanzado el susodicho grado de visión, es la que le revela las reacciones astrales de los instintos y pasiones de los animales y seres humanos. Una acción cariñosa va acompañada de un fenómeno astral muy distinto del de una acción inspirada por

el odio. El deseo desmesurado produce una contraparte astral repugnante, mientras que un sentimiento engendrado por una aspiración noble crea una contraparte hermosa. Estas contrapartes sólo son débilmente visibles durante la vida terrenal del hombre, pues mengua mucho su intensidad durante la vida del mundo sensorial. Por ejemplo, el deseo de un objeto produce determinada imagen refleja, además de la forma bajo la cual el deseo mismo aparece en el mundo astral; sin embargo, si el deseo es satisfecho por la obtención del objeto físico, o si, al menos, existe la posibilidad de satisfacerlo, entonces la imagen correlativa no pasa de débil vislumbre. No adquiere su cabal intensidad sino después de la muerte del individuo, cuando el alma, de acuerdo con su naturaleza, sigue abrigando tal deseo, sin poder ya satisfacerlo, porque le faltan tanto el objeto como el órgano corpóreo. Una persona de placeres sensuales, continúa teniendo, después de la muerte, el deseo de darle gusto a su paladar, por ejemplo; pero le falta la posibilidad de satisfacer ese deseo porque ya no tiene paladar. Esto da por resultado que el deseo engendre una contraimagen particularmente vehemente, por la cual el alma se siente atormentada. Las experiencias suscitadas después de la muerte por las contraimágenes de la naturaleza anímica inferior, se llaman "las experiencias en el reino anímico", especialmente en el lugar del deseo. Sólo cuando el alma se ha depurado de todo deseo que tienda hacia el mundo terrenal, es cuando se desvanecen esas experiencias; y sólo entonces asciende a regiones superiores, al mundo del Espíritu. Si bien esas contrapartes son débiles durante la vida terrenal, no por ello dejan de estar presentes acompañando al hombre como predisposición desiderativa, lo mismo que al cometa su cauda. El clarividente puede percibirlas, si ha alcanzado el escalón respectivo de su desarrollo.

Por semejantes experiencias y otras afines pasa el discípulo durante el estado descrito. En este grado de su evolución aún no puede adquirir experiencias espirituales más elevadas, sino que tiene que ascender por encima de este nivel.

LA CONTINUIDAD DE LA CONCIENCIA

La vida humana transcurre en tres estados que se alternan: vigilia, sueño con ensueños y sueño profundo. Comprenderemos cómo adquirir el conocimiento superior de los mundos espirituales si estudiamos los cambios que, respecto de estos tres estados, tiene que sufrir el que intenta buscar tal conocimiento. Antes de someterse a disciplina alguna para aquel logro, la conciencia humana es continuamente interrumpida por los intervalos de reposo del sueño durante los cuales el alma no tiene conciencia del mundo exterior ni de sí misma. Sólo de tiempo en tiempo emergen del océano brumoso de la inconsciencia los sueños, relacionados con acontecimientos del mundo circundante o con el estado del propio cuerpo. Generalmente, los sueños sólo se interpretan como una manifestación particular de la vida del sueño, por lo que comúnmente se habla nada más de dos estados: el sueño y la vigilia. Para la ciencia oculta, sin embargo, los sueños tienen su significado independiente de los otros dos estados. En el capítulo precedente se describieron las manifestaciones que sufren los sueños de aquel que pretende ascender al conocimiento superior. Sus sueños dejan de carecer de sentido, de ser irregulares e incoherentes y se van integrando cada vez más a un orbe regulado y coherente. Continuando el desarrollo, este orbe nuevo, nacido del mundo de los sueños, no sólo se equipara a la realidad sensible exterior, en lo que corresponde a su intrínseca veracidad, sino que en él se revelan hechos que representan una realidad superior, en toda la extensión de la palabra. Misterios y enigmas yacen ocultos doquiera en el mundo sensible, mundo que nos permite ver los efectos de ciertos hechos superiores, pero, concretada la percepción meramente a los sentidos, de ninguna manera llegar hasta las *causas.* Estas causas se revelan en parte al discípulo que se encuentra en dicho estado, estado en el qué, aunque originalmente derivado de la vida de los sueños, de ninguna manera permanece estacionario. Sin embargo, mientras no tenga asimismo tales percepciones durante la vigilia, el discípulo no puede considerarlas como conocimiento genuino. Logrará, al fin, desarrollar la facultad de trasladar a la conciencia de vigilia el estado que él mismo se ha creado, nacido en la vida, de los sueños. De esta manera, el mundo sensible se habrá enriquecido para él con algo completamente nuevo. Así como una persona, ciega

de nacimiento y operada con éxito, reconocerá que los objetos en su derredor se enriquecen con todo cuanto el ojo percibe, así también aquel que, de la manera indicada, se haya convertido en clarividente, percibirá todo el mundo circundante como dotado de nuevas cualidades, objetos, seres. Ya no tendrá necesidad de esperar los sueños' para vivir en otro mundo sino que, en cualquier momento puede lograr el estado descrito con el fin de una percepción superior. Este estado adquirirá para él un significado parecido al que tiene en la vida ordinaria, la percepción de las cosas mediante los sentidos activos, en contraste con esos mismos sentidos en estado inactivo. Verdaderamente puede decirse que el discípulo abre sus sentidos psíquicos y percibe lo inasequible a los sentidos corporales.

Ahora bien, este estado no constituye sino una transición hacia etapas del conocimiento todavía superiores. Si el discípulo continúa sus ejercicios esotéricos, descubrirá, a su debido tiempo, que el cambio radical antes citado no abarca solamente la vida de sus sueños, sino que la transformación se extiende también hacia lo que antes era el sueño profundo, es decir, sin soñar. Notará que conscientes experiencias aisladas empiezan a interrumpir la completa insensibilidad que antes caracterizaba el dormir, pues que de entre las tinieblas profundas del sueño emergen percepciones de un género antes desconocido. Naturalmente, no es cosa fácil describirlas, ya que adaptado nuestro lenguaje sólo al mundo sensible, únicamente ofrece términos aproximados para algo que no forma parte de él. Con todo, y puesto que tenemos que utilizar estas palabras para la descripción de los mundos superiores, habremos de recurrir al libre uso de parábolas. Es posible proceder en esta forma considerando que todo el mundo está relacionado. Las cosas y los seres de los mundos superiores tienen vínculos con el mundo físico hasta el grado de permitir, con cierta buena voluntad, que podamos tener idea de esos mundos superiores, aun mediante el uso de términos acuñados para el mundo sensible. Algo no debe perderse de vista, sin embargo: el que las descripciones de los mundos suprasensibles tienen qu$_e$ expresarse, en gran parte, en forma de parábola o símbolo. De ahí que las palabras del lenguaje corriente se utilicen sólo para una parte de la disciplina oculta; para lo demás el discípulo aprenderá, como resultado muy natural de su ascenso, un modo simbólico de expresión. El conocimiento de este lenguaje se adquiere en el curso mismo de la disciplina oculta, lo cual no impide que se aprenda algo de la naturaleza de los mundos superiores aun mediante descripciones tan elementales como las que aquí ofrecemos.

Para dar una idea de las expresiones que por primera vez surgen del océano de la inconsciencia que caracteriza el sueño profundo, lo mejor será compararlas a una especie de *audición.* Podría hablarse de una percepción de sonidos y palabras. Así como las experiencias que se tienen al dormir soñando, guardan cierto parentesco con una especie de *visión* de entre las percepciones sensorias, los hechos observados en el sueño profundo pueden sugerirnos impresiones auditivas. Hacemos notar aquí, de paso, que también en los mundos espirituales la facultad de la visión es de índole superior a la auditiva. Allí también los colores son de superior categoría a los sonidos y a las palabras. Sin embargo, las *primeras* percepciones del discípulo en ese mundo *todavía no* se extienden a aquellos colores superiores, sino sólo a los sonidos inferiores; pero como el hombre, de acuerdo con su general desenvolvimiento, tiene más afinidad con el mundo que se le revela en los sueños, puede desde un principio percibir en él los colores. Se halla menos preparado para el mundo superior que se le hace consciente en el sueño profundo; por lo que su manifestación se lleva a cabo mediante sonidos y palabras; será más tarde que el discípulo podrá también allí ascender a colores y formas.

Ahora bien, tan pronto como el discípulo se dé cuenta de tener esas experiencias durante el sueño profundo, su primera finalidad es conseguir que sean tan claras y nítidas como posible. Al principio, esto es muy difícil, pues extremadamente tenue es la percepción de lo que se experimenta en este estado en su inicio. Al despertar, el discípulo sí sabe que ha tenido una experiencia; pero ignora por completo su naturaleza. Lo más importante en esta situación inicial es permanecer tranquilo y sereno, sin dejarse llevar en ningún momento por la impaciencia o el desasosiego, totalmente, contraproducentes: en lugar de acelerar el progreso lo dilatarían. El discípulo tiene que entregarse plácidamente a lo que recibe como regalo; reprimir toda violencia. Si en un momento dado no puede

darse cuenta de las experiencias tenidas durante el sueño, esperará con paciencia hasta que le sea posible, y este momento llegará con toda seguridad. La facultad perceptiva, si el discípulo aguardó con paciencia y serenidad, se convertirá en posesión segura, en tanto que si surgiera momentáneamente como resultado de un imperativo violento, quizá se perdería del todo por mucho tiempo.

Una vez adquirida esta facultad perceptiva y lograda la clara y lúcida conciencia de las experiencias del sueño, el discípulo deberá dirigir su atención hacia lo siguiente. Las experiencias que hemos descrito son de dos clases, claramente diferenciadas: las primeras totalmente ajenas a todo cuanto el estudiante jamás haya conocido. Ellas pueden ser fuente de placer y de virtud, pero por el momento, no debe pretender investigarlas. Ellas son las primeras precursoras del mundo espiritual superior en el que el discípulo no se orientará sino más adelante. En la otra clase de experiencias el observador atento descubre cierta relación con el mundo ordinario en que vive. Los temas de sus reflexiones en la vida cotidiana, los misterios de las cosas que le rodean y que quisiera comprender sin que le sea posible con su intelecto ordinario, sobre todo esto le dan la clave las experiencias vividas durante el sueño. Durante su diario vivir el hombre reflexiona sobre lo que constituye su medio ambiente; su mente se esfuerza en entender las relaciones que existen entre las cosas; trata de captar, por medio de conceptos, lo que perciben sus sentidos. A esta búsqueda se refieren sus experiencias durante el sueño. Lo que antes eran conceptos oscuros y nebulosos, cobra ahora sonoridad viviente, sólo comparable a los sonidos y palabras del mundo sensible; cada vez más le parecerá al discípulo como si la solución de los enigmas que le llevan a reflexionar le fuese susurrada en sonidos y palabras desde un mundo superior. Y será capaz de relacionar con la vida ordinaria lo que así le llega de ese mundo. Lo que antes sólo era accesible a su pensamiento, ahora se convierte en vivencia, tan clara y substancial como pueda serlo la experiencia más vivida de nuestro mundo sensible. Las cosas y los seres del mundo sensible en manera alguna son sólo lo que parecen ser a la percepción sensoria, sino que son expresión y efluvio de un mundo espiritual. Este mundo del Espíritu, otrora oculto para el discípulo, ahora resuena para él desde la totalidad de su medio circundante.

Fácil es de comprender que esta facultad perceptiva superior sólo puede resultar benéfica para el hombre, si los sentidos psíquicos que se le han despertado están en perfecto orden, lo mismo que los órganos sensorios ordinarios sólo son útiles para la observación exacta del mundo si están regular y normalmente constituidos. Es el hombre mismo quien desenvuelve esos sentidos superiores mediante los ejercicios indicados por la Ciencia Espiritual, entre los que figura la concentración, esto es, el enfoque de la atención sobre representaciones y conceptos bien definidos, relacionados con los misterios del universo, y la meditación, que es la vida en tales ideas, así como el abismarse completamente en ellas en forma correcta. Mediante la concentración y la meditación, el hombre actúa sobre su alma y desarrolla en ella los órganos psíquicos de la percepción. Mientras así se dedique a las tareas de la concentración y de la meditación, su alma irá creciendo dentro de su cuerpo lo mismo que el embrión crece en el seno de la madre. Cuando las experiencias aisladas que hemos descrito empiecen a aparecer durante el sueño, es que se acerca el momento del nacimiento del alma liberada: literalmente se ha convertido en un nuevo ser, gestado y madurado por el hombre mismo. De ahí que los esfuerzos de la concentración y la meditación requieran una esmerada y exacta observación porque contienen las leyes inherentes a la germinación y madurez del ser psíquico superior del hombre. Este ser psíquico debe aparecer en su nacimiento como un organismo armonioso y bien proporcionado; de sufrir alguna omisión en la observación de las reglas, en vez de un ser normal resultaría, en la esfera espiritual, un aborto incapaz de la vida.

El que este ser psíquico empiece a nacer durante el sueño profundo, se comprende fácilmente si se tiene en cuenta que este organismo, endeble y todavía poco resistente, no podría subsistir contra las brusquedades y asperezas de esta vida en el caso de aparecer durante la vida ordinaria: su actividad quedaría anulada frente a la del cuerpo. Durante el sueño, sin embargo, cuando el cuerpo descansa en lo que corresponde a su actividad dependiente de la *percepción* sensoria, la actividad del alma

superior, tan delicada e inconspicua al principio, puede hacerse evidente. *De nuevo* procure el discípulo no considerar como válido conocimiento las experiencias adquiridas durante el sueño, mientras no se halle capacitado para trasladar también su despierta alma superior a la conciencia de la vigilia. La adquisición de esta facultad le permite percibir el mundo espiritual en su propio carácter íntimo durante y dentro de las experiencias cotidianas; es decir, puede concebir psíquicamente, como sonidos y palabras, los secretos existentes en su derredor.

En esta fase de su desarrollo, el discípulo tiene que darse cuenta de que se encuentra, por lo pronto, ante experiencias espirituales más o menos aisladas e inconexas. Tiene, pues, que abstenerse de construir, con base en ellas, sistema alguno de conocimiento acabado, ni tan siquiera coherente, pues en tal caso, toda clase de conceptos e ideas fantásticas se deslizarían en el alma, y fácilmente se llegaría a construir un mundo que nada tendría que ver con el verdadero mundo espiritual. El discípulo tiene que practicar continuamente el más riguroso dominio de sí mismo, y el más indicado método consiste en esforzarse por percibir, con creciente claridad, las genuinas experiencias aisladas y en esperar la espontánea llegada de nuevas experiencias, que puedan asociarse, como por propia afinidad, con las precedentes. En virtud del poder del mundo espiritual donde encontró su camino, y por medio de la constante aplicación de los ejercicios adecuados, el discípulo experimenta una expansión progresiva de la conciencia durante el sueño profundo. Más y más experiencias emergen de la inconsciencia, y son cada vez más cortos los períodos inconscientes de la vida del sueño. En esta forma van asociándose cada vez más estas experiencias aisladas, por sí mismas, sin que esta genuina Unión se vea perturbada por otra clase de combinaciones e inferencias, que en todo caso tendrían su origen en un intelecto acostumbrado al mundo sensible. Cuanto menos se entremezclen indebidamente los hábitos de pensar de nuestro mundo material en las vivencias superiores, tanto mejor será. Conduciéndose así, el discípulo va acercándose progresivamente a aquella etapa del sendero del conocimiento superior que le permita transformar en estados completamente conscientes, los antes inconscientes de la vida del sueño. Durante el reposo del cuerpo, el discípulo vivirá dentro de un medio tan real como lo es el de la vigilia. Huelga decir que* al principio, la realidad que se observa durante el sueño es distinta de la realidad sensible que rodea el cuerpo físico, y el discípulo aprende, o tiene que aprender, a relacionar con su medio sensible circundante sus experiencias superiores obtenidas durante el sueño, si no quiere dejar de pisar terreno firme dentro del mundo sensible y convertirse en visionario. Al principio, sin embargo, el mundo captado durante el sueño es una revelación completamente nueva. Esta etapa importante de la evolución, caracterizada por la perdurabilidad de la conciencia durante el sueño, se llama, en la Ciencia Espiritual, "continuidad de la conciencia". El estado a que aquí se alude representa, para cierto grado del desarrollo, una especie de "ideal", asequible al extremo de un largo camino. Lo que el discípulo conoce primero es la expansión de la conciencia hacia dos estados psíquicos: en uno de ellos, el primero, antes sólo percibía sueños desordenados; el segundo corresponde al sueño inconsciente, sin sueños.

Aquel que haya alcanzado este grado continuará teniendo experiencias y enriqueciendo sus conocimientos durante los períodos en que su cuerpo físico se encuentre en reposo y en los que su alma no reciba impresiones mediante los órganos sensorios.

DISOCIACIÓN DE LA PERSONALIDAD DURANTE LA DISCIPLINA ESPIRITUAL

Durante el sueño, el alma humana no recibe mensaje alguno mediante los órganos sensorios, lo que implica que las percepciones del mundo exterior ordinario no fluyen hacia ella. En cierto sentido el alma está positivamente *fuera* de la parte de la entidad humana, —el llamado cuerpo físico—, que durante la vigilia hace posibles las percepciones sensorias y el pensar; está conectada solamente con los principios más sutiles, —cuerpo etéreo y astral—, que se sustraen a la observación de los sentidos físicos. Mas no es de imaginar que la actividad de estos principios más sutiles vaya a suspenderse durante el sueño. Tal como el cuerpo físico está conectado con las cosas y los seres del

mundo material, siendo afectado por ellos y afectándolos a su vez, así también el alma vive en un mundo superior, vida que persiste durante el sueño. Efectivamente, durante el sueño el alma se halla en plena actividad, si bien nada podemos saber de ésta en tanto no tengamos los órganos de la percepción espiritual que nos permiten observar durante el sueño lo que pasa en torno nuestro y lo que nosotros mismos estamos haciendo, en analogía a como durante el día observamos nuestro medio físico con nuestros sentidos ordinarios. Como se expuso en los capítulos precedentes, la disciplina oculta consiste en el desarrollo de tales órganos de la percepción espiritual.

Ahora bien, si por la disciplina oculta se transforma la vida del estudiante durante el sueño tal como se ha descrito en el capítulo anterior, entonces será él capaz de darse cuenta cabal, mientras esté en tal estado, de lo que sucede en torno suyo; de orientarse a voluntad en su medio ambiente, tal como durante la vigilia encuentra su camino mediante las sentidos ordinarios. Es oportuno notar aquí que la percepción del medio sensible ordinario requiere un grado superior de clarividencia, lo que ya ha sido indicado en el capítulo precedente. En la fase inicial de su desarrollo, el discípulo sólo percibe cosas pertenecientes a otro mundo, sin que sea capaz de discernir su conexión con los objetos del mundo exterior.

Estas características de la vida durante el sueño y los sueños ilustran lo que continuamente sucede en el ser humano. El alma vive ininterrumpidamente en los mundos superiores donde despliega su actividad y donde cobra los impulsos para su incesante acción sobre el cuerpo físico; pero el hombre ordinario *no* tiene *conciencia* de esta su vida superior, conciencia que adquirirá el discípulo y de este modo transformará toda su vida. En tanto que el alma no es *vidente* en sentido superior, es guiada por elevados seres cósmicos. Y al igual que la vida de un ciego será distinta si recobra la vista mediante una operación, ya no necesitará de guía, asimismo cambiará la vida del hombre gracias a la disciplina oculta. Se emancipará de la necesidad de ser conducido y se guiará por sí mismo. Es obvio que desde ese momento estará sujeto a errores no sospechados por la conciencia ordinaria; actuará desde un mundo de donde anteriormente lo influían potencias superiores sin que él hubiera tenido conciencia de ello. Estas potencias superiores están ordenadas por la armonía universal cósmica; y el discípulo se sustraerá a ella, ya que, en lo sucesivo, él mismo tendrá que ejecutar actos que antes habían sido realizados para él, sin su participación.

A esto obedece que en los libros que tratan de estas materias se hable frecuentemente de los peligros inherentes al ascenso a los mundos superiores, peligros cuyas descripciones pueden intimidar a temperamentos apocados. Conviene insistir que tales peligros sólo existen si se descuidan las precauciones necesarias; en tanto que, si realmente se adoptan las medidas aconsejadas, se llevará a cabo el ascenso a través de vivencias cuya potencia y magnitud, a pesar de sobrepasar la más osada fantasía del hombre, no podrá acarrear perjuicio alguno para la salud o la vida; El discípulo se encontrará con potencias que por doquiera amenazan la vida y le será posible incluso valerse de ciertas energías y seres que existen más allá de la percepción sensoria. Imperiosa es la tentación de adueñarse de esas fuerzas para fines de un interés personal ilícito o para hacer mal uso de ellas en su equívoco conocimiento de los mundos superiores. Algunas de estas importantes experiencias, por ejemplo el encuentro con el "guardián del umbral", se describirán en los capítulos siguientes. Sin embargo, hay que considerar que las potencias hostiles a la vida están presentes, aun cuando no se las conozca. Sin duda su relación con el hombre está, en este caso, determinada por poderes superiores, relación que se modifica al entrar el individuo conscientemente en el mundo que antes se le mantenía oculto. Pero al mismo tiempo esto irá acompañado de una exaltación de la propia existencia y de un enriquecimiento de su vida por un amplio y nuevo campo de experiencias. El peligro verdadero puede surgir si el discípulo, por impaciencia o arrogancia, asume demasiado pronto cierta independencia frente a las realidades del mundo superior; si no puede esperar hasta comprender realmente las leyes suprasensibles. En estos dominios, la humildad y la modestia son palabras menos vanas que en la vida ordinaria. Si el discípulo posee estas cualidades en el mejor sentido, podrá estar seguro de su paso a la vida superior, sin peligro para todo lo que comúnmente se llama salud y vida. Ante todo, no debe surgir discordancia alguna entre las experiencias superiores

y los hechos y requerimientos de la vida cotidiana. El hombre, evidentemente, ha de buscar su misión en esta Tierra, y quien pretenda rehuirla, tratando de escapar hacia otro mundo, puede estar seguro de que nunca alcanzará su meta. A pesar de esto no hay que olvidar que los sentidos no perciben sino una parte del mundo, y que en la espiritual residen los seres que se manifiestan en los acontecimientos dé la material. El ser humanó ha de participar del Espíritu para poder llevar sus manifestaciones a la realidad sensible; ha de transformar la Tierra implantando en ella lo que ha captado en planos superiores; sólo porque el hombre no puede verdaderamente actuar en la tierra si no participa de esos mundos donde se mantienen ocultas las fuerzas creadoras sólo por esto ha de tener el anhelo de ascender hasta ellos. Nadie que se acerque a la disciplina oculta con esta disposición de ánimo y que esté dispuesto a no desviarse, ni por un momento, de la pauta así marcada, tendrá que temer el menor peligro. Nadie deberá permitir que la posibilidad de tales peligros le lleve a desistir de esa disciplina; por el contrario, tal perspectiva debe ser para el hombre intenso acicate que le mueva a adquirir las cualidades que son indispensables al verdadero discípulo de la ciencia oculta.

Hechas estas observaciones preliminares con el fin de descartar todo elemento de terror, vamos a describir algunos de los "peligros". Es verdad que se operan grandes cambios en los cuerpos más sutiles del discípulo, cambios relacionados con ciertos procesos evolutivos de tres fundamentales energías psíquicas: la de la *voluntad,* del *sentimiento* y del *pensamiento.* Antes de que se lleve a cabo el entrenamiento oculto, estas tres fuerzas están sujetas a una definida relación prescrita por leyes cósmicas superiores. El ser humano no *quiere [1], siente o piensa* arbitrariamente.

Cuando, por ejemplo, surge determinado pensamiento en la conciencia, con él se asocia, de acuerdo con leyes naturales, un sentimiento peculiar; o se vincula con una volición en secuela igualmente natural. Veamos las reacciones naturales: si al entrar a una habitación encontramos su atmósfera pesada, abrimos las ventanas; si oímos llamar nuestro nombre, atendemos la llamada; si se nos pregunta, contestamos; si percibimos un objeto mal oliente, experimentamos repugnancia. He ahí sencillas asociaciones entre el pensar, el sentir y el querer. Al examinar la vida humana, comprobaremos que todo en ella está basado en tales asociaciones y que la vida ni siquiera se califica de "normal" si no se observa en ella tal asociación entre ese pensar, sentir y querer, resultado de las leyes de la naturaleza humana. Consideraríase como contrario a estas leyes si alguien, por ejemplo, experimentara placer al percibir un objeto mal oliente o si no respondiese al hacérsele una pregunta. Los éxitos que se esperan de una buena educación o de una adecuada instrucción se basan en el supuesto de que se puede establecer en el alumno la asociación entre pensar, sentir y querer, ligada con la naturaleza humana. Si se le imparten ciertas nociones, es para que más adelante las asocie debidamente' con sus sentimientos y voliciones.

Todo esto parte del hecho de que en forma debidamente definida los centros de las tres energías, —pensar, sentir, querer—, se asocian con los vehículos más sutiles del alma humana. Esta existente asociación del organismo psíquico más delicado tiene su contraparte en el grosero cuerpo físico. También en este último tienen una conexión bien definida con los del pensar y del sentir los órganos de la voluntad: determinado pensamiento evoca un sentimiento o una actividad volitiva. En el curso del desarrollo superior del hombre quedan rotos los vínculos entre las tres fuerzas fundamentales. Al principio, esta ruptura sólo acontece dentro del organismo psíquico más sutil; pero en una etapa más elevada, la separación abarcará también el cuerpo físico. Es un hecho que durante el desarrollo espiritual el cerebro humano se divide en tres partes separadas, separación que por no ser perceptible a los sentidos ordinarios, no puede demostrarse con los instrumentos más sensibles; no obstante, la separación se efectúa y el clarividente sí tiene medios de observarla. El cerebro del clarividente avanzado se divide, pues, en tres centros de actividad independiente: el cerebro del pensamiento, el del sentimiento y el de la voluntad.

1) En lo que sigue, el verbo querer Implicará manifestación de voluntad. (N. d. Tr.).

Así, los órganos del pensar, del sentir y del querer, quedan emancipados de toda dependencia recíproca. En adelante, ya no dependerá la asociación de sus leyes inmanentes, ya que la despierta conciencia superior del hombre será la que la rija. El cambio psíquico que el discípulo observa es que ya no se establece conexión alguna entre una representación y un sentimiento, o entre un sentimiento y una volición, etc., a menos que él mismo la cree. Ningún impulso lo impele de un sentimiento a una acción, sino es él quien, libremente, engendra tal impulso. Ahora puede encararse, libre de todo sentimiento, ante un hecho que, antes de su discipulado, le habría suscitado un amor ferviente o un odio amargo; puede permanecer inactivo frente a un pensamiento que antes le habría impulsado a la acción como si fuera espontánea; en cambio, puede realizar actos por decisión de su voluntad, decisión que carece del más ligero móvil para todo aquel que no haya sufrido la disciplina oculta. La coronación de los esfuerzos del discípulo es el absoluto dominio de la actividad coordinada de las tres fuerzas del alma; actividad supeditada a su propia responsabilidad.

Sólo mediante esta transformación de su ser, puede el hombre entrar en relación consciente con ciertas fuerzas y seres suprasensibles, puesto que existe una afinidad entre las energías de su propia alma y ciertas fuerzas fundamentales del mundo. Por ejemplo, la fuerza inherente a la voluntad puede afectar determinadas cosas y seres del mundo superior, y también percibirlos; pero esto sólo le será posible cuando se haya liberado de la conexión que, dentro del alma, la vinculaba con el sentir y el pensar. Una vez desligada esta conexión, puede exteriorizarse la actividad volitiva, y otro tanto ocurre con las fuerzas del pensar y del sentir. Un sentimiento de odio que alguien emite es visible para el clarividente cual fina nube luminosa de tinte determinado; y el clarividente puede rechazar ese sentimiento tal como el hombre físico detener el golpe que se le dirija. En el mundo suprasensible, el odio se convierte en fenómeno visible; pero el clarividente sólo puede percibirlo en tanto que es capaz de proyectar hacia fuera la fuerza inherente en su sensibilidad, del mismo modo que el hombre corriente ofrece al mundo exterior la receptividad de su ojo. Y lo que decimos del odio, ocurre también con hechos mucho más importantes del mundo físico. El discípulo puede entrar en consciente relación con ellos por la liberación de las energías fundamentales de su alma.

Debido a esta separación de las energías del pensar, del sentir y del querer, surge la posibilidad, si el discípulo desatiende los preceptos de la ciencia oculta, de un triple extravío en el curso evolutivo del hombre. Tal extravío puede ocurrir si las conexiones se cortan antes que la conciencia superior haya desarrollado su poder cognoscitivo lo suficiente para poder manejar como es debido las riendas que hacen posible que las fuerzas separadas se combinen en una libre actividad armoniosa. Por regla general, las tres energías fundamentales del hombre, en cualquier momento de la vida no están igualmente avanzadas en su desarrollo. En algunas personas el pensar se ha adelantado al sentir y al querer; en otras cualquier energía psíquica predomina sobre sus hermanas. Ahora bien, mientras se mantenga la conexión de estas fuerzas tal como está establecido por las superiores leyes cósmicas, el predominio de una u otra de esas energías no puede causar irregularidad que, en un sentido superior, resulte dañina. Una voluntad predominante queda compensada por el pensar y el sentir, y así se evita que la voluntad incurra en excesos. Sin embargo, cuando alguien en quien señoree la voluntad emprenda la disciplina oculta, el pensamiento y el sentimiento dejarán de ejercer su influencia reguladora sobre ella, la que tratará incesantemente de imponer su enorme poder. Si, entonces, tal persona no ha avanzado lo suficiente para poder dominar su conciencia superior y crear por sí misma la armonía, la voluntad seguirá desenfrenada su propio camino, supeditando continuamente a su poseedor. El sentir y el pensar caerán en una impotencia absoluta y el hombre actuará como aguijoneado por una voluntad tiránica que lo esclaviza. El resultado será un *carácter despótico,* que pasa desenfrenadamente de una acción a otra.

La segunda aberración se produce cuando el sentimiento se emancipa de las leyes que lo controlan. Una persona inclinada a la veneración puede hundirse en una dependencia ilimitada, hasta el grado de perder toda voluntad y todo pensamiento personales. En este caso, en vez de llegar al conocimiento superior, tal persona se vería condenada a la más lastimosa anulación y debilidad; en

otro aspecto, de tratarse de un temperamento inclinado hacia el misticismo, podría verse arrastrado por un arrebato religioso sin medida.

El tercer mal surge cuando existe el predominio del pensar, cuyo resultado es una naturaleza contemplativa, hostil a la vida y recluida dentro de sí misma. Para ese tipo de personas el mundo carece de importancia, salvo en cuanto les suministra oportunidad de satisfacer su sed de saber, exaltada hasta lo increíble. Ningún pensamiento las impulsa a una acción o a un sentimiento; aparecen como seres indiferentes y fríos rehuyendo todo contacto con la realidad ordinaria: les repugna o, en todo caso, ha perdido para ellos todo significado.

He aquí, pues, los tres extraviados caminos hacia los cuales puede el discípulo ir a parar: el despotismo del carácter, el emocionalismo sentimental, y el frío, impasible esfuerzo hacia el saber. Desde el punto- de vista externo, así como del materialista de la medicina oficial, tal persona descarriada apenas si se distingue, sobre todo en grado, de un demente, o cuando menos de un profundo neurótico. Claro está que el discípulo no debe parecerse a ella. Lo esencial para él es que las tres energías fundamentales del alma, el pensar, el sentir y el querer, se hayan desarrollado armoniosamente antes de desligarse de su conexión inherente y de subordinarse a la liberada conciencia superior, pues una vez cometido el error y arrastrada en el desenfreno una de las fuerzas psíquicas fundamentales, el alma superior nace como un aborto. La fuerza indómita satura por completo la personalidad del hombre y, por mucho tiempo, no hay esperanza de restablecer el equilibrio. Lo que en una persona sin disciplina oculta aparece como inocente predisposición, a saber, el predominio del pensar, del sentir o del querer, se intensifica a tal grado en el discípulo que el predominio ahoga el elemento humano universal, necesario para la vida.

Sin embargo, todo esto no se torna peligroso hasta el momento en que el discípulo adquiera la facultad de experimentar, durante la vigilia, lo mismo que experimenta su conciencia en el sueño. En cuanto se trate solamente de iluminar los intervalos del sueño, la vida de los sentidos, regulada por las leyes cósmicas universales, seguirá reaccionando durante la vigilia sobre el equilibrio psíquico perturbado tendiendo a restablecerlo. De ahí que sea tan esencial que la vida de la vigilia del discípulo sea en todo sentido ordenada y sana. Cuanto mejor capacitado esté para satisfacer las exigencias que el mundo exterior demande de una constitución sana y vigorosa de cuerpo, alma y espíritu, tanto mejor para él. En cambio, le sería muy perjudicial si su vida de vigilia le afectara de manera provocativa o irritante, es decir, si externas influencias destructivas o inhibidoras se sumaran a los grandes cambios que ocurren en su interior. El discípulo buscará todo cuanto, de acuerdo con sus poderes y facultades, tienda a favorecer una convivencia serena y armoniosa con su medio ambiente, y evitará todo lo que mengüe esta armonía e introduzca desasosiego e inquietud en su vida. Lo importante no es tanto el desembarazarse superficialmente del desasosiego y de la inquietud, sino más bien el procurar que el estado de ánimo, las intenciones, los pensamientos y la salud corpórea, no estén expuestos por su causa a continuas fluctuaciones. Todo esto no es tan fácil de cumplir para el discípulo como lo era antes de la disciplina oculta ya que las experiencias superiores, entretejidas ahora en su Vida, obran sin interrupción sobre toda su existencia. Si en alguna de ellas existe una anomalía, ésta le acecha continuamente para desviarlo, en la primera oportunidad, del camino recto. Por tanto, no debe el discípulo descuidar nada de cuanto le permita mantener el dominio completo de todo su ser; nunca debe faltarle presencia de ánimo, ni una reposada perspicacia en todas las situaciones en que se encuentre. En el fondo, una disciplina oculta genuina engendra por sí misma todas estas cualidades, y, a medida que el discípulo avanza, aprende a conocer los peligros y a adquirir simultáneamente y en el momento oportuno el poder completo para vencerlos.

EL GUARDIÁN DEL UMBRAL

Entre las experiencias importantes del discípulo que asciende a los mundos superiores, figura su encuentro con el "guardián del umbral"; no con uno propiamente, sino con dos: el "menor" y el "mayor". El discípulo encontrará al primero cuando empiecen a desligarse, en la forma anteriormente descrita, los lazos de unión entre el querer, el pensar y el sentir, en los cuerpos más sutiles, el astral y el etéreo. El encuentro con el "guardián mayor del umbral" ocurrirá cuando esta separación de las conexiones se extienda también a las partes físicas del cuerpo, particularmente, al principio, al cerebro.

El "guardián menor del umbral" es un ser autónomo; no existe para el hombre antes que éste haya alcanzado el grado respectivo de desarrollo. Aquí pueden indicarse algunas de sus características más esenciales.

Comenzaremos por tratar de describir, en forma narrativa, el encuentro del discípulo con ese "guardián", encuentro que hace al discípulo consciente de que su pensar, su sentir y su querer, se han desligado de su conexión inherente.

Es un ser espectral y amedrentador que se levantará ante el discípulo y que hará necesaria toda su presencia de ánimo y toda su confianza en la firmeza de su sendero, para la adquisición de todo lo cual tuvo amplia oportunidad en el curso previo de su disciplina.

El "guardián" patentiza su significado aproximadamente en las siguientes palabras: "Hasta ahora, potencias para ti invisibles dirigieron tu destino. Gracias a su actividad, durante el curso de tus vidas anteriores hasta el momento presente, tus buenas acciones recibieron su recompensa y tus malas acciones suscitaron resultados funestos. Bajo su influencia, tu carácter se ha ido formando con tus experiencias de la vida y con tus pensamientos: forjaron tu destino. Fueron ellas las que te asignaron en cada una de tus encarnaciones la medida del goce y del dolor, de acuerdo con tu conducta en pasadas existencias. Reinaban sobre ti como la ley omnímoda del Karma. Estas potencias te eximirán ahora de parte de la influencia restrictiva que sobre ti ejercían y que te queda, en consecuencia, traspasada. Varios han sido los golpes que el destino te ha infligido y sin saber el por qué: eran las consecuencias de una mala acción en una de tus vidas anteriores. Encontraste felicidad y alegría y las aceptaste tal como vinieron: eran igualmente los frutos de pasadas acciones. Tu carácter presenta rasgos hermosos y lacras repugnantes: tú mismo has causado unos y otras con tus experiencias y pensamientos anteriores, que si bien te eran desconocidos se te hacían evidentes en sus efectos. Las potencias kármicas, sin embargo, veían todas las acciones de tus vidas pretéritas, todos tus pensamientos y sentimientos más recónditos, y determinaron consecuentemente tu modo actual de ser y de vivir.

"De ahora en adelante, a ti mismo se te revelarán todos los aspectos buenos y malos y de lo que hiciste. Han estado entretejidos hasta ahora en tu propio ser; estaban dentro de ti y tú no podías verlos, como no puedes ver tu propio cerebro con los ojos físicos. Mas ahora se liberarán de ti, se separarán de tu personalidad; asumirán una forma independiente que te será visible, tal como puedes ver las piedras y las plantas del mundo exterior. Y... yo soy ese mismo ser, que modeló un cuerpo con tus acciones nobles y viles. Mi forma espectral está tejida con la substancia del libro de cuentas de tu propia vida. Invisible me llevaste hasta ahora dentro de ti; y benéfico para ti ha sido el que así fuera, pues la sabiduría de tu destino, aunque oculta para ti, ha trabajado hasta ahora desde tu interior, para borrar de mi aspecto aquellas lacras repugnantes. Ahora que he salido de ti, también se ha alejado esta sabiduría oculta, y en adelante no se ocupará más de ti; dejará ese trabajo únicamente en tus propias manos. Necesito convertirme en ser perfecto y glorioso; de lo contrario, sería presa de la corrupción, *y* si esto último sucediera, te arrastraría conmigo a un mundo oscuro y depravado. Para evitarlo, tu propia sabiduría tendrá que ensancharse hasta que pueda hacerse cargo de la tarea de aquella sabiduría oculta, que se ha separado de ti. Una vez que hayas cruzado mi umbral, ya no me

apartaré ni un instante de tu lado, como forma visible para ti. Cuando en lo futuro obres o pienses incorrectamente, al punto notarás tu falta como una desfiguración repugnante y demoníaca de mi forma; sólo cuando te hayas purificado de manera que ya no te sea posible cometer maldad alguna, será cuando me habré transformado en ser de belleza radiante. Entonces podré unirme nuevamente a ti formando contigo un solo ser, en beneficio de tu actividad futura.

"Mi umbral está formado por los temores y vacilaciones que todavía subsisten en ti ante el esfuerzo que necesitas para asumir personalmente la responsabilidad íntegra de todo cuanto hagas y pienses. En tanto perdure en ti la menor huella de temor para dirigir tú mismo tu destino, carecerá este umbral de lo que necesite contener. Y mientras le falte una piedra tan sólo, tendrás que detenerte como paralizado ante él o tropezar con él. No trates de atravesarlo antes de sentirte completamente libre de miedo y dispuesto a la más alta responsabilidad.

"Hasta ahora, yo sólo salía de tu personalidad cuando la muerte te llamaba de tus vidas terrenales, pero aun entonces, mi forma permanecía velada para ti. Sólo me veían las potencias que dirigían tu destino y según mi aspecto plasmaban, durante los intervalos entre la muerte y un nuevo nacimiento, la fuerza y la capacidad que necesitabas para embellecer mi forma, en beneficio de tu progreso en una nueva vida terrenal.

Era yo precisamente quien, por mi imperfección, obligaba una y otra vez a las potencias del destino a que reencarnaras de nuevo. Presente estaba en la hora de cada una de tus muertes, y por mí, los dirigentes del Karma disponían de tu renacimiento. Solamente por esta inconsciente transformación mía hacia la perfección en el curso de tales encarnaciones, te habrías sustraído a las potencias de la muerte y entrado en la inmortalidad identificado conmigo.

"Y así como en la hora de la muerte estuve siempre a tu lado, aunque invisible, heme ahora ante ti en forma visible; y cuando hayas cruzado mi umbral, entrarás en aquellos reinos en los que otrora sólo tenías acceso después de la muerte física. Penetrarás en ellos plenamente consciente y, en adelante, aunque sigas peregrinando físicamente visible sobre la tierra, peregrinarás también por el reino de la muerte, —en realidad el reino de la vida eterna. Yo soy también de veras el ángel de la muerte; pero al mismo tiempo el portador de una inagotable vida superior. Morirás por mí con tu cuerpo aún vivo, para renacer a la existencia imperecedera.

"En el reino al que vas a entrar, conocerás seres suprasensibles, y la bienaventuranza será tu herencia; pero yo mismo he de ser tu primera visión de ese mundo, ya que yo soy tu propia creación. Antes vivía yo de tu propia vida; ahora, empero, tú me despertaste a una existencia individual, y heme aquí, patrón visible de tus acciones futuras y quizá tu reproche perpetuo. Me has formado, mas con ello contrajiste a la vez el deber de *transformarme",*

Lo que se ha bosquejado aquí en forma narrativa no hay que interpretarlo como algo simbólico, sino como una vivencia intensamente real del discípulo.[1]

1) Por lo anterior queda: claramente establecido que el "guardián del umbral" es una forma astral que se revela a la despierta videncia superior del discípulo. A este encuentro suprasensible le conduce la ciencia oculta. Hacer visible al "guardián del umbral" para los sentidos físicos, es una manipulación de la magia inferior. La operación consiste en producir una nube de substancia tenue, una especie de incienso, compuesto de cierto número de substancias en una mezcla determinada. El poder desarrollado del mago puede ejercer una acción plasmante sobre el incienso. El que esté suficientemente preparado para la visión superior no necesita visualizaciones sensibles; y aquel que, sin la debida preparación, viere frente a sí su Karma no redimido en forma de un ser sensible y vivo, correrla el riesgo de extraviarse por caminos equivocados. No debiera aspirar a esta experiencia. En "Zanoni" de Bulwer Lytton, se da una descripción novelesca de este "Guardián del umbral".

El guardián tiene que prevenir al discípulo que no siga adelante, si no siente dentro de sí la fuerza necesaria para cumplir los requisitos expuestos en esa exhortación. Por terrible que sea la aparición

de este guardián, sólo es el efecto de la vida pasada del propio discípulo, su propia personalidad surgida de él mismo hacia una vida independiente. Este despertar tiene lugar por la disociación de la voluntad, del pensamiento y del sentimiento. Sentir por primera vez que, personalmente, se dio origen a un ser espiritual, es ya de por sí una vivencia de profundo significado. La preparación del discípulo debe haberlo capacitado para soportar esta visión terrible sin temor alguno, así como, en el momento del encuentro, suficientemente fortalecido para emprender con plena conciencia la responsabilidad dé transformar y embellecer el "guardián".

Una consecuencia del encuentro venturoso con el "guardián" del umbral es que la siguiente muerte física del discípulo, será un acontecimiento completamente distinto de las anteriores. Será consciente de su muerte, se despojará de su cuerpo físico tal como se deshace de un vestido gastado o quizá inutilizado por un súbito desgarrón. La muerte física ya no será un hecho de especial importancia para él, sino para los suyos, limitada todavía su percepción al mundo sensible. Para ellos el discípulo "muere", en tanto que, para él, nada trascendente ocurre: el mundo suprasensible al que entra no le es desconocido: existía antes de su muerte y es el mismo mundo el que se le presenta, después de ella.

El "guardián" del umbral hállase vinculado con otras cosas. El individuo pertenece a una familia, a un pueblo, a una raza, y su actividad en este mundo depende del hecho de pertenecer a tales comunidades; también su carácter individual tiene que ver con ellas. Mas la actividad consciente de los individuos no es lo único que hay que tomar en cuenta al considerar una familia, una tribu, un pueblo o una raza. Las familias, naciones, razas, además de su característica, tienen su destino. Para quien se limite a sus sentidos, todo ello no pasará de ser *conceptos generales,* y el pensador materialista, con sus prejuicios, verá con desdén al investigador oculto al oír que para éste lo distintivo de la familia o del pueblo, el destino de la tribu o de la raza, corresponde a seres reales, tal como el carácter y el destino de un individuo es expresión de una personalidad real. El investigador espiritual se relacionará con mundos superiores de los que son miembros las personalidades individuales, tal como los brazos, las piernas y la cabeza, lo son del ser humano. En la vida de una familia, de un pueblo o de una raza, entran en juego, además de las acciones de los individuos, los de seres reales que son el alma-grupo familiar, nacional, o el espíritu de la raza. En cierto sentido, hasta puede decirse que los individuos aislados son meramente los órganos ejecutivos de esas almas-grupo familiares, de esos espíritus raciales. No se afirma sino la verdad cuando decimos, por ejemplo, que un alma-grupo nacional, para llevar a cabo algún trabajo, se sirve de todo individuo perteneciente a este pueblo o nación. El alma-grupo nacional no desciende a la realidad sensible, sino que mora en mundos superiores, y para actuar en el mundo de los sentidos físicos, se sirve de los órganos físicos del individuo. Su actividad es comparable, en un sentido superior, a la de un arquitecto que recurre a sus obreros para los pormenores de la construcción. En el verdadero sentido de la palabra, el alma-grupo familiar, nacional o racial, asigna su trabajo a todo individuo: sin que el hombre corriente haya sido iniciado en el plan superior de ese trabajo, colabora *inconscientemente* en las tareas de las almas-grupo nacionales, raciales, etc. Desde el momento de su contacto con el "guardián del umbral", ya no es suficiente que conozca su tarea como personalidad particular, sino que tendrá que colaborar *conscientemente* en la misión de su pueblo, de su raza. La ampliación de su horizonte necesariamente le impone deberes mayores. Lo que realmente ocurre es que el discípulo agrega un cuerpo nuevo a su cuerpo psíquico más sutil, se pone una vestidura adicional. Antes caminaba por el mundo provisto de las envolturas que cubrían su personalidad, y sus obligaciones hacia su comunidad, su pueblo, su raza, eran dirigidas por los Espíritus superiores, si bien realizadas a través de él; ahora, por revelación del "guardián del umbral", sabe que estos Espíritus le retirarán en adelante su mano dirigente y que tendrá que separarse del círculo de su comunidad. El resultado sería que, como un individuo aislado, se endurecería completamente y se degradaría al no adquirir los poderes inherentes de los espíritus nacionales y raciales. No faltará quien diga: "ya me he libertado enteramente de toda conexión de linaje o raza; sólo quiero ser un hombre, nada más que un hombre". A lo que hay que responder: "¿quién te ha conducido a esta libertad? ¿No ha sido tu familia la que te situó en el mundo donde te encuentras? ¿No es tu linaje, tu pueblo, tu raza, los que te han

moldeado como eres? Ellos te educaron, y si ahora, por encima de todo prejuicio, tú eres uno de los porta-antorchas y bienhechores de tu grupo y hasta de tu raza, todo esto lo debes a la educación de ellos recibida. Aunque digas que no eres "nada más que un hombre", el haber llegado a serlo, lo debes a los espíritus de tus comunidades". Sólo el discípulo de la ciencia oculta aprenderá lo que significa al estar completamente abandonado por los espíritus nacionales, familiares o raciales; él solamente experimentará por sí mismo cuan escaso es el valor de aquella educación para la vida que ahora le aguarda, pues todo lo que le ha sido inculcado por dicha educación se desvanece por completo al romperse los vínculos entre la voluntad, el pensamiento y el sentimiento. Mira hacia atrás observando los resultados de toda su educación previa, tal como miraría a una casa que estuviera desmoronándose y que tuviera que reconstruir en forma nueva. También aquí se trata de algo más que de una expresión meramente simbólica, al decir que cuando el "guardián del umbral" ha enunciado sus primeras palabras, del lugar en que se encuentra se levantará un torbellino que extingue todas las luces espirituales que hasta ahora habían iluminado el sendero de la vida del discípulo. Este se encontrará sumergido en completa oscuridad, sólo mitigada por la luminosidad que emana del mismo "guardián". Y de entre las tinieblas resonarán sus exhortaciones ulteriores: "No cruces mi umbral mientras no estés seguro de poder iluminar tú mismo la oscuridad en la cual penetras; no des ni un solo paso adelante mientras no tengas la certidumbre de que tienes bastante aceite en tu propia lámpara. Las lámparas de los guías, que hasta ahora te conducían, te faltarán en lo futuro". Tras estas palabras, el discípulo tiene que volverse y mirar hacia atrás. El "guardián del umbral" descorre el velo que hasta ahora había ocultado profundos misterios de la vida. Los espíritus nacionales, raciales o familiares, se le revelarán ahora en toda su actividad; y el discípulo comprenderá claramente de qué manera se le había conducido y se dará cuenta, no menos claramente, de que en adelante ya no disfrutará de tal dirección. Esta es la segunda advertencia recibida de su guardián ante el umbral.

Sin preparación, nadie podría soportar el aspecto arriba bosquejado; pero la disciplina superior que capacita al discípulo para avanzar hasta allí, lo capacita asimismo para que pueda encontrar la fuerza necesaria en el momento oportuno. En verdad el entrenamiento puede aun ser tan armonioso, que la entrada a la vida nueva queda exenta de cualquier carácter inquietante o tumultuoso. En este caso las experiencias del discípulo ante el umbral irán acompañadas de una premonición de aquella bienaventuranza que constituirá la nota fundamental de su vida recién despierta. El sentimiento de una nueva libertad predominará sobre todo lo demás; y, basado en ese sentimiento, sus nuevos deberes y responsabilidades se le aparecerán como algo que le corresponde necesariamente en determinado escalón de la vida.

LA VIDA Y LA MUERTE EL GUARDIÁN MAYOR DEL UMBRAL

Hemos puesto de relieve en el capítulo anterior la gran importancia que tiene para el hombre el encuentro con el llamado "guardián menor del umbral", importancia que se debe a que percibe este guardián como un ser suprasensible que él mismo ha engendrado y cuyo cuerpo es la manifestación de las consecuencias, anteriormente invisibles, de las propias acciones, sentimientos y pensamientos del discípulo. Estas fuerzas invisibles se han trocado en la causa de su destino y de su carácter; y el discípulo llega a comprender cómo él mismo, en el pasado, echó los cimientos del presente. Así, su propia esencia se le aparece revelada hasta cierto grado: por ejemplo, sabe por qué tiene ciertas inclinaciones y hábitos; de dónde han procedido ciertos golpes que ha sufrido del destino; se da cuenta del por qué ama una cosa y odia otra, del porqué una cosa le hace feliz y otra desdichado. La vida visible se le vuelve comprensible por sus causas invisibles; se le revelan ante su mirada los factores esenciales de la vida; la enfermedad y la salud, la muerte y el nacimiento; observa que antes de su nacimiento tejió las causas que necesariamente tuvieron que conducirlo a una nueva vida. Conoce aquel ser que lleva dentro de sí, creado dentro del mundo visible de una manera imperfecta, pero sólo perfectible en este mismo mundo, ya que en ningún otro existe oportunidad alguna de trabajar para su perfeccionamiento. Comprende, además, que la muerte no puede separarlo

definitivamente de este mundo, y así se dice: "Antaño vine por primera vez a esta realidad física porque necesitaba la vida de este mundo para la adquisición de cualidades que no hubiera podido lograr en ningún otro. Debo permanecer ligado a este mundo hasta haber desarrollado dentro de mi ser, todo cuanto sólo aquí puede conquistarse. No llegaré a ser, algún día, un colaborador útil en otro mundo, si no adquiero, en este mundo sensible, las facultades requeridas". Una de las experiencias más importantes del iniciado consiste, pues, en que adquiere un conocimiento y una estimación del verdadero valor de la naturaleza visible, mejores que los que le era posible tener antes de su disciplina espiritual, comprensión que debe justamente a su visión del mundo suprasensible. Aquel que no posea tal facultad y que, quizá por esta razón, se imagine que las regiones suprasensibles son infinitamente más valiosas, podrá menospreciar el mundo sensible; pero el vidente sabrá que, sin las experiencias de la realidad visible, se vería reducido a una impotencia absoluta en la realidad invisible. Para poder vivir en ésta, le es necesario poseer facultades e instrumentos que únicamente puede adquirir en el mundo visible. No puede existir la conciencia del mundo invisible sin *vista* espiritual, y esta videncia del mundo "superior" se desarrolla gradualmente a través de las experiencias en el "inferior". Nadie puede nacer en el mundo superior con ojos espirituales si no los ha desarrollado en el mundo sensible, al igual que un niño no podría nacer con ojos físicos si éstos no se hubieran formado ya en el seno de la madre.

Esta consideración hace comprensible el por qué el "umbral" del mundo suprasensible esté custodiado por un "guardián". De ninguna manera alcanza una visión real de esas regiones quien carezca de las facultades necesarias. De ahí que se corra un velo sobre los fenómenos superiores cada vez que, al morir, el hombre entre a otro mundo incapacitado aún para actuar en él. Sólo le será dable contemplarlos cuando haya llegado a la madurez completa.

Cuando el discípulo entra en aquel mundo la vida adquiere para él un sentido enteramente nuevo; ve en el mundo sensible el semillero de un mundo superior, de manera que, en cierto sentido, el mundo "superior", sin el "inferior" parece deficiente. Dos perspectivas se le abren: una hacia el pasado, otra hacia lo futuro. Su mirada se extiende a un pasado cuando la realidad sensible no existía aún; ya hace tiempo que se encuentra por encima del prejuicio de que el mundo suprasensible se ha desarrollado del sensible. Sabe que en el principio existía lo suprasensible y que de él evolucionó todo lo sensible. Ve que él mismo, *antes* de venir por vez primera a lo físico, pertenecía a lo suprasensible y que este prístino mundo suprasensible *necesitaba* pasar por el sensible, para que fuera posible su evolución ulterior. Sólo cuando en el reino de lo sensible se hayan desarrollado seres con las facultades correspondientes será cuando el mundo suprasensible podrá reanudar su curso. Esos seres son los hombres; ellos deben su modo actual a una etapa imperfecta de la existencia espiritual y se les conduce, dentro de esta etapa, hacia aquella perfección que los hará aptos para la continuación de su obra en beneficio del mundo superior. Desde aquí la perspectiva se dirige hacia lo futuro, y muestra una fase más perfecta del mundo suprasensible que contendrá los frutos cultivados en el mundo sensible. Este mundo sensible, como tal, será trascendido; mas sus resultados se incorporarán a un mundo superior.

Así se comprende la enfermedad y la muerte en el mundo sensible. La muerte no es sino la expresión de que el prístino mundo suprasensible ha llegado a un punto más allá del cual no podría progresar por sí mismo. Una muerte universal hubiera sido necesaria si este mundo no hubiera recibido un nuevo impulso vital, y así, esta nueva vida se ha convertido en una lucha contra la muerte universal. De entre los remanentes de un mundo en estado de endurecimiento y descomposición, brotaron y florecieron las simientes de un mundo nuevo. De ahí que existan en el mundo la muerte y la vida. La mutación se efectúa lentamente: las partes decadentes del mundo antiguo persisten adheridas a los nuevos gérmenes de vida que de ellas surgieron. Este hecho halla su expresión más clara en el hombre mismo: lleva como su envoltura lo que ha conservado de aquel mundo antiguo y dentro de ella se desarrolla el germen del ser que vivirá en el porvenir. Así, el hombre es un ser de doble aspecto: mortal e inmortal; lo mortal está en su fase final, lo inmortal en la inicial. Mas sólo *dentro* de este mundo doble, cuya expresión es la sensualidad física, es donde el hombre adquiere las

facultades necesarias para conducirlo a la inmortalidad. Su tarea consiste precisamente en cosechar de lo mortal, los frutos para lo inmortal. Al contemplar su propio ser, tal como él mismo lo ha forjado en el pasado, tiene que decirse: "Llevo dentro de mí los elementos de un mundo en decadencia que se hallan activos dentro de mí y cuyo poder sólo poco a poco puedo aniquilar, gracias a los nuevos elementos inmortales que nacen a la vida". Así, el camino del hombre conduce de la muerte hacia la vida. Si, a la hora de su muerte, pudiera hablar consigo mismo con plena conciencia, tendría que decirse: "lo perecedero ha sido mi maestro; mi muerte es un efecto de todo el pasado, al que estoy vinculado; mas el suelo de lo mortal hizo madurar los gérmenes de mi vida inmortal, los que llevo conmigo a otro mundo. Si no entran en juego más que el pasado, nunca hubiera yo podido haber nacido; la vida del pasado llegó a su fin con el nacimiento. La vida en el mundo sensible es arrebatada a la muerte universal por el nuevo germen vital. El período entre el nacimiento y la muerte es tan sólo la expresión cuantitativa de lo que la vida nueva ha arrebatado al pasado moribundo, y la enfermedad no es sino el efecto prolongado de las proporciones moribundas de ese pasado".

Todo esto nos capacita para responder a la pregunta de por qué el hombre avanza, sólo mediante un trabajo gradual, del error y la imperfección hacia la verdad y el bien. Sus acciones, sentimientos y pensamientos están dominados, al principio, por lo perecedero y mortal, origen de sus órganos sensorios. De ahí que estos órganos, y cuanto sobre ellos actúa, estén destinados a perecer. No son los instintos, impulsos, pasiones, ni los órganos respectivos, los que representen lo imperecedero; lo imperecedero latirá sólo en la obra realizada por esos órganos. Sólo cuando el hombre haya extraído de lo perecedero todo lo que sea posible, será cuando pueda descartar los elementos que le servían de base para su desarrollo y cuya expresión es el mundo de los sentidos físicos.

Así, el primer "guardián del umbral" se yergue ante el hombre como la imagen de su doble naturaleza, mezclada de lo perecedero y de lo imperecedero; y su aspecto demuestra claramente cuánto le falta todavía para alcanzar aquella figura luminosa y sublime, que de nuevo pueda habitar en el mundo puro y espiritual.

Se hace visible para el hombre el grado de complicaciones todavía existente con la naturaleza física. En este enmarañamiento se patentizan desde luego los instintos, impulsos, apetitos, deseos interesados y toda forma de egoísmo; así como su subordinación a una raza, a un pueblo, ya que pueblos y razas no son sino escalones evolutivos que conducen hacia la humanidad pura. Una raza o un pueblo se encontrará a un nivel tanto más elevado, cuanto más perfectamente sus componentes representen el tipo puro e ideal de la humanidad, y cuanto más hayan avanzado en su camino de lo físico y perecedero a lo suprasensible e imperecedero. Por tanto, la evolución del ser humano a través de las reencarnaciones hacia formas nacionales y raciales cada vez más elevadas, es un proceso de liberación al final del cual el hombre aparecerá con armoniosa perfección. De manera semejante, el paso a través de formas de moralidad y religión cada vez más puras, también es un proceso de perfeccionamiento, ya que cada grado moral sigue conteniendo, al lado de los gérmenes ideales del futuro, el afán de lo perecedero.

Ahora bien, en el "guardián del umbral" descrito, únicamente se presentan los resultados del pasado y solamente contiene aquellos gérmenes de lo futuro que han sido implantados durante el tiempo transcurrido.' Mas el hombre debe llevar al futuro mundo suprasensible todo cuanto pueda extraer del mundo sensible. Si se conformara con aportar solamente lo que el pasado haya entretejido en su contra-imagen, sólo en parte cumpliría su tarea terrenal. Por esta razón, al cabo de cierto tiempo, el "guardián mayor" se une al "guardián menor del umbral". Nuevamente se describirá en forma narrativa lo que sucede cuando el hombre encuentra este segundo "guardián".

Cuando el discípulo ha reconocido los elementos de los cuales debe liberarse, se presenta ante él, cerrándole el paso, un ser sublime y luminoso cuya belleza es difícil de describir con las palabras de nuestro lenguaje. Este encuentro tendrá lugar cuando la disociación de los órganos del pensar, del sentir y del querer se extienda al cuerpo físico, de modo que sus relaciones recíprocas y a no estén

reguladas por sí mismas, sino por la conciencia superior, emancipada por completo de las condiciones físicas. Los órganos del pensar, del sentir y del querer se habrán convertido entonces en instrumentos a la disposición del alma humana que ejerce su predominio desde las regiones suprasensibles. El alma, liberada así de todo vínculo físico, se enfrenta con el segundo "guardián del umbral", que habla más o menos como sigue:

"Te has liberado del mundo de los sentidos, y has conquistado la ciudadanía del mundo suprasensible desde donde podrás actuar en adelante. Por tu parte, ya no necesitarás de tu corporalidad física en su forma actual. Si tu intención fuera solamente adquirir la facultad de morar en este mundo suprasensible, ya no tendrías necesidad de regresar al físico; empero, ahora ¡mírame! Date cuenta de cuan infinitamente estoy por encima de todo cuanto hasta ahora has hecho de ti. Llegaste a tu grado actual de perfección gracias a las facultades que pudiste desarrollar en el mundo sensible, mientras dependías todavía de él; pero desde este momento ha de empezar para ti una nueva era en la cual tus fuerzas liberadas han de seguir trabajando en el mundo sensible. Hasta ahora te has redimido sólo a ti mismo; en adelante, ya libre, podrás colaborar en la liberación dé todos tus compañeros del mundo terrenal. Hasta hoy luchaste como individuo; ahora has de buscar tu lugar en el conjunto, para que no sólo tú llegues al mundo suprasensible, sino contigo traigas también a todo lo demás que existe en el físico. Día llegará en que puedas unirte a mí, pero yo no puedo disfrutar de bienaventuranza en tanto que otros permanezcan sin redimir. Como ser liberado individual podrías entrar desde luego en el reino de lo suprasensible, pero quedarías entonces obligado a mirar hacia abajo, hacia los seres del mundo sensible que todavía no lo trascendieron; habrías apartado tu destino del suyo, a pesar de estar tú con ellos inseparablemente unido. Todos tuvisteis que descender al mundo sensible a fin de sacar de él las fuerzas necesarias para un mundo superior. Si te separaras de ellos harías mal uso de unas fuerzas que sólo en comunidad con ellos pudiste desarrollar. Tú no hubieras podido descender si ellos no hubieran descendido, y sin ellos hubieras carecido de las energías para tu existencia suprasensible. Debes pues, compartir con tus hermanos los poderes que *junto con ellos* conquistaste. Por eso te vedaré la entrada a las regiones más elevadas del mundo suprasensible en tanto no hayas aplicado iodos las fuerzas adquiridas en bien de la redención del mundo al que perteneces. Con los poderes ya conquistados debes morar en las regiones inferiores del mundo suprasensible; pues yo guardaré la puerta de las regiones superiores vedándote la entrada, como el Querubín con la espada flamígera ante la puerta del Paraíso, mientras te queden fuerzas no usadas en el mundo sensible. Si rehúsas servirte de ellas, otros vendrán que sí han de aplicarlas y un mundo suprasensible más elevado recogerá todos los frutos del sensible, mientras el suelo donde estabas arraigado se hundirá bajo tus plantas. El mundo purificado te sobrepasará en su desarrollo y tú quedarás excluido de él. Así hollarías el sendero *negro,* en tanto que los demás, aquellos de quienes te apartaste, seguirán el sendero *blanco".*

Así se manifiesta el "gran guardián del umbral", poco después de haber tenido lugar el encuentro con el primero. El iniciado sabe exactamente qué suerte le espera si atiende a la seducción de una estancia prematura en el mundo suprasensible. Un esplendor indescriptible irradia del segundo guardián del umbral; la unión con él aparece ante el alma vidente como una meta lejana, acompañada de la certidumbre de que esta unión no será posible sino cuando el iniciado haya aplicado en beneficio de la liberación y redención de este mundo, todas las fuerzas obtenidas en él. Si atiende a las demandas de este alto ser resplandeciente, el iniciado contribuirá a la liberación del género humano, ofrendará sus dones como sacrificio en el altar de la humanidad. En cambio, si prefiere su elevación prematura al mundo suprasensible, la corriente de la evolución humana pasará por encima de él y lo dejará atrás. Después de su liberación ya no puede lograr para sí mismo beneficio alguno del mundo sensible, lo que implica que pone su trabajo al servicio de este mundo, renunciando a sacar cualquier provecho personal.

No puede inferirse de lo anterior que el hombre, al verse puesto ante esa alternativa, elija natural y espontáneamente el sendero blanco. Esto depende totalmente de si, en el momento de la decisión, ya está tan purificado que ninguna traza de egoísmo le haga apetecibles las seductoras perspectivas

de la bienaventuranza. Estas tentaciones son poderosas; en cambio, en el otro lado nada se presenta particularmente atractivo; nada apela aquí a su egoísmo. Lo que el hombre obtiene en las regiones superiores del mundo suprasensible no es nada que afluya hacia él, sino que emana de él, es decir, el amor para con el mundo al que pertenece. Nada le faltará en el sendero negro de cuanto el egoísmo pueda ansiar, antes al contrario, ya que este sendero satisface el más completo egoísmo y atraerá, sin duda, a aquellos que sólo busquen su felicidad personal puesto que para ellos es, efectivamente, el sendero apropiado. Ninguno espere, por lo tanto, que los ocultistas del sendero blanco le den instrucciones para el desarrollo egoísta de su propio yo. Ellos no tienen el menor interés por una felicidad individual que puede alcanzar cualquiera por sí mismo: no es su misión acortar el camino; la única preocupación de los ocultistas blancos es el desarrollo y la liberación de todo ser humano y de todas las criaturas que acompañan al hombre. En consecuencia, sus instrucciones se vinculan tan sólo con el desarrollo de facultades que faciliten esa labor. Es por esto que la devoción desinteresada y el propio sacrificio figuran por encima de todas las demás cualidades. A nadie rechazan rotundamente, puesto que incluso el ser más egoísta puede purificarse; pero quien recurra a ellos en busca de provecho personal, no encontrará ayuda alguna, y el buscador mismo se privaría de los frutos que pudiera alcanzar, aun cuando ellos no dejaran de tenderle la mano. Quien siga realmente los preceptos de los buenos instructores del ocultismo comprenderá, después de atravesar el umbral, las exigencias del gran guardián; en cambio, quien no los observe, no espere llegar a ese umbral. Sus instrucciones, o bien serán de resultados benéficos, o bien no darán resultado alguno, ya que no pretenden guiar a los individuos a una felicidad egoísta o a una mera estancia en el mundo suprasensible. Su misión implica desde un principio el mantener al discípulo distante del mundo suprasensible, hasta que pueda entrar en él en actitud de desinteresada colaboración.

APÉNDICE A LA ULTIMA EDICIÓN DEL AUTOR 1918

El camino hacia el conocimiento suprasensible descrito en la presente obra conduce al alma a una vivencia, y es especialmente importante que quien aspire a ella no se entregue a ilusiones o concepciones erróneas, aunque sea natural que se tienda a ello por lo que aquí entra en juego. Entre las equivocaciones, es de particular gravedad aquella en que se incurre cuando todo el campo de experiencia interior del alma, objeto de la verdadera Ciencia Espiritual, es dislocado de manera tal que se le sitúe al mismo nivel que la superstición, los ensueños visionarios, la mediumnidad y otras aberraciones humanas. Tal dislocadura se debe muchas veces al hecho de que a las personas decididas a seguir el camino descrito en esta obra se las confunde con las que buscan la realidad suprasensible por métodos ajenos a una genuina aspiración hacia el conocimiento, y así se lanzan por rutas equivocadas. Lo que el alma humana experimenta en el camino aquí referido, se realiza enteramente en el campo de la experiencia puramente psíquico-espiritual. Tales experiencias sólo son posibles si el hombre logra liberarse e independizarse de su vida corporal para lograr ciertas experiencias internas, tal como lo consigue en las experiencias de la conciencia ordinaria cuando forma *pensamientos* acerca de lo percibido del exterior, o de lo internamente deseado, sentido o intentado, sin que las ideas se originen en lo percibido, sentido o deseado. Hay quienes niegan rotundamente que existan pensamientos de índole semejante; creen que el ser humano no puede pensar algo que no derive de la percepción o de la vida interior dependiente del cuerpo: Para tales personas, todo pensamiento no es sino simple sombra de percepciones o de experiencias internas. El que afirma tal cosa es que nunca ha logrado elevar su alma a la facultad de vivir en el pensar puro, existente por sí mismo; quien ha llegado a vivir tal experiencia sabe que dondequiera que el *pensar* impere en la vida psíquica impregnando las demás funciones del alma, el hombre despliega una actividad en la que *no participa* su cuerpo. En la vida psíquica ordinaria, el pensar casi siempre se mezcla con otras funciones del alma tales como percibir, sentir, querer, etc. Es el cuerpo el que realiza estas funciones, pero el pensar se introduce en ellas, y en la medida en que lo hace tiene lugar un proceso dentro y a través del hombre en el que su cuerpo no participa. Esto sólo pueden negarlo quienes sean incapaces de sobreponerse a la ilusión originada en el hecho de que la actividad cogitativa siempre se observa en unión con otras funciones. Sin embargo, por un esfuerzo

interior del alma es posible llegar a experimentar la parte cogitativa de la vida interior, separada de todo lo demás que la integra. De entre la totalidad de la vida psíquica puede separarse algo que es sólo *pensamiento puro,* esto es, pensamientos existentes por sí mismos, independientes de cuanto pueda originarse de la percepción o de la vida interior condicionada por el cuerpo. *Tales* pensamientos, por sí mismos, por lo que son, se revelan como entidades espirituales suprasensibles. Y el alma que se vincula con ellos, excluyendo durante el intervalo toda percepción, todo recuerdo, toda otra actividad interior, llega a convencerse de morar mentalmente en un plano suprasensible y tiene la vivencia de estar fuera de su cuerpo. Para quien comprende plenamente todo esto, deja de tener sentido la pregunta: ¿Existe la posibilidad de que el alma se experimente en un elemento suprasensible fuera del cuerpo?, ya que tal pregunta significaría que él niega su "conocimiento experimental". Lo único que le cabe preguntar es: ¿Qué obstáculo impide al hombre reconocer un hecho tan indudable? Y la respuesta es que no puede revelarse sin que el estudiante cultive el estado psíquico que le permita recibir la revelación.

Ahora bien, en un principio, muchas personas se tornan desconfiadas si se les exige una acción puramente psíquica mediante la cual ha de revelárseles algo esencialmente independiente a ellas. Tales personas, por el hecho de prepararse para la revelación, suponen que ellas mismas dan a ésta su contenido. Exigen experiencias a las que nada tengan que contribuir y que les permitan permanecer en completa pasividad. Si estas personas ignoran, además, los más simples requisitos para comprender científicamente un hecho dado, tomarán por revelación objetiva de una entidad no sensible, contenidos o creaciones del alma en los cuales la propia actividad consciente de ésta se ve reducida a un grado inferior al que caracteriza la percepción sensoria y el acto volitivo. Constituyen ese contenido psíquico las experiencias visionarias o las revelaciones de los médiums. Pero lo que sale a luz a través de todo ello no es un mundo *suprasensible,* sino *infrasensible.* La vida humana de la vigilia no transcurre enteramente *dentro del cuerpo,* sino que se desenvuelve, sobre todo su parte más consciente, en los límites entre el cuerpo y el mundo físico externo. Tal es el caso de la vida perceptiva en la que los órganos sensorios son penetrados por un proceso extracorpóreo y, a la vez, impregnados por la actividad del cuerpo; tal es el caso, asimismo, de la vida volitiva que descansa en la adaptación del ser humano al ser cósmico, de suerte que lo que suceda al hombre por su voluntad sea a la vez un eslabón del suceder cósmico. En estas experiencias psíquicas, que rozan los linderos del cuerpo, el hombre depende en alto grado de su organización corporal; pero como en ellas interviene la actividad mental, el hombre se emancipa del cuerpo en lo que concierne a la voluntad y percepción sensoria. En la experiencia visionaria o fenómenos mediumnísticos, el hombre depende totalmente del cuerpo, reprime, en su vida psíquica, los 'elementos que lo emancipan del cuerpo en cuanto a su percepción y voluntad. Así, el contenido y las creaciones de su alma son meras revelaciones de su vida corpórea. Las experiencias visionarias y de los médiums deben su existencia a la circunstancia de que la persona que las vive o produce está psíquicamente menos independiente de su cuerpo que en la vida perceptiva o volitiva ordinaria. La experiencia de lo suprasensible a que se refiere esta obra, es decir, el desarrollo de la vida psíquica, toma un rumbo opuesto al del visionario o médium. El alma llega progresivamente a quedar cada vez más independiente del cuerpo de lo que lo está en su vida perceptiva y volitiva. Alcanza la independencia que caracteriza la vivencia del pensar puro, en las actividades psíquicas mucho más extensas.

Es de importancia extraordinaria comprender plena y claramente la vivencia del pensar puro en la actividad suprasensible del alma aquí indicada, ya que, en el fondo, esta vivencia es ya de por sí una actividad psíquica suprasensible, si bien nada suprasensible se perciba por su medio. Con el pensar puro vivimos en lo suprasensible; pero experimentamos de una manera suprasensible solamente *este mismo* pensar, sin además experimentar todavía nada suprasensible. La experimentación suprasensible ha de ser la continuación de aquel experimentar psíquico que ya puede alcanzarse mediante la unión con el pensar puro. De ahí que importe tanto conocer y comprender correctamente esta unión, ya que de su comprensión brota la luz que facilitará la última captación de la naturaleza del conocimiento suprasensible. Si las experiencias psíquicas descienden a una claridad de conciencia inferior a la que prevalece en el pensar, es que el alma sigue un camino desviado respecto

al verdadero conocimiento del mundo suprasensible. El alma, en este caso, es presa de las funciones corpóreas; y lo que experimenta y crea no sería entonces la revelación, por su medio, de lo suprasensible, sino la revelación de lo corpóreo en la esfera del mundo infrasensible.

Una vez que haya el alma penetrado en la esfera de lo suprasensible, sus experiencias son de tal índole que no es fácil encontrar, como lo es para las vivencias de lo sensible, terminología para ellas. Hay que tener presente, a menudo, para las descripciones de las experiencias suprasensibles, que la distancia que media entre un hecho dado y su término descriptivo es mayor que en el caso de la experimentación física. Hemos de comprender que no pocos términos tienen por objeto servir de ilustración, aludiendo en forma delicada a la realidad a la cual se refieren. Así, en la página 22 (Pág.9 en esta edición digital. N del editor) de esta obra, se dice: "pues, originalmente, todas las reglas y enseñanzas de la ciencia espiritual se daban en un lenguaje de signos simbólicos", y en las Págs. 59 ss. 22 (Págs.24 y 25 en esta edición digital. N del editor) se menciona "cierto sistema de escritura". Ahora bien, alguien puede fácilmente creer que el aprendizaje de tal escritura puede lograrse de manera semejante o como se aprenden los signos del alfabeto ordinario, así como sus combinaciones. Al respecto hay que decir que han existido, y existen, escuelas y asociaciones de la ciencia espiritual que poseen signos simbólicos mediante los cuales dan expresión a hechos suprasensibles, y quien se inicia en el significado de tales signos adquiere un medio de dirigir su experimentación psíquica a las realidades suprasensibles respectivas. Sin embargo, no es esencial este lenguaje de signos externos para las experiencias suprasensibles; lo que sí es esencial para la experiencia suprasensible es que en el curso de ella, tal como el alma puede adquirirla mediante la realización del contenido de la presente obra, el alma conquiste, por experiencia propia, la revelación de tal escritura. Lo suprasensible transmite algo que el alma tendrá que traducir a esos signos ilustrativos para llegar a una captación con plena conciencia. Puede darse por sentado que toda alma *puede* realizar lo que se imparte en esta obra. Y en el curso de tal realización, determinado por el alma misma según las indicaciones dadas, los resultados se presentan como se ha descrito. ¡Que el lector considere este libro como una conversación entre el autor y él! Se ha dicho que el discípulo necesita instrucción personal: interprétese esto en el sentido de que este libro es, en sí mismo, esta instrucción personal. Antaño había razones para circunscribir tales instrucciones personales a la enseñanza oral oculta; hoy hemos llegado a una etapa evolutiva de la humanidad en que el conocimiento científico de lo espiritual ha de ser diseminado mucha más profusamente que en los antiguos tiempos; ha de ser puesto al alcance de todos, sin mayor extensión que antes. Así, el libro ocupa el lugar de la antigua instrucción oral. En cierto sentido es correcto decir que, además de este libro, se necesita instrucción personal. Sin duda uno que otro estudiante puede necesitar ayuda personal; esto puede ser de importancia para él o para ella; pero sería erróneo pensar que existan hechos fundamentales no mencionados en este opúsculo. Los encontrará quien lo lea correctamente y, sobre todo, *completamente.*

* * *

Las exposiciones que constituyen el contenido de esta obra parece como si requirieran una íntegra transformación de todo el ser humano. Sin embargo, leyéndolas correctamente se notará que sólo se trata de describir la condición interior del alma requerida para los momentos en que se quiera hacer frente al mundo suprasensible. El discípulo desarrolla esta condición psíquica como una segunda entidad dentro del hombre, en tanto que la otra sigue su curso de la manera acostumbrada en plenitud vital. El discípulo sabe mantener separadas estas dos entidades en plena conciencia, y sabe cómo hacerlas reaccionar recíprocamente de la manera debida. Esto no le torna inútil o incompetente para la vida, ni le lleva a perder su interés y habilidad para ella por "concentrarse durante todo el día en la investigación espiritual". Sin duda que su modo de experimentar en el mundo suprasensible proyectará la luz sobre todo su ser; pero lejos de desviarse de la vida, la convertirá en más capaz y fecunda. La necesidad de adoptar en estas descripciones, no obstante lo dicho, el tono aquí empleado, estriba en que todo proceso cognoscitivo dirigido a lo suprasensible reclama plena actividad del hombre, de suerte que en el momento en que éste se entregue a ese proceso, deberá hacerlo con todo su ser. Mientras que en el proceso de percibir un color *sólo* se exige el ojo con su

prolongación nerviosa, en el de la cognición suprasensible se exige al hombre entero. El hombre, se vuelve "todo ojo" o "todo oído". Por esta razón, al informar sobre la formación de los procesos cognoscitivos suprasensibles, parece como si se impusiera una transformación del ser humano, como si no hubiera nada bueno en el hombre ordinario y él debiera convertirse en algo totalmente diferente.

* * *

Quisiera agregar algo a lo dicho en las Págs. 89 (Págs. 37 en esta edición digital. N del editor) sobre "algunos efectos de la iniciación", algo que, *mutatis mutandis,* puede valer también para otras exposiciones de este libro. Alguien puede pensar por qué se describe la experimentación suprasensible en esta forma figurada; por qué no se recurre a conceptos sin necesidad de tales ilustraciones. En respuesta puede decirse que para experimentar la realidad suprasensible es esencial que el hombre mismo se reconozca como ser suprasensible en el mundo suprasensible. Sin la contemplación de su propia entidad suprasensible, cuya inherente realidad se revela completamente al describir las "flores de loto" y el "cuerpo etéreo", el hombre se experimentaría a sí mismo dentro de lo suprasensible, tal como si estuviese colocado en el mundo sensible, de manera que solamente las cosas y los acontecimientos se le revelaran en su derredor, pero sin que él tuviera noción de su propio cuerpo. La percepción de su forma suprasensible en el "cuerpo anímico" y en el "cuerpo etéreo" lo capacita para situarse, consciente de sí mismo, en el plano suprasensible, tal como la percepción de su cuerpo sensorio lo capacita para situarse, consciente de sí mismo, en el mundo sensible.

* * *